



LOTERIA

ORGANO DE LA LOTERIA NACIONAL

VOLUMEN IV * No. 42

2da. EPOCA

MAYO 1959

Nuestra Portada:

URRACA, El Gran Rebelde de las Montañas Veragüenses, destacado aborigen del Indio Panameño.

Dibujo a pluma del artista nacional Virgilio Cedeño.

* * *

EL SEGUNDO CONGRESO INDIGENISTA PANAMEÑO CONSIDERANDO:

Primero:—Que el indio URRACA es uno de los héroes aborígenes representativos cuya fama ha trascendido a través de la Historia;

Segundo:—Que el Congreso Indigenista Panameño debe rendirle honores a aquellos indios que como URRACA lucharon y se sacrificaron por su raza; y,

Tercero:—Que la Universidad Central de Quito proyecta colocar en la Plaza de las Américas de la Ciudad Universitaria un busto de un héroe aborigen de cada país americano;

RESUELVE:

UNICO.—Recomendar a la Universidad Central de Quito que coloque en la Plaza de las Américas de la Ciudad Universitaria el busto del indio URRACA.

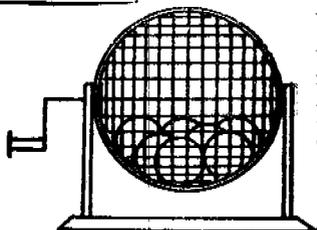
Aprobada en la Tercera Sesión Plenaria, a los veintidós días del mes de abril de mil novecientos cincuenta y nueve.

MARIO PORRAS,
Presidente.

E. A. KARLSSON B.,
Secretario General.

Ponentes: Vicente Palacios S., Juan Celman, Mario Porras, Lorenzo Rivera, Toribio Venado Reyes y Marcos Quintero.

LOTERIA



S U M A R I O

NOTAS EDITORIALES:

El 1o. de Mayo	5
El Segundo Congreso Indigenista panameño	4
Una vergüenza para Cuba	7
Ha muerto Horacio Conte Mendoza	11

HOMENAJE:

Ocho panameños ilustres, en el aniversario de sus nacimientos, por Juan Antonio Susto	12
--	----

BIBLIOGRAFIA:

"El Bocio Endémico en Panama" del Dr. José Manuel Reverte, por Ángel Rubio	15
---	----

BIOGRAFIA:

Francisco María Calancha (1856-1896), por Concha Peña	17
---	----

CINE/GETICA:

Las delicias de la Caza en el Darien, por Amado Araúz	30
---	----

CRITICA LITERARIA:

"Ensayos Póeticos" de Manuel S. Guillen, por César Augusto Young	43
--	----

CUENTO NACIONAL:

"El Colindante", por El Bachiller Carrasco	45
--	----

ENSAYO:

José Dolores Moscote y la Configuración Espiritual de la República, por Alfredo Castellero Calvo	52
---	----

BIO BIBLIOGRAFIA:

Del Dr. José Dolores Moscote (1879-1956), por Juan Antonio Susto	68
--	----

HISTORIA DEL ISTMO DE PANAMA

por el Dr. Berthold Seemann:	
Capítulo Primero (1500-1506)	8
Capítulo Segundo (1507-1510)	12
Capítulo Tercero (1511-1517)	20
Capítulo Cuarto (1517-1550)	28
Capítulo Quinto (1551-1671)	54
Capítulo Sexto (1672-1701)	51

(Concluirá en el próximo número)

NUESTRA PORTADA: Cabeza del indio Urracá, dibujo a pluma del artista nacional Virgilio Cedeño.	
Resolución del Segundo Congreso Indigenista Panameño, sobre el indio Urracá (Segunda página de la contraportada).	
Números favorecidos por la suerte de Enero a Diciembre de 1958. (Tercera página de la contraportada).	
Junta Directiva de la Lotería Nacional de Beneficencia (Cuarta página de la contraportada).	
Junta Administrativa de la Lotería Nacional de Beneficencia	2

ADMINISTRACION DE LA LOTERIA NACIONAL
DE BENEFICENCIA

DR. CARLOS E. MENDOZA
Gerente

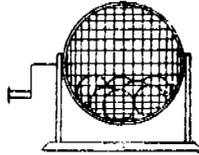
LIC. AGUSTIN FERRARI
Sub-Gerente

HERACLIO CHANDECK
Jeje de Contabilidad

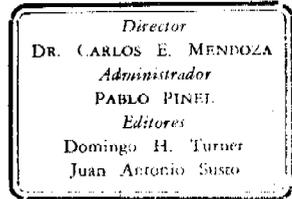
GILBERTO MEDINA
Tesorero

PABLO A. PINEL
Secretario

LOTERIA



ORGANO DE LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA



II EPOCA • PANAMA, R. DE P., MAYO DE 1959 • No. 42

Notas Editoriales:

EL 1º DE MAYO

ESTE AÑO, debido a que el País se encontraba sumamente agitado con motivo de una invasión pirática de cubanos recién salidos de la Revolución de la Sierra Maestra, y alquilados por malos panameños para quienes su sed de botín y poderío no tiene límites, la celebración del 1o. de Mayo fue pobrísima.

Los trabajadores, sin embargo, hicieron hincapié entre sus demandas en la del impulso que debe dársele por el Departamento correspondiente al fijamiento del Salario Mínimo.

La Constitución garantiza a todo trabajador del Estado o de la empresa pública o particular un salario mínimo, y el Código de Trabajo ordena ajustar periódicamente el salario mínimo de los obreros y campesinos, de modo que, así, quede asegurado un nivel de vida decente para ellos y para sus familias. Este salario debe señalarse teniendo en cuenta las particularidades de cada región y de cada actividad industrial, comercial y agrícola.

La Comisión de Salario Mínimo apenas si comenzó a funcionar entre nosotros el año pasado, a pesar de que el

mandato constitucional es terminante; y dado el escaso tiempo de labores que tiene, no ha logrado fijar salarios mínimos sino en una sola rama de la actividad laboral.

La proximidad de los trabajos de la Zona del Canal, donde rige una tarifa de salarios más alta de la que soportan nuestro Comercio y nuestra Industria, dificulta las tareas de la Comisión Panameña.

Esto no debe ser óbice, con todo, para que este cuerpo deje de llenar su imperioso cometido.

Aunque haya que crear las estadísticas que han de servir de base a los comisionados para su tarea, y muchas veces acudir a medios propios, no contemplados en otras latitudes, la Comisión debe proceder, sin reatos y sin contemplaciones, a fijar las tarifas de salarios vigentes, durante tiempo determinado, en cada región del País y en cada ramo gremial o profesional.

Si dura, no por eso es menos categórica la necesidad de fijar unas tarifas que garanticen al trabajador manual e intelectual condiciones decorosas de vida. El salario ha de señalarse a tono con el costo de la vida; el trabajador debe disponer del poder adquisitivo necesario para subvenir a sus apremios cotidianos, porque, si no, el animal que yace en lo íntimo de todo ser humano se rebela y rompe la paz necesaria para el bienestar general.



EL SEGUNDO CONGRESO

INDIGENISTA PANAMEÑO

CONVOCADO por el Gobierno Nacional se reunió en la ciudad de David el Segundo Congreso Indigenista Panameño.

En la sesión de organización, que tuvo lugar en la noche del 18 de abril, se escogieron a tres indios: un guaymí,

un kuna y un chocó, para que se alternaran en la presidencia del Congreso, y al presidente de la Comisión organizadora para que dirigiera los debates. Actuó de secretario general el secretario permanente de la Comisión que actúa entre Congreso y Congreso con carácter de ejecutora.

El día 19, Día del Indio, señalado como tal por el Congreso Indigenista Interamericano de Pátzcuaro, México, se inauguró el Congreso en el Gimnasio del Colegio Félix Olivares, preparado al efecto, con la presencia de cerca de cien congresantes y más de mil asistentes entre indios y latinos.

El 20, rindió su informe, por medio del relator escogido a tal fin, la Comisión Primera, encargada de dilucidar los problemas educativos. Las conclusiones aprobadas versan sobre escuelas para indios, incluso las vocacionales; la construcción de edificios escolares, dotación de becas y nombramiento de maestros, y establecimiento de juntas indigenistas de educación por el estilo de las que funcionan en los municipios con los auspicios del Ministerio del Ramo.

El 21, tuvieron lugar dos Plenarios. En ellos se discutieron los temas de salud y asistencia social, de la Comisión Segunda; los de producción y fomento, crédito agrícola y organización de la producción, la distribución y los mercados, de la Comisión Tercera; y los de conflictos obreropatronales de los indios, especialmente con la Chiriquí Land Company, de la Comisión Cuarta. Todos los relatores de estas Comisiones estuvieron a la altura de su cometido, y se adoptaron resoluciones y recomendaciones de alcance positivo en todas las materias abordadas.

El 22, tuvo lugar el último Plenario, antes de la clausura, en el cual se trató de los temas de que se ocuparon las Comisiones Quinta, Sexta y Séptima. Sobre la Niñez Indígena habló la profesora Reina de Iannello; sobre áreas para comarcas y reservas indígenas, el ingeniero Carlos G. Landau, y sobre régimen político y administrativo de los indios, el licenciado en derecho Jorge Turner.

Todas sus conclusiones fueron aceptadas con beneplácito.

cito por los congresantes. La que mayor interés despertó fue la relacionada con la delimitación de las áreas para reservas. Sobre esta se adoptó una recomendación al Ejecutivo a fin de que dotara a los indios de las tierras necesarias para su desarrollo económico y social, y las delimitara de acuerdo con el estudio de una Comisión designada al efecto y compuesta por sociólogos, economistas, geodestas y juristas de reconocida competencia, con plazo de un año para rendir dictamen. Provisionalmente, se aceptaron los límites fijados imaginariamente en la ley.

Otra proposición que mereció aplauso entusiasta de los asistentes al Congreso fue la en que, teniendo en cuenta que el indio Urracá es uno de los aborígenes más representativos de su raza, que el Congreso indigenista debe rendirle honores a este héroe autóctono de Panamá, y que la Universidad Central de Quito proyecta colocar en la Plaza de las Américas de la Ciudad Universitaria un héroe indio de cada país americano, se resolvió recomendar a la mentada Universidad que coloque en la Plaza de las Américas, ya dicha, el busto del Indio URRACA.

Este Segundo Congreso Indigenista Panameño, según lo indicó en su informe el Presidente de la Comisión Permanente, se reunió bajo el signo de recomendaciones prácticas, ya que el Primero, celebrado en la Ciudad Capital, hace tres años, se caracterizó por su enfocamiento teórico, entre los cuales, se destacó el estudio del sociólogo panameño, Diógenes de la Rosa, sobre "El Indio y lo Indio".

Ahora, se espera que la Administración, con cuyos auspicios se reúnen periódicamente estos Congresos, ponga por obra, conjuntamente con la Comisión Legislativa Permanente, los proyectos adoptados en el uno y otro cuerpos especializados en la Cuestión Indígena: cuestión esencial y álgida de que se están ocupando con mucha atención los países que tienen población aborígen.

UNA VERGÜENZA PARA CUBA

Hubo una vez un cubano ilustre, por cierto que antes del drama contemporáneo del pueblo de Cuba, que dictó una lección de dignidad en una sola frase: "CONTRA LA INGERENCIA EXTRANJERA LA VIRTUD DOMESTICA".

Ese cubano ilustre se llamó Manuel Márquez Sterling. Pertenece a una familia ilustrada y honorable, con profundas raíces en la historia del patriciado criollo cubano. Sus antepasados hicieron la grandeza de Puerto Príncipe, donde se estableció la primera Corte de Apelaciones de la Isla. Eran juristas y promotores del desarrollo económico de Camagüey, la región que dió a la Patria de José Martí hombres de la talla del bardo Ignacio de Agramonte. Cuando se produjo el obligado éxodo de familias cubanas a consecuencia de la Guerra Grande, varias de éstas viajaron a América del Sur. En Lima se establecieron los Márquez, los Loret de Mola, los Sayán y los Godoy. En la Ciudad de los Virreyes nació Manuel Márquez Sterling, quien viajó a la Patria de su sangre y de sus mayores después de la Paz del Zanjón.

Cuba nació a la vida independiente con el baldón de la Enmienda Platt. Es decir con la soberanía recortada. Según esa enmienda los Estados Unidos podían intervenir en los asuntos internos de la República de Cuba. E intervinieron, una vez a solicitud del propio Presidente de la República Estrada Palma. Los cubanos lucharon siempre contra esa disposición constitucional americana que limitaba la independencia y la soberanía del pueblo y de la República de Cuba. Un campeón de esa lucha fué Manuel Márquez Sterling.

El recorrió, premunido de cartas credenciales que lo acreditaban como Ministro Plenipotenciario de su país, a casi toda América. Prestó servicios en el Brasil, en la Argentina, en el Perú y en México. Estuvo en la Ciudad

de los Palacios al lado del lecho de Madero, amparándolo con su inmunidad diplomática. Cuando Márquez Sterling se separó del lado del insigne mexicano, Madero fué asesinado. Existen numerosos libros, verdaderas obras de consulta, escritos por Manuel Márquez Sterling. Se le considera el mejor periodista cubano de todos los tiempos. La Escuela de Periodismo de La Habana, de la cual deben egresar obligatoriamente todos los periodistas para ejercer esa profesión en Cuba, lleva su nombre.

Manuel Márquez Sterling fué uno de los precursores más insignes del panamericanismo. La Organización de Estados Americanos, como se llama desde la "Carta de Bogotá", suscrita en 1948, a nuestra organización regional representativa de naciones, recibió el aliento y el impulso de ese internacionalista cubano. Fué un campeón de la lucha contra el intervencionismo. Su batalla máxima la ganó cuando como Embajador de Cuba en Washington firmó los documentos que pusieron fin a la existencia de la Enmienda Platt. Solamente entonces, treinta años después de su independencia de España, Cuba pudo lograr una efectiva, total y definitiva independencia. Cuando murió, poco tiempo después de haber firmado los protocolos que liquidaron la Enmienda Platt, el Presidente Roosevelt ordenó que se le rindieran grandes honores. Sus restos, con una guardia especial, fueron embarcados en el acorazado "Trenton", con destino a la ciudad de La Habana. Una muchedumbre emocionada esperó en el malecón y acompañó la ceremonia funeraria, transida de dolor y de emoción patriótica.

¡Pero es que eran otros tiempos y otros hombres en la Patria de José Martí!

Cuba estaba construyendo su destino republicano y democrático venciendo las mismas dificultades, las mismas angustias que han vivido y viven nuestros pueblos en la ancha extensión americana. Otro Márquez Sterling, Carlos, dió a Cuba la Constitución vigente, tras una tremenda lucha contra la demagogia y la estridencia. Después vino la estabilidad democrática, al amparo de esa Constitución, que fué destruída por el golpe de cuartel de Ba-

tista, en 1952. Entonces entró Cuba en la larga noche negra.

El terror y el hambre diezmaron y diezman los campos de Cuba. Miles de jóvenes cubanos hacían fila frente al consulado americano en La Habana para irse a los Estados Unidos. Miles de estudiantes se entregaron a una lucha heroica, con una esperanza de redención. Huyó Batista dejando atrás un cementerio y el recuerdo de la más sanguinaria y feroz, de la voraz e indigna dictadura sufrida por pueblo alguno en América. Fidel Castro bajó de sus montañas, con la barba crecida y una aureola de héroe y de redentor en torno a su persona. El pueblo cubano lo recibió con las manos tremantes. El era, indiscutiblemente el libertador de la Patria. En América Latina, en el mundo entero, la gesta heroica de Fidel Castro encontró el eco más fraternal y el afecto más sincero.

Había que ser digno del honor que entraña esa adhesión nacional e internacional. Era menester forjar arados de las ametralladoras, afeitarse las barbas, colocarse tras la mesa de trabajo del estadista y dedicarse a reconstruir el destino cubano. Pero no sucedió así, lamentablemente. Cuba comenzó a vivir los horrores de una revancha encarnizada. En el Palacio de los Deportes se levantó un acto de circo para condenar a muerte a un oficial del ejército. "Estoy en un circo romano", exclamó el condenado a muerte mientras la multitud rugía.

El Jefe Supremo fué designado Primer Ministro y es el responsable del gobierno de la Isla. Ha llevado su comarsa más allá de Cuba, donde todavía tiene admiradores entre los hombres que apoyan siempre a los que luchan por la libertad. Cuando en el Club de Corresponsales de Prensa Extranjera en Nueva York pronunciaba un discurso afirmando que en Cuba no se armarían expediciones contra otros países, zarpaba del Surgidero de Batabanó una expedición mercenaria de cubanos para "liberar" a Panamá de un gobierno legítimo, constitucional y democrático.

Si Fidel conocía los preparativos de la expedición, como se puede inferir de sus conexiones con Dame Fonteyn

y de su esposo Tito Arias, entonces estaba mintiendo en los Estados Unidos como miente ahora. Y eso no es digno de un Primer Ministro con toda la barba. Si Fidel no conocía los preparativos para las invasiones que se preparaban y se preparan en Cuba, bajo la dirección militar de su maestro Alberto Bayo, entonces le quedan grandes las barbas y el cargo de Primer Ministro. Porque el deber esencial de un gobernante es conocer lo que pasa en su país y controlar el orden público.

Fidel, muy suelto de huesos, dijo en Río de Janeiro que es una vergüenza para Panamá haber acudido a la Organización de Estados Americanos para solucionar el conflicto producido por la invasión de nuestra tierra por tropas mercenarias cubanas. Una democracia apela siempre a la ley. Un Estado de Derecho se distingue, precisamente, por eso. En el orden internacional, una democracia acude a las disposiciones internacionales vigentes y a los organismos que las hacen cumplir. Eso es lo que ha hecho, con todo decoro, con toda dignidad, nuestro gobierno.

Si el asunto hubiera sido al revés, si la Cuba de Fidel Castro hubiese sido invadida por panameños a sueldo —cosa que jamás ocurrirá por que los panameños no se venden— entonces todos nuestros compatriotas hubiesen sido masacrados. Nuestro gobierno ha comprendido bien el dolor y el drama de la juventud cubana que se alquiló a los Miró Guardia y Tito Arias Guardia. Allí están esos pobres jóvenes desnutridos, sin una luz de esperanza en sus pupilas. No saben nada más que matar. Jamás podrán manejar un arado o una herramienta para ganarse honorablemente la vida. Esos cubanos son el producto de la dictadura de Batista y de la ya evidente de Fidel. Del desgobierno de ambos. Es decir que la hora roja y negra que vive Cuba por tantos años y que nada parece solucionar de inmediato.

Si en Cuba imperasen la cordura y la responsabilidad. Si en la Patria de José Martí existiese una autoridad capaz de garantizar el orden público. Si en Cuba viviesen

y gobernasen los Márquez Sterling, entonces no se habrían producido la vergüenza y el descaro de un Primer Ministro que se expresa en lenguaje indigno de su investidura por el hecho de que un país civilizado y democrático, como es el nuestro, apele al Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca y no a la horeca, la cachiporra o la puñalada para terminar con un episodio de bochorno mayor para Cuba, que dió los soldados de alquiler y para Panamá, que dió los dos panameños que alquilaron a esos soldados.

Esa es la verdad y hay que decirla aunque duela.

(EL PAIS, 7 de Mayo de 1959)

* * *

HA MUERTO

HORACIO CONTE MENDOZA

(1911-1959)



En Londres, ciudad en donde logró su recia formación profesional, murió el 21 de Mayo, el doctor HORACIO CONTE MENDOZA, distinguido médico panameño, cuando se preparaba a asistir, en representación de la República, al III Congreso Mundial sobre Fertilidad y Esterilidad, que habrá de celebrarse en Amsterdam del 7 al 13 de Junio.

Al evocar la noble figura del galeno desaparecido, resuenan en nuestros oídos, sus palabras, pronunciadas el 2 de Noviembre de 1957, ante la tumba de los Soldados de la Independencia: "Como el mejor homenaje a los Próceres y a los Soldados de la Independencia de 1903, como homenaje a esos hombres que ganaron lo que yo he llamado la Primera Batalla Moral de la República, necesitamos que las generaciones presentes inicien la Segunda gran Batalla Moral de la República que es la Revisión de la Jerarquía de Valores, que ponga la lealtad a la nación como única tónica rectora de la vida del buen panameño."

En nuestra edición de Junio, con motivo del aniversario del nacimiento del doctor Conte Mendoza, publicaremos un ensayo biográfico sobre su ilustre personalidad.

Homenaje:

Ocho panameños ilustres en el Aniversario de su Nacimientos

por JUAN ANTONIO SUSTO

* * *

Manuel Antonio Herrera Alemán.—Pedro José Sosa.
Ricardo Arias.—Vicente María Cornejo.—Enrique
Juan Arce.—Esteban Huertas.—Antonio Noli Batista.
Enrique Espinosa.

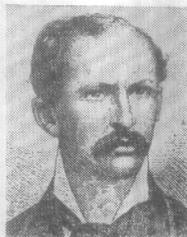
* * *



1836.—Mayo 10.—Nació en la ciudad de Panamá, don MANUEL ANTONIO HERRERA ALEMAN. Fue Diputado a las Asambleas de 1867, 1868, 1872 y 1875. En la educación nacional: Preceptor en la escuela pública de David (1870) y Sub-director de Instrucción Pública en Chiriquí, (1878). En lo judicial: Procurador en Chiriquí en 1874, 1875, 1876 y 1878; Juez en 1879 y 1880; Juez Superior en 1895 y Juez del Crimen en Colón en 1883. Fue Secretario del Tribunal de Cuentas desde 1885 y en la República, Magistrado del mismo. Murió en la ciudad de Panamá el 1º de Junio de 1923.

* * *

1851.—Mayo 19.—Nació en la ciudad de Panamá el ingeniero PEDRO JOSE SOSA. En el Instituto Politécnico de Troy (New York) se graduó de Ingeniero Civil. Trabajó en 1875 en Colombia. En 1876 estuvo en el Darién en dos ocasiones. Armando Reclus en su libro sobre el Darién hizo 27 menciones honrosas sobre Sosa. En el Congreso de París de 1879 fue aprobado el proyecto de Canal Wyse-Reclus.Sosa. Francia lo condecoró con la Legión de Honor. Fue contratista del acueducto de Panamá. Murió en naufragio el 4 de Julio de 1898.



1853.—Mayo 2.—Nació en la ciudad de Panamá don RICARDO ARIAS. Prócer de 1903; estudió comercio en los Estados Unidos; trabajó en el Ferrocarril de Costa Rica; en Panamá fue Tesoro de Instrucción Pública; Diputado a la Asamblea Legislativa; Gobernador del Distrito Capital. Fue uno de los ocho conjurados de 1903. En la República estuvo en Misión Fiscal en Washington y Secretario de Relaciones Exteriores.—Murió en esta ciudad el 7 de marzo de 1927.



* * *



1863.—Mayo 6.—Santiago de Veraguas. Nació en esta ciudad Fray VICENTE MARIA CORNEJO, benemérito fraile. Vistió el hábito dominicano. Fue profesor en el Convento de Chiquinquirá; Superior del Convento de Tunja, ambos en Colombia. Enseñó gramática y teología. Su cuna reclama sus restos que yacen en tierra colombiana, desde el 31 de Marzo de 1912, fecha de su deceso.

* * *

1871.—Mayo 6.—Nació en la ciudad de Panamá, don ENRIQUE JUAN ARCE. Historiador nacional. Aquí en Panamá estudió en el Seminario y en el Colegio "Balboa". En Bogotá, Colombia, se graduó en Veterinaria y luego en Filosofía y Letras. Fue profesor de castellano e historia patria en la Escuela Normal de Señoritas y en el Instituto Nacional. Escribió, en colaboración con el historiador Juan Bautista Sosa, una "Historia de Panamá" y colaboró en revistas y periódicos. Murió en esta ciudad el 14 de Marzo de 1947.



1872.—Mayo 28.—Nació en la población de Umbita, Boyacá, Colombia, el prócer panameño General ESTEBAN HUERTAS. Don Rodolfo Aguilera, en 1906, dijo: "No hay quien ignore que Huertas ha estado en muchos combates, campales y marítimos; que su valor es extraordinario; que tiene varias heridas; y que ama a Panamá, donde ha fundado hogar, donde tiene infinidad de admiradores. Hoy el General Huertas vive retirado de la política militante y se ocupa de empresas agrícolas en Aguadulce".

Murió en la ciudad de Panamá el 31 de Julio de 1943.



* * *

1884.—Mayo 10.—Nació en la ciudad de Panamá, don ANTONIO NOLI BATISTA.—Fue el único de nuestros poetas que se dedicó exclusivamente a! cultivo del verso epigramático. Con el seudónimo de FLAVIO, publicó en 1924, un tomo de epigramas con el título de "Burbujas de jabón".

Rodrigo Miró, dice: "Quedan de Noli muchos epigramas inéditos, circunstancia que aconseja la consideración total de su obra, con miras a la publicación de un tomo cuidado."

Murió en la ciudad de Panamá el 30 de Agosto de 1943.

* * *



1885.—Mayo 12.—En la ciudad de Panamá nació el doctor ENRIQUE ESPINOSA, gloria de la medicina panameña. Estudió en Viena, Berlín y Berna. En Panamá se distinguió en el profesorado: en 1914 y 1915 desempeñó las cátedras de Ciencias Naturales, Fisiología e Higiene en el Instituto Nacional y en la Escuela de Artes y Oficios y luego, profesor de Física y Ciencias Naturales, en la Escuela Normal de Institutoras. Poseyó con propiedad el español, el alemán, el francés y el inglés. Falleció en la ciudad de Panamá el 23 de Marzo de 1924.

Bibliografía:

El Bocio Endémico en Panamá del Dr. José Manuel Reverte

Por ANGEL RUBIO

* * *



Dr. Reverte

La aparición de la obra del culto médico Dr. José Manuel Reverte titulada **BOCIO ENDEMICO EN PANAMA.—UN PROBLEMA NACIONAL.—ENSAYO DE GEOGRAFIA MEDICA** comporta, además de su incuestionable importancia como estudio de un grave problema médico y social, el interés de ser el primer tratado que se escribe y publica en Panamá en el campo especialísimos de la Geografía Médica. Con toda justicia ha podido su erudito autor darle el acertado subtítulo de **ENSAYO DE GEOGRAFIA MEDICA**.

Geografía médica?, podrá alguien preguntarse. Sí. Una de las ramas más recientes en el árbol frondoso de la Geografía y de las ciencias terrestres, en general, cuyo objetivo preciso es el estudio de la localización, distribución comarcal y regional y conexiones de las áreas de enfermedades específicas, endémicas, en su intrincado juego de factores que determinan los complejos patógenos productores, con los demás elementos y factores del medio ambiente o medio geográfico, tanto físico como social y cultural. En estos últimos años viene preparando la benemérita **AMERICAN GEOGRAPHICAL SOCIETY**, de New York, el **Atlas Mundial de enfermedades** bajo la acertadísima dirección del Dr. Jacques May, el médico de los cuatro continentes, como acostumbra llamársele.

Esta rama tan especializada y dificultosa de la Geografía requiere el concurso y esfuerzo conjuntos de la mentalidad del médico mejor aún: del investigador médico, con el criterio de geógrafo avezado, apercibido a indagar y descubrir las conexiones, no siempre y claramente advertibles, que se establecen en el vivaz complejo que es la superficie terrestre. Estructura geológica, relieve, clima, asociaciones vegetales, suelos, hombres y culturas de grupos, tejen entre sí sutilísimas acciones y reacciones, entre las que entran en juego los factores ecológicos (local, comercial y regional) de las enfermedades endémicas. Sólo cuando, una vez establecidos debidamente los hechos, se plantean y esclarecen tales relaciones —que explican las fuerzas situativas de un área o áreas de enfermedades endémicas— se ha descubierto el nexo íntimo de la Geografía Médica.

Y este es el mérito incuestionable de la obra zapadora del Dr. José Manuel Reverte, que auna en sus claras, metódicas, y densas páginas la sabiduría de maduro investigador del problema médico del *Bocio en Panamá*, con la mirada múltiple y acertada de un geógrafo avisado. No escapa a la capacidad analítica del Dr. Reverte, al indagar las causas que determinan las distribuciones geográficas en el Istmo de Panamá del terrible flagelo del bocio endémico (que afecta a un elevado porcentaje de población campesina), establecer claras relaciones con la estructura geológicas del Istmo (que apenas empieza a ser entrevista); con la altitud, un factor geográfico importantísimo en todas partes pero especialmente sensible en países tropicales como en el panameño; con el complejo climático en su múltiple composición (térmica, barométrica, circulatoria y, especialmente pluviométrica); con la luminosidad y su variabilidad física; con la composición química de los suelos; con ese fenómeno de singular alcance en el mundo rural panameño que es la dispersión de población o dispersión demográfica; con el tipo de vivienda que caracteriza el HABIHAT rural istmeño; con el nivel cultural de su población manifestada en el analfabetismo; con el tipo de vegetación, etc., etc. Y todos estos datos no son agrupados en forma de mosaico inerte, no; el Dr. Reverte ha sabido, descubrir los sutiles hilos que enmarañan y conectan tan amplio y variado juego de factores que ha visto y manejado con su clara penetración de investigador perspicaz.

Estamos convencidos de que esta obra abrirá el camino a nuevas y fecundas investigaciones en el campo de la Geografía Médica de Panamá. Y desde luego nos atrevemos a afirmar que el estudio del Dr. Reverte se coloca, por derecho propio, junto a los recientes análisis que, elaborados por especialistas solventes, vienen arrojando clara luz, en los últimos años, sobre las características geográficas y sociales de Panamá. Por todo esto es muy justo, que la obra del fecundo escritor que es el Dr. Reverte fuera galardonada con premio del Concurso Miró de 1956.

Biografía:

Francisco María Calancha

1836 - 1896

Por CONCHA PEÑA

La primera noticia que tuve de Francisco María Calancha, fué la nota biográfica que sobre este notable poeta chiricano dejó consignada el Dr. Octavio Méndez Pereira en su "Parnaso Panameño", aparecido en 1916, en donde dice que había nacido en David en el año 1850.

De este vate de vuelos líricos románticos, ya conocía algunos hermosos poemas, como el "Mendigo", escrito en Francia hacia 1876, y "Dolor", que un periódico de España había publicado durante la Guerra Civil, ofrecido por el representante diplomático de Panamá, Don Melchor Lasso de la Vega.

De su hermano José Leonardo, también dió noticias el que fuera orientador de la juventud panameña y Rector de la Universidad Nacional. Cronológicamente seguía en su obra a Francisco María, sin datos específicos de nacimiento ni muerte, solamente: "Cultivó la poesía con inspiración tierna y a veces vibrante y robusta".

Si estos poetas nacen en 1850 el uno, y posteriormente el otro, es a mi juicio imposible, que José Leonardo Calancha sólo tuviera trece años al ocupar la Presidencia del Estado Soberano de Panamá, ya que, en calidad de Primer Designado, gobernó en 1864.

Mi desconcierto se aclara un tanto, al estudiar la vida del Doctor Carlos Antonio Mendoza con motivo de cumplirse en 1956, el primer centenario de su nacimiento, se halló milagrosamente una carta que Francisco María Calancha escribía a "su amigo Carlos", donde decía que "a pesar de la mala voluntad que le tiene el señor De la Lastra, recordando que no tiene ninguna cultura, recordó a sus inolvidables primeros maestros "Doña Alma y Don Manuel Antonio Herrera, éste que supo inclinarlo por las letras del que recibió cultura y educación".

Era la primera preceptora, hija de Don Juan Antonio Balmori Ro-

dríguez, el que, al ser nombrado en 1841 Administrador de Hacienda, dejó la Escuela particular que tenía establecida en David, desde hacía largos años, en manos de su amada Alma, la que en el mismo año, informaba al Alcalde de David que el curso a su cargo "había comenzado con éxito, cantando el Himno Nacional, sus cincuenta alumnos, entre los cuales estaban los hermanos Calancha, niños de cinco y seis años..."

Por todas estas referencias, podemos suponer, aunque no basándonos en documentos oficiales, que Francisco María Calancha debió nacer en 1836, un año después de José Leonardo, quien llegó a la vida en 1835.

Fueron sus padres, Don Antonio Calancha y Doña Rosalía Garrido, los que, unidos en legítimo matrimonio, habrían de dar al Istmo preclaros ciudadanos.

Al terminar su primera enseñanza y cuando se hizo cargo de la Gobernación de la Provincia de Chiriquí Don Pablo Arosemena de la Barrera, en 1849, a pesar de sólo contar Francisco María trece años, gestionó con el Gobierno de la Nueva Granada, presidido por el General José Hilario López, se les concediera a los hermanos Calancha una beca para continuar estudios, y lograda la petición, marcharon a Bogotá para entrar en el Colegio del Rosario, donde Francisco María llegó a asombrar a sus compañeros y maestros por los poemas líricos que iban naciendo de su incipiente talento.

Cerca de ocho años permanecieron en Bogotá, la capital de la República, donde los dos hermanos publicaron versos y, al regresar al Istmo y establecerse en la ciudad natal, se dedicaron al periodismo, saliendo en el año 1853 "La Tira", que, al decir de Doña María Tranquilina Recuero, en su obra "Breve Historia del Periodismo en Panamá", apareció bajo la dirección de José Leonardo Calancha, y fue el primer periódico que se publicó en la ciudad de David, editado en la Imprenta que Francisco María había fundado.

Por este tiempo, el hermano de nuestro poeta, ejercía el cargo de Personero Municipal, nombramiento que había obtenido por la influencia del Presidente del Estado Don Bartolomé Calvo, y que dejó al subir al poder Don José de Obaldía, por sugestión de Francisco María.

Era este joven un entusiasta liberal y entre la pléyade de hombres que profesaron las doctrinas democráticas tenía gran prestigio, no sólo como poeta, sino como orador fogoso y escritor de valentía y empuje, signifi-

cándose por sus producciones en las que algunas veces combatían al Señor de Obaldía, quien había sido Presidente Provisional de la República y Gobernaba en el Istmo. Quizás este ilustre hombre público, para atraerse "a los hermanos *insidiosos*", como algún crítico llamó a los Calancha, nombró a José Leonardo Prefecto del Departamento de Chiriquí, y ofreció a su hermano la Secretaría, que no aceptó, persuadiéndole a que el nombramiento recayera en Don Nicolás López.

Francisco marchó a Bogotá, donde a poco tiempo contrajo matrimonio con la señorita Zelmira Díaz, descendiente de una noble familia colombiana, la que, al correr de los años, le diera dos hijas: Rosa y Zelmira, que fueron galanura del Valle de la Luna.

Cuando su hermano terminó su gestión como Diputado a la Asamblea, que se formó con quince Diputados liberales y once conservadores y donde estallaron encuentros muy peligrosos entre las altas personalidades que la integraban, como Mariano Arosemena, José María Urrutia Añino, Guillermo Figueroa, Mateo Iturralde, José María y Pedro Goytía, Francisco Robles, Pablo Elías de Icaza, José Isabel Maitín, José Gertrudis Noriega, José Icaza, Fidel Jaén, Juan Lazo, Manuel Jurado y José Leonardo Calancha, Francisco María regresó al Istmo volviéndose a ocupar del periodismo. En la Imprenta que había fundado años pasados, dió a la luz junto con su hermano, en 1863 "La Unión", que fué el órgano del partido liberal.

Nació esta publicación, que tenía forma de revista, con cinco hojas de material "de tamaño cuarto menor", para combatir a otro periódico que se publicaba en David titulado "La Verdad", dirigido por un francés de nombre Daniel Deliot, "defensor de la causa de Don José de Obaldía".

Desde "La Unión", Francisco María atacaba sin piedad a "La Verdad", y esta polémica político-literaria, fue tan famosa, que hasta de Bogotá y de Lima llegaban al Istmo comentarios, algunos de los cuales llevó el título: "Los Liberales de Panamá, pelean entre sí y se acometen duramente".

Cuando en Octubre de 1864, José Leonardo fué llamado a ocupar la Presidencia del Estado Soberano de Panamá, para sustituir al Coronel Peregrino Santacoloma, Francisco María dejó los bellísimos paisajes del Barú, donde se encontraba, para cooperar con su hermano. No aceptó puesto oficial, porque desde un principio no estuvieron de acuerdo los Calanchas en la marcha de la Administración. Santacoloma había dejado el Istmo en un estado lamentable, ya que imperando el régimen de las

libertades absolutas, persiguió la imprenta, atropelló las ideas religiosas y muchas veces usó de la fuerza pública para disolver los corrillos que en la Plaza de Santa Ana se reunían para comentar los despilfarros del Gobierno, que sumía en la pobreza a las clases trabajadoras.

Ningún remedio puso José Leonardo, para resolver una situación tan calamitosa, porque atravesaba Panamá, por el contrario, al decir del historiador académico Don Manuel María Alba, en su hermosa obra "Gobernantes de Panamá", "no sin razón el Gobierno del señor Calancha fué acusado de ciertos manejos incorrectos en relación con las finanzas del Estado. De este hecho tomó pié la ruda campaña de prensa de que fué objeto su Administración... exasperado el pueblo panameño por el conocimiento de que las rentas correspondientes a los monopolios del tabaco, el alcohol y la sal, pasaban a manos inescrupulosas que se movían rapaces en la capital de la República, mientras el pueblo istmeño, gemía bajo el peso de los gravámenes que aumentaban la miseria.

No podemos culpár al delicado Presidente-poeta de tantos desafueros. El heredó una Administración en estado de descomposición y, a pesar de su buena voluntad y de los consejos de Francisco María, le fué imposible detener la avasalladora corriente de malestar y descontento, que tuvo por raíz las *libertades absolutas* que se permitió en el Gobierno Santacoloma.

La Asamblea de este año, dicen los señores Arce y Sosa, en su historia de Panamá, alteró la división territorial del Estado, reduciendo a seis los Departamentos, que fueron: Coclé, Colón, Chiriquí Los Santos, Panamá y Veraguas, con las siguientes cabeceras: Penonomé, Colón, David, Los Santos, Panamá y San Francisco de la Montaña. La Administración Calancha sembró total desacuerdo entre connotados elementos del liberalismo, y entre los censervadores, que no veían el término de su estado de cosas tan lamentables.

Tuvo conocimiento Francisco María de que contra su hermano se gestaba un golpe. Trató por todos los medios de evitarlo, pero el elemento disociador, pidió ayuda al batallón nacional de "Tiradores", y el 9 de Marzo de 1865, surgió la revolución que derrotó a José Leonardo Calancha, y proclamó Presidente del Estado al doctor Gil Colunje, alma del movimiento, poeta como el anterior mandatario y liberal también.

A raíz de estos hechos, marcharon los hermanos chiricanos a las tierras del Cauca donde contaban con numerosos amigos y partidarios, y gracias a sus gestiones animosas, levantaron un ejército regular con el que llegaron a Panamá, donde varios oficiales del batallón "Tiradores", se les unieron, surgiendo la invasión armada que se inició en los pueblos del in-

terior. Vencedores los revolucionarios en Pocrí, contra las tropas del Coronel Pedro Goytía, fueron después destrozadas en el combate de las "Brujas", por las tropas que desde Panamá salieron para hacer frente al alzamiento, dirigidas por el Coronel Vicente Olarte Galindo, hecho que acaeció el 29 de Agosto de 1866.

Tras el descalabro, los jefes y oficiales que lograron escapar con vida, se dirigieron hacia San Francisco de la Montaña, donde tras ruda pelea fueron hechos prisioneros José Leonardo Calancha, el Coronel Neyra, jefe militar de los revolucionarios y varios oficiales que habían intervenido en las sangrientas refriegas, y que fueron condenados a destierro.

A Francisco María, no le alcanzó esta sanción. Viendo partir a su querido hermano hacia el exilio, él se refugió en una hermosa finca que la familia poseía en las proximidades de David, entregándose a las faenas del campo, a la cría de ganado y a escribir poemas, publicados en hojas volantes, que amigos y partidarios costearon.

Serenado un tanto el caos político reinante en el Istmo al comenzar el año 1868 y cuando subió a la Presidencia del Estado Soberano de Panamá el Coronel Vicente Olarte Galindo, nombró en el mes de Febrero, Prefecto en Propiedad del Departamento de Chiriquí a Francisco María Calancha.

Su gestión, a pesar de ser magnífica fue turbulenta, tuvo que hacer frente a varios movimientos subversivos, y al morir el Presidente Olarte Galindo y sucederle Don Juan José Díaz, presentó la renuncia de su cargo, que no fué aceptada, sino tiempo después luego de tocarle poner en vigencia la Ley 30 de 22 de Diciembre, por la cual se restablecían los antiguos Distritos de Bugaba y San Pablo, que habían sido suprimidos en 1865; así mismo declaróse oficialmente el Distrito de Las Lajas en reemplazo del de San Félix, y trasladáronse las autoridades Municipales al pueblo del mismo nombre.

Desearo conocer parte del Viejo Mundo, emprendió Francisco María un viaje hacia Europa, y visitó España, Italia y Francia. Esta excursión que, al principio tenía por fin recoger las culturas de esos pueblos "para ilustrarse más", acabó por el deseo de lograr popularidad.

Residiendo en París, donde llegó a relacionarse con importantes personalidades del mundo político y literario y donde conoció la miseria en que vivían las clases desheredadas de la fortuna, concibió uno de los poemas más bellos que salieron de su pluma, "engastada en todas las idealidades".

El verso que escribió fue muy celebrado por sus amigos ocasionales. Lo tituló EL MENDIGO, composición muy extensa, enjorada en lamento lírico, por

*“El que sin patria vive y sin amigos,
Y sin un nombre su triste ser;
Pues el que nace para ser mendigo,
debe pedir, pero jamás tener. . .*

*Que es de la vida realidad latente,
Que es del avaro negra acusación,
De Caridad la abnegación ferviente,
Del egoísmo, mísera pasión.*

*Sarcástico blasón de la grandeza,
Remordimiento cruel de la impiedad,
Espectro aterrador de la riqueza,
Sombra que empaña toda vanidad.*

*Que es el mendigo la miseria horrenda,
Que se levanta cual fantasma atroz,
Pidiendo al mundo con su voz tremenda,
El pan preciso, que le diera Dios.”. . .*

París, Julio de 1876.

Sobre su estancia en París, tenemos noticias suministradas por otro ilustre chiricano, el notable historiador, Don Armando de Aizpurua, el que en una relación con que nos ha obsequiado gentilmente, describe la vida fastuosa que llevó en los medios franceses Francisco María Calancha, bohemio y generoso, ya que lo que lograba en el juego lo repartía entre las clases necesitadas que llegó a conocer.

Un día quiso visitar Monte Carlo. Para marchar a la meta donde se reunían muchos nobles y príncipes, concibió un extraño proyecto nuestro poeta del Valle de la Luna.

Para presentarse en la ciudad del juego y del placer, tan en boga por entonces, adquirió una carroza de hermosa traza, pintada de amarillo, donde mandó grabar un escudo, que le acreditaba como “Conde de David”, acompañado de fámulos leales. Y con aquel arrogante porte, con la belleza innata que poseía y con su maravilloso ingenio, nadie dudó de su prosapia y así pudo alternar con lo más florido de la sociedad francesa y de los extranjeros que acudían al famoso Casino de Monte Carlo.

Paseó después por varias repúblicas del Continente Americano, seguido de su fama, que había levantado con su maravillosa imaginación. Visitó las Naciones del Sur y al llegar a Lima, la antigua Ciudad de los Virreyes, ocurrió el hecho que voy a describir con las mismas palabras de mi informante, señor Aizpurua, pesando sobre él la veracidad de lo que narro.

“Cuéntase que al llegar a Lima, frecuentó el aristocrático casino de la ciudad, que una noche entró a dicho lugar de juegos donde era ya conocido, con un brazo vendado para dar la impresión que se le había fracturado. Su brazo así arreglado, obedecía a un plan premeditado que le daría éxito esa noche. En la mano del brazo vendado, agarraba un dado de esos que se llaman “cargados”, que oportunamente usaría. Jugó varias veces, en una las cuales, ganó y en otras perdió, para así despistar a los compañeros de mesa de sus propósitos. En el cuarto o quinto juego, las apuestas subieron a varios miles, y aquí fué Troya: echó a correr su dado especial obteniendo el resultado esperado. Minutos después de haberse levantado hasta el último centavo, hallábase a bordo de un vapor que zarpaba hacia Panamá, cuyo pasaje había sacado con anticipación. Cuando sus compañeros de mesa dierónse cuenta de la jugada y fuga de Calancha, lo persiguieron infructuosamente; porque la nave había elevado anclas. Desde entonces, “El Tiro de Calancha”, se mencionaba en todos los casinos del país”.

No dudo de que este episodio de la vida de Francisco María Calancha sea cierto; por haberlo sabido de boca y pluma de un autor responsable; pero no concibo verdaderamente al bardo chiricano oficiando de tahur. Creo firmemente que su bohemia, su gracia y su ingenio fantástico, le llevaron a realizar viajes y aventuras sorprendentes, pecados de juventud, que en nada influyen en el recuerdo hermoso que dejó con sus poemas y escritos, aquel soñador que en vigorosa entonación épica cantó a “Chiriquí”, a “La Libertad” y “A Dios”, cuando decía:

*“Yo, Señor, en esta vida un ser tan limitado
Que ni explicarme puedo mi lóbrego existir,
si pienso en la grandeza, me encuentro anonadado
tu esencia misteriosa no alcanzo a concebir.*

*Por eso yo de hinojos, Señor en tus altares,
me postro reverente tu imagen a adorar,
y a tu bondad pedirle que aparte los zarzales
que cruzan en mi vida por el revuelto mar.”*

Al regresar de su viaje fantástico se estableció en Panamá. Se dedicó al periodismo y a escribir versos.

En “El Céfiro” dejó poemas de hondo sentimiento y en “El Mercurio”

rio", "El Aspirante" y en "El Cronista", de aquella época, hallamos cabida poemas que son conjunción de gracia, lirismo y ensueño, además de artículos fundamentales y valiosos.

Un día se hablaba en uno de los corrillos santaneros de la pena de muerte. Las personas que discutían sobre tan importante tema, eran unas partidarias del castigo que la justicia aplica a los criminales. Otros sostenían que sólo Dios tiene derecho a la vida de los hombres.

No intervino en la discusión. La noche la pasó en vela, y al clarear la aurora del siguiente día, compuso un hermoso poema dedicado a su leal amigo Emilio Briceño, plasmado así:

"LA PENA DE MUERTE"

*Implacable enemiga de la vida,
amiga la más cruenta de la muerte,
pena irreparable que convierte
la venganza en justicia jementida.*

*Al crimen busca que en el mar anida
y cree matarlo en el que sangre vierte
ella es el crimen cuando torna inerte
la vida que no da. Ley homicida:
justicia que extermina, la condena
de la viudez y la orfandad, el grito
que en la muerta conciencia no resuena:
y se alza, del Calvario al infinito,
la imagen Redentora, cuya escena
llora la humanidad en su delito."*

A su decir, era hombre escéptico. No creía en la gloria que degrada a los hombres y con este pensamiento escribió EN UN CEMENTERIO:

*... El poder, y la gloria, todo acaba,
en el ser que se hundió;
Que en mármoles ni en bronces no se graba
La sombra que pasó..."*

Este poema apareció en "El Cronista" y fué muy comentado por sus amigos. En "El Observador", que se había fundado en 1890 bajo la dirección del Dr. Manuel A. Mora, publicó en el número 235, LA FLOR DEL RECUERDO, concebida en ocho cuartetas, una de las cuales decía:

*En la historia de mi vida,
esa flor es un secreto;
extraño para el olvido
para la esperanza ajeno."*

En el mismo bisemario que se publicaba los domingos y los miércoles, apareció EL DESDEN fechado en Panamá 1892, 12 de septiembre y SU MIRADA canto lírico de extraña melodía.

Sus publicaciones, en prosa o en verso aparecen a profusión en toda la prensa de Panamá entre el año 1892 y 93, cuando su producción fué más fecunda.

Un poema que fué estimado como notable, por Rodolfo Aguilera, fué DOLOR, aparecido en "El Cronista" el 6 de julio de 1893:

*Muerde, si, clava en mi tu diente horrible,
destroza el corazón;
que al vivir sin la luz de tu mirada,
en caridad tu horror.
En la duda abrasanse mis sienes,
en la pasión mi ser;
y del dolor que acaba, en el que empieza
renuévase la hiel.
Es mi dolor océano que en mi pecho
lo siento desbordar;
cuando ahogue mi vida entre sus ondas
en ella se ahogará."*

En este mismo año entre otros artículos, publicaba con fecha 3 de diciembre en "El Aspirante" uno titulado DESPUES DE LAS FIESTAS, refiriéndose al 28 de Noviembre, el que comenzaba así:

"Un año más en el reloj del tiempo, un año menos en el de las edades de la vida. De ese año, un día marca la fecha gloriosa, la cual advierte al orbe todo, la oposición de un pueblo libre y en la historia acto de espontánea anexidad a Nación Independiente. Glorias celebradas con magnificencia por los hijos de este suelo, en brillantes fiestas que acaban de pasar en medio del clamoreo de las campanas; de los estruendos de los cañones; de las armonías de la música y de tantas *expansivas* manifestaciones del más digno y regocijado entusiasmo..."

Hacia después un elogio muy bello del Cuerpo de Bomberos, y en toda su patriótica información hacía alarde de expresiones culteranas y románticas.

Al comienzo del año 1893, presentó al Gobierno un proyecto para que se abriesen caminos de carreteras o de rieles desde cualquier punto de la costa de Chiriquí hacia el Interior, para fomentar el comercio.

El proyecto era, en su base, interesante y beneficioso para el país, pero transcurrieron unos meses sin que se le prestara atención. Su des-

esperanza está vigente en una carta que dirigió al doctor Carlos Antonio Mendoza y que publicó "El Cronista" en su edición del 27 de mayo, en la cual entre otras cosas decía lo siguiente:

"Distinguido amigo. Te debo reconocimiento por el apoyo dado en los conceptos emitidos en tu periódico EL DEBER, en pro de la empresa por la cual solicito contrato.

Hice al Gobierno Nacional, por conducto del Departamento, proposición con ese fin, y del Secretario de Hacienda recibí inmediato aviso, con nota oficial que las bases por mí presentadas habíanse remitido al Ministerio respectivo. Cuatro meses han transcurrido, nada he sabido. Este silencio infunde duda de que mi nombre puede estar en el SILEBUS político.

Nada en las bases ofrezca imposible de realizar, nada empuje que considerarse pueda como valiosa dádiva, y nada creerse debe de absoluta enagenación; baldíos y exenciones, en cambio de esta empresa que llamará a la vida, esas soledades muertas.

Por una vía, ya sea de forma de carretera, ya sea de la de rieles, la cual comunique fácil y brevemente el Sur con el Norte de Chiriquí, clama a gritos viendo la necesidad, y hoy se impone más su realización, por llegar el comercio a sus puertas en demanda de productos que, por su espontaneidad en la producción, constituyen incalculables riquezas para el país, siendo ello manifiesto de su desenvolvimiento comercial que dará engrandecimiento a esa región y una fuente más inagotable en el ramo económico fiscal de la Nación"...

Toda la carta era importante, porque no solo hablaba de la geografía en general de la región chiricana, estudiaba sus ríos, las montañas, los valles, y le fácil comunicación con Costa Rica, y sobre todo era un canto de alada prosa por esa parte del Istmo llamada El Valle de la Luna.

Este proyecto fundamental de Francisco María Calancha habría de cobrar realidad muchos años después, cuando Panamá llegó a ser República libre y soberana, inaugurándose el ferrocarril de Chiriquí, sueño del soñador, el 23 de abril de 1914, bajo la Presidencia del doctor Belisario Porras.

Contra el deseo del poeta chiricano, se alzó el señor J. M. de la Lastra, poniendo en entredicho aspiración tan noble, que ya había transmitido al Gobierno Central en el año 1879.

Calancha *replicó*. Para no comprometer a los Directores de los periódicos que eran todos amigos y le publicaban cuanto enviaba, contestó

al Señor de la Lastra por medio de "Remitidos". En "el Cronista" del 8 de junio decía: "AL PUBLICO: "En el número 1648 de "El Cronista" de ayer he visto un remitido usando mi nombre como argumento complementario en cuestiones a mí ajenas. Extraño ha sídome el hecho, hasta la sorpresa, pues las cuestiones de carácter personal mías, que he liquidado en el campo de la prensa, no autorizan a alguien para que los actos que con ellas se relacionan sean tomados como arma de agresión o de defensa, en sentido extraño a mi derecho, y mucho menos para que mi nombre sea careado en asuntos que por nada y para nada debo hacer míos de manera lesiva a mi dignidad. Esas cuestiones han pasado ya, y hoy ocupando la imparcial de la conciencia pública en calidad de cosa juzgada. Motivo de creencia es, el que después de 19 meses de apurar amarguras y de vivir tristezas en la tierra ausente, habría, ya que no respeto, siquiera olvido para mi nombre; pues mi alejada actitud demuestra mi querer de no seguir en esa demente tarea de cabar la sima moral y social en la cual se hundirá el remedio y nada malo para este país en que he nacido y que mi deseo quiere sabio próspero y feliz."

La polémica continuó, recordando a Calancha la época en que desde su periódico LA UNION, atacó a la familia Obaldía, a quien el señor de De la Lastra combatía también.

Queriendo poner fin al enojoso asunto provocado por él, que también era chiricano, Calancha en otro *Remitido* decía a su peligroso enemigo: "Terminemos estas cuestiones que nada dicen en favor de la cordura y para que usted sepa, señor mío hoy y para siempre, no pienso con el contrato enriquecerme y además jamás he hecho gala de pertenecer a agrupación alguna; pertenezco a mi convicción profunda, a mi creencia íntima, la cual constituye un orden de ideas representado por uno de los dos grandes partidos que vienen aspirando el predominio político en las sociedades, desde que estas constituyeron el Estado Civil."

Al subir al poder Don Ricardo Arango en 1893, como Gobernador del Departamento, ofreció a Francisco María Calancha un elevado puesto público, recordando en la comunicación que le envió, que había sido un valeroso militar, que ayudó a su hermano y a otros copartidarios al derrocamiento del Presidente, General Tomás Cipriano Mosquera, y que por Decreto No. 3 de 1881, el Poder Ejecutivo le había otorgado el grado de Coronel Efectivo, siendo después elegido a Comandante de la Cuarta Jefatura de Chiriquí.

Agradeció mucho el poeta esta deferencia del Señor Arango y sobre todo el recuerdo de sus ejecutorias militares, pero no aceptó tal posición de responsabilidad; porque él era liberal de *limpia* y pura doctrina y el

Gobernador había militado siempre en las filas conservadoras. La excusa que le presentó fué la de estar esperando la resolución del Gobierno Nacional, sobre la petición de abrir caminos beneficiosos para la tierra que meció su cuna.

Con este anhelo siguió viviendo, dedicado a trazar con el buril de su poderoso ingenio poemas líricos y épicos y prosa constructiva y renovadora.

Un día su esperanza se quebró y para ocultar su desaliento marchó a Chiriquí. Su vida en aquellos paisajes está reflejada en un artículo, que publicó al morir Don Gaspar Arosemena en 1894, donde decía: "Con estrecha y cariñosa amistad me favoreció durante su último tiempo. A este mi retiro venía y acompañaba mi soledad con su presencia, y con disertaciones ilustradísimas, en las que brillaba su inteligencia y su saber resplandecía, apartaba por momentos mis horas tristes. Jamás olvidaré, cuando en medio de este campo, limitado por murmurante río y por alzada y crespada montaña, de pié sobre el verde y menudo tapiz de esta sabana tendida en horizonte y bañada por torrentes de luz, reflejo de su brillante palio de profundo azul, trataba de las cosas de la vida con la serena suficiencia del sabio y de los misterios de la muerte con el profundo y recto criterio del filósofo. En su corazón anidaba todo noble sentimiento, y su caballeroso porte, templado por un valor a toda prueba, alentaba ese carácter levantado y austero, por el cual despreciaba lo mentido y amaba lo verdadero y lo grande. Silencioso y solo, su fuerza intelectual reconcentrada en su ser, pasaba los días en el estudio y la meditación, recorriendo con el pensamiento y con su luminosa mirada los espacios de la ciencia, y así vivía, en espíritu, en esa áurea región donde solo se elevan las grandes almas. Su paso por este mundo fué breve y a semejanza del de un meteoro deja rastro de luz. Ferviente adorador de la Libertad ninguna ha quemado mejor incienso en su altar ni en su ara sacrificio más grato. Los grandes ideales que simboliza esa palabra mágica, fueron los principios constitutivos de su credo político y cuanto en él hubo de fuerza e inteligencia con entusiasmo y fé lo consagró al servicio de la defensa de su causa; y cuando ya desde las alturas del Alborain de su penosa peregrinación contemplaba la tierra prometida fué arrebatado a la vida a lo mejor de su edad. Por lo infausto de la nueva sobrecogió estupor, y por su muerte lleva viva dolencia mi ser; lo precipitado de su entierro me impidió cumplir el triste deber de acompañar su cadáver camino del sepulcro hasta ese campo de soledad, de cenizas y de sombras, en cuya negra portada no fulgura el terrible *lacciatti*, ya sea principio o fin; cuna o sepulcro; renovación o muerte, se ha efectuado en él la natural evolución de la vida y por lo tanto le digo adiós."

CHIRIQUI, 5 de septiembre de 1894."

Continuó su existencia en el espacio sombrío de su aislamiento. Dos años después de este gran dolor que sufrió, le sorprendió la muerte un día aciago de 1896, fecha en que ocurrió la desaparición terrenal del altivo y maravilloso bardo del Valle de la Luna, porque su hermano José Leonardo, en marzo de este año, le dedicó un **bellísimo** canto de amor y de dolor, **SOBRE EL SEPULCRO DE MI HERMANO**, de donde son estas estrofas del poema de largo metraje.

*... Vengo a este sitio a derramar el llanto
que he sepultado en el pecho tanto
desde que el hado tu existencia hirió.
Vengo a recoger con lágrimas de duelo
este olvidado y apartado suelo
donde tu cuerpo exánime se hundió.
... Y fuiste luego el tierno compañero
que me apartaba del fatal sendero
donde se pierde la loca juventud.
Y siempre, siempre con tu buen ejemplo
me encaminabas hacia el noble templo
donde se rinde culto a la virtud.
Y fuiste el sol de la existencia mía
que de mi edad el cielo embellecía
cuando la dicha con su áura me halagó.
Pero bien pronto la implacable suerte
la nube dolorosa de la muerte
sobre su disco fúlgido arrojó.
Y desde entonces mi doliente vida
en tenebrosa noche convertida,
haciendo un astro de infortunio atroz,
en donde vivo cual la triste planta
que en pantanoso templo se levanta
sin verdura sin sabia y sin color... ”*

REFERENCIAS:

- Octavio Méndez Pereira.—“Parnaso Panameño”.
Armando Aizpurua.—Manuscritos y Relaciones.
Manuel María Alba.—“Gobernantes Panameños”.
Arce y Sosa.—“Historia de Panamá”.
María T. Recuero.—“Historia del Periodismo en Panamá”.
“El Céfito” 14 de 1887.
“El Cronista” de 1892 a 1893.
“El Aspirante” de la misma época.

Cinegética:

Las delicias de la Caza en el Darién

Por AMADO ARAUZ

Entre los indios Cuna del Río Bayano me llevé la gran sorpresa cuando Sonny Brikis, Sáhila de Majé, puso ante mis ojos un papel escrito a máquina que decía: "...entiéndese por CAZA todo acto LICITO y todo medio LEGAL de buscar, perseguir, acosar, aprehender o matar para reducirlos a propiedad particular los animales fieros o salvajes. También los amansados o domesticados cuando han recobrado su primitiva libertad". El amarillento papel databa de 1938, fecha en que la Asamblea Nacional reconoció a esa comarca selvática como reserva indígena, y Sonny mostrábalo a manera de advertencia por si acaso se me ocurría cazar furtivamente en sus predios. No se quien fue el comedido que dió a los indios esa definición de caza, tal vez entresacada de algún viejo texto de Cinegética, pero me causó tanta gracia la candidez de Sonny, cuna viejo y chiquito como un duende, que le pedí me dejara anotar en mi libreta tan peregrino concepto.

Sonny cuando era joven vivió algunos años en la Zona del Canal y aprendió inglés que luego olvidó, sin que sus conocimientos sobre gringos y panameños hayan menguado, y en cambio servídole para desempeñar mejor su puesto de Sáhila de Majé, caserío enclavado exactamente sobre los límites de la Reserva, a manera de "aduana u oficina de relaciones públicas", y adonde los visitantes llegan forzosamente por el Río Bayano para que Sonny, ni corto ni perezoso, les muestre el consabido papelito y a veces también la ley promulgatoria de sus predios, sin desear el plano topográfico a gran escala, todo esto conducente al cobro del impuesto sobre la caza.

Si dejamos a Sonny Brikis por un momento y miramos retrospectivamente el aspecto cinegético del Darién de hace unos siglos, veremos que éste ya constituía el paraíso desconocido de los primeros improvisados cazadores blancos que llegaron al Continente de Colón. Casi todos los cronistas españoles se refieren en alguna parte de sus escritos a la belleza y sabor de ciertas aves y animales del Darién. Hasta la ecurridiza y



Los indios Chocóe son crueles y astutos cazadores. Rastreando un venado serpentean de barriga por la maleza hasta llegar muy cerca de la presunta pieza. Se quedan mirándola sádicamente algún rato y luego disparan holgadamente a la palétilla. Enseguida se trepan sobre el animal y hacen presión en el abdomen para limpiarle los intestinos; luego con puñal abren un espacio entre el tendón y el hueso de cada pata trasera para entrelazarlas con las delanteras y ponerse la pieza a la espalda exactamente como una mochila. Así podrán caminar largas distancias sin cansarse y sintiendo el prometedor calorillo del ciervo.

desgarbada iguana mereció de Oviedo la cita de que *“era muy espantosa de ver y muy buena de comer”*. Piratas como el inglés Lionel Wafer, tampoco resistieron la tentación de escribir sobre partidas de caza en esa manigua que se presta para la emoción del rastreo y la sorpresa. Este bucanero hasta se permite describir con atisbos de zoólogo y marcado gusto de gastrónomo los principales especímenes de la fauna darienita. Ensalza la enjundia y buena estampa de algunas especies y las halla mejores que las similares de su lejana tierra. Refiriéndose a la gallina doméstica dice: *“...no tenemos mejor volatería en Inglaterra; es aún más gorda que la nuestra, porque los indios le dan mucha comida.”* Sin embargo, Wafer se dio cuenta de la poca variedad de la fauna, aunque el número de individuos de cada especie es tan crecido que compensa al cazador que haya conocido regiones fáunicas más ricas, como la hoya amazónica, por ejemplo. Pero es fácil comprender, en este aspecto, las limitaciones del pequeño Darién, cuya superficie está cubierta totalmente de selvas que guardan sólo las especies que pueden sobrevivir en ellas. No se encuentran alternadamente llanuras, praderas o tierras altas en ese Darién que nosotros, por razones de viabilidad, hemos ubicado entre los Ríos Bayano y Atrato, en Panamá y Colombia, respectivamente. No obstante, parece que a Wafer no le importaron mucho estas exigencias cinegéticas, dedicándose a pasar lo mejor posible los tres meses que duró su cautiverio entre la gente del Cacique Lacenta, acompañando a éste en extensas partidas de caza donde puso a prueba sus buenas dotes de observador. Y hasta ganó su libertad valiéndose de un mal momento de Lacenta, cuando él y sus perros fueron fatigados por un saíno, suceso que Wafer aprovechó para elogiar a los perros de Inglaterra y ofrecer a Lacenta traerle algunos si le permitía hacer un corto viaje. Naturalmente, Wafer se fue para no regresar. Pero el cacique siguió con sus esmirriados canes deleitándose en el ejercicio de la raza, principal menester de aquellos indios Cuna que son los mismos de hoy, con la salvedad de las armas de fuego y el impuesto de cacería que Sonny Brikis, pequeño y astuto Lacenta de nuestra época, no deja de cobrar cuantas veces puede.

De modo que, como habíamos dicho, Sonny y su papel amarillo nos obligaron a buscar sitios extra jurisdiccionales aunque no menos ricos en animales, y a los que llegábamos conforme avanzaban nuestras exploraciones para el posible paso de la Carretera Panamericana. Así, cuando en el verano descienden al mínimo las aguas de los ríos darienitas y aparecen extensas playas de arena blanca y fina que en las noches de luna adquieren especial encanto, era de rigor acampar en esas cálidas arenas, sin techo, sin hamaca ni toldo, sin mosquitos ni culebras, con un cigarrillo en la boca, hablando y mirando al cielo estrellado antes de roncar



La escurridiza iguana, que según Oviedo era “muy espantosa de ver y muy buena de comer”, fue siempre para indios y exploradores plato de singular exquisitez. Bolívar Araúz, uno de los pioneros del Subcomité del Darién, cazó esta en toda la línea fronteriza de Panamá y Colombia, donde se levanta el hito internacional del Cruce de Aspvavé.

a pierna suelta. Es inolvidable la sensación paradisiaca de esos agrestes lugares. Perdóneseme la hipérbole literaria tan molesta para la mayor parte de lectores, pero es mi afán decir que en esas noches y en esas playas terminaron muchas veces las faenas más duras rendidas durante el día por las cuadrillas del Subcomité en su marcha a través de la selva. La llegada de la noche era nuestra compensación, toda vez que siempre tuvimos algún animal para ponerlo en barbacoa, y eso significaba fogatas, ahumadas, comida opípara, chistes y cuentos de cacería. Esa vida primitiva nos hacía hablar de lo mismo que posiblemente se decía en las

cavernas de nuestros antepasados. Sentíamos en carne viva la presencia del hombre como animal de costumbres y de comunidad: el compañerismo primaba entonces hasta altas horas de la noche. Luego venía el día con su dura realidad: había que *echar para adelante*, midiendo, tomando alturas, anotando condiciones del terreno y, sobre todo, seguir cazando con la esperanza de otra noche restauradora de las energías agotadas.

En el curso de las mencionadas exploraciones pudimos observar la vida casi primitiva de los dos grupos indígenas del Darién: Cuna y Chocóe. Los primeros viven en aldeas ribereñas de las partes altas y torrenciosas de los ríos Bayano y Chucunaque. Los segundos, el grupo Chocóe, se disemina aquí y allá por cualquier río y montaña que ofrezcan pesca y cacería en abundancia. Y cuando éstas escasean cambian sin dificultad su vivienda a sitios muchas veces tan lejanos como el Departamento del Chocó en Colombia.

De estos dos grupos, el Cuna tiene la característica de cazar con cierto orden o previsión. En su vasta comarca regodean grandes rebaños de saínos y puercos salvajes que ellos saben hallarlos en cualquier momento y matar solamente los necesarios para sus fiestas y subsistencia diaria, al contrario del grupo Chocóe, cuyos cazadores son capaces de fulminar todo el rebaño de una sola vez si los animales no huyen prestos. El Chocóe seminómada no piensa en el mañana; el Cuna sedentario sí, y tiende a preservar los animales cazando ordenadamente e impidiendo a los furtivos hacer de las suyas en un territorio que, hoy más que en el pasado, está a punto de caer en manos de lo que se ha dado en llamar "progreso". En esas selvas hemos cazado los más bellos ejemplares del venado denominado "blanco", corpulento y de enrevesada cornamenta, muy escaso en otras partes del Darién. Los indios Cuna no le dan caza debido a supersticiones, cuyo motivo no pude averiguar a fondo, pero que el arraigo parece estar en las mujeres o madres de la tribu que impiden a sus hijos o a los jóvenes comerlo. No obstante, los viejos cazurros sí lo comen a despecho de los reproches femeninos, notándose en esta rebeldía la influencia de los colonizadores o bucaneros europeos. Dice Wafer (1681) lo mismo que nosotros (1958) pudimos personalmente ver: "*...hay gran número de ciervos muy semejantes a los de Inglaterra; pero no los matan nunca, y ni aun prueban su carne, a pesar de que es muy buena. No sé si es superstición o por algún otro motivo que se abstienen de ella. Nosotros no éramos tan escrupulosos, y cuando algunas veces nos veían comerla, no solo rehusaban juntarse con nosotros, sino que manifestaban disgusto al vérnoslo ejecutar*". De modo que, a partir de Wafer, estos indios que habitan los mismos lugares visitados por el pirata, aprendieron paulatinamente a comer venado a hurtadillas. Uno de ellos me dijo que



El "guacuco" es uno de los peces de más horrible aspecto de los ríos darienitas. Los indios Chocóe lo persiguen hasta su madriguera entre el fondo arenoso y las rocas. Para librarse de sus escamas ásperas, se envuelven la mano con el trapo rojo que les sirve de taparrabo y lo sacan tomándolo por la cola. Luego buscan guineo silvestre que junto con una sarta de estos hórridos peces meten en la olla cubierta de hojas anchas. De este modo, a fuego lento, se cuece el famoso "tapado de guacuco", sorprendentemente delicioso.

las mujeres creían que en vida o muerte les saldrían cuernos a sus hijos si les daban carne de este animal. Pero yo no creo que ésa sea la única razón, aunque estoy seguro que los indios viejos y rebeldes que han roto la costumbre saben muy bien, como nosotros, lo extremadamente deliciosas que son las lonjas de venado asado al calor de una fogata.

A estos indios Cuna del Bayano y Chucunaque no les gusta trabajar como peones o cargadores, salvo raras excepciones. En cambio, a los Chocoe les encanta porque va con su espíritu aventurero eso de meterse en regiones desconocidas que puedan más tarde servirles para hacer un traslado de vivienda. En mis cuadrillas tuve siempre a dos o tres de estos mal llamados "cholos": pintorescos, chistosos y cazadores infatigables cual modernos *nemrod*s. Es divertido verles con un machete en la mano lanzarse a nadar en algún remanso de poca profundidad, gritando alegremente tras el sábalo, al que encierran entre tres o cuatro de ellos hasta darle un machetazo, no con el filo sino con el lomo, que lo deja solamente aturdido y en disposición de jugar con él buen rato. Otras veces lanzan desde

regular distancia la "chagüala", una especie de jabalina con punta de hierro, y ensartan peces en pleno movimiento. Cuando se trata de un "güacuco", que es el pez de más horrible aspecto de los ríos darienitas, lo persiguen hasta su madriguera entre el fondo arenoso y las rocas, se envuelven la mano con el trapo rojo que les sirve de taparrabo y lo sacan tomándolo por la cola, librándose así de sus escamas negras y ásperas como la lija. Luego buscan guineo silvestre que junto con una sarta de estos hórridos peces meten en la olla cubierta de hojas anchas. De este modo, a fuego lento, se cuece el famoso *tapado de güacuco*, sorpresivamente delicioso. Muchas veces me senté en rueda con ellos en algún remoto playón, con la olla en el centro, a gozar de este plato raro y exquisito. Cuando es de rastrear un venado, los he visto ponerse de barriga y serpentear por la maleza hasta muy cerca de la presunta pieza, quedarse mirándola sádicamente largo rato mientras ella inocentemente ramonea las hojitas de la cañada y luego disparar holgadamente a la paletilla. Si por desgracia el gamo no cae y emprende mal herido la fuga, a veces con sólo dos patas buenas, de alguna parte saldrá otro indio de agilidad felina y le asestará con un machete el golpe de gracia. Enseguida se trepará sobre el animal y hará presión sobre el abdomen para limpiarle los intestinos; abrirá con puñal un espacio entre el tendón y el hueso de cada pata trasera para entrelazarlas con las delanteras y ponerse la pieza a la espalda exactamente como una mochila. Así podrá caminar largas distancias sin cansarse y sintiendo sobre sus lomos el prometedor calorcillo del ciervo.

El indio Chocóe, por lo que he dicho, es cruel cazador que tiende a exterminar pero a veces la paga bien. En uno de ellos pude ver las hondas cicatrices que las garras de un jaguar habían dejado en su piel, cuando imprudentemente siguió al felino hasta su madriguera en pos de venganza porque momentos antes, en la orilla del río le había dado muerte a uno de sus dos perros de cacería. Allí, en su cueva, lo punzó con la chagüala, sin tomar la precaución de poner estacas altas frente a la entrada. Sin este obstáculo, el tigre, acicateado por los latidos del perrillo sobreviviente y adolorido por los chagüalazos, saltó derribando hombre y can y siguiendo aterrizado la huída, no sin antes dejarlos mal heridos. Poco después el indio sanó de milagro, pero en sus hombros y espaldas quedó para siempre impreso algo que irónicamente parecía el mapa del Darién.

Cuando los puercos de monte, especie de jabalí americano, están en la época de celo son extremadamente peligrosos. Pero los indios Chocóe apenas si toman la precaución de subir a un árbol para dispararles. Para ellos no hay carne más deliciosa que la de este paquidermo, especialmente



En la montaña para aprovisionarse de carne hay que salarla primero, y luego ahumarla con el método más primitivo: sobre un emparrado de ramas verdes. La carne queda a medio asar y si se quiere se la puede comer dentro del grado "término medio" de los restaurantes capitalinos.

los llamados "puercos colorados" que recorren ciertas partes del Darién en grandes manadas. Yo estoy de acuerdo con ese gusto, pero debo admitir que cuando estos indios tienen hambre y pocas ganas de montería, son capaces de comerse las lagartijas y merchas de sus casas. Y cuando así proceden es de lamentar, porque en el Darién se puede cazar "a la carta", si se puede emplear este término por demás ilustrativo. Allí están los pavos salvajes, descritos como faisanes por los cronistas españoles, y que son de dos clases: el simba, pequeño cantador; y el negro, de regia estampa con penacho y protuberancia amarilla en el pico y que llega a pesar hasta doce libras. La hembra es de color rojizo o "rubia", como le dicen los naturales, y no tiene los atributos que he descrito en el macho, además de ser menos pesada. La perdiz, la paloma torcaz, los patos reales de abultada pechuga y la diminuta cerceta, se hallan en grandes bandadas. Los conejos pintados, muletos y el gigantesco poncho que pesa hasta cuarenta libras, son fáciles de cazar en las orillas de los ríos durante la noche. Para los que gusten de la carne de mono, manjar para

los indios, allí encontrarán el gracioso cariblanco o capuchino, preferido de los fabricantes de la Vacuna Salk; el kun-kun que tiene la voz más estentórea de la selva; y los prietos, rojos, colorados cotudos y los pequeños titíes. El corpulento tapir o macho de monte, que es la res más alimenticia de la montaña, especialmente su hígado, muy sabroso y delicado. El gato solo y el cusumbí; la icotea, el ñeque y la nutria; y entre los peces de río: la macana, de feo aspecto aunque sabrosa; el bagre, el pez sierra y la doncella. Todo esto y mucho más constituye el menú selvático de los indios Cuna y Chocóe y, por ende, de los otros daricnitas que hacen su agosto cazando en un Darién que se está acabando.

Antiguamente y hasta hace pocos años en el Darién se practicaba como diversión la caza del jaguar, gustada por exploradores extranjeros que se hacían acompañar de nativos. Nosotros no tuvimos ocasión de participar en alguna partida, pero sabemos cómo se efectúan, tanto por oírlos de boca de viejos daricnitas como por haber leído la que describe Armando Reclus en su libro sobre las exploraciones en 1880 en esa región. El Oficial de la Marina Francesa dice que las cacerías se organizan del siguiente modo: *“...una vez descubierta la guarida del animal, un jaguar moteado (FELIS OUSA) o un jaguar negro (FELIS NEGRA) que regularmente la constituye el tronco hueco y carcomido de un viejo higuerón, se dirigen a esa en pleno día, cuando hay seguridad de hallar al jaguar en su casa. Los hombres van provistos de un buen número de palos rectos y puntiagudos, los cuales clavan fuertemente en tierra, bastante cerca a la entrada de la madriguera, a fin de que el animal no pueda escapar de un salto. Entre los palos amarran fuertes bejucos a manera de barrera frente a dicha entrada. Lo más extraordinario en esto es que el jaguar, en tanto dura la operación no hace ningún movimiento para atacar, ni tampoco para ponerse a salvo, sino que se limita a recogerse sobre sí mismo, retorcerse, agitarse enfurecido, recorriendo su cueva y lanzando espantosos aullidos, que se pueden oír a considerable distancia. Cuando se han terminado todos estos preparativos, durante los cuales nadie ha corrido el menor peligro, no queda más que hacer que matar la fiera a lanzadas y a tiros. Esta manera de matar al jaguar parece increíble, dado que en todas partes tiene fama su instinto feroz y sanguinario”*. Naturalmente, la caza del jaguar es un deporte de blancos, ya que los indios daricnitas generalmente le tienen temor, que yo juzgo es de origen supersticioso antes que físico, por cuanto el jaguar huye del hombre siempre.

Sin embargo, les aconsejo a todos los amantes de la cacería no dejarse llevar por el entusiasmo. No basta llegar al Darién para comenzar



Es divertido ver a los Chocóe lanzarse a nadar en algún remanso de poca profundidad. Con un machete en la diestra tratan de golpear a los peces. Por fin encierran uno de buen tamaño que no tardará en recibir, no de filo sino de lomo, un buen golpe, que lo dejará solamente aturdido y en disposición de jugar con él.

a disparar a troche y moche, pues hay lugares con muy poca cacería, pese a lo abigarrado de la selva. Hay que rastrear los animales las más de las veces en sitios remotos que ellos consideran seguros. Ni tampoco ponerse a leer de antemano, como cierto amigo, la *Cinegéticac* de Jenofonte, en que se describe la caza de liebre con perros y redes, la del jabalí con redes y lanzas, la del ciervo con trampas de madera, y a caballo la de los leones, linceos y panteras. Sencillamente hay que buscar un texto humano en forma de Chocóe y olvidarse de las *Cinegéticas* de Oppiano, Arriano y de cuantos escribieron sobre la materia.

Por otra parte, también les aconsejo buscar un compañero de cacería que sea decididor, parlanchín y que sepa usar la gracia tanto como la mentira elegante con que siempre se sazonan los cuentos de monterías. Al calorcillo de una fogata ese compañero nos hará reír, máxime si se trata de Goyo González, un viejo montecador darienita que yo conocí y me acompañó en algunas partidas. Este me contó un caso que siempre atribuí a su calenturienta imaginación, pero que no deja de ser gracioso y hasta ilustrativo de la ferocidad de los puercos de monte que, como hemos dicho, en la época de celo se tornan peligrosos, formando manadas numerosas que han estado a punto de despedazar a los cazadores poco precavidos. Decía Goyo González que cierto día, en plena montaña, fue sorprendido por una manada de esos paquidermos, teniendo apenas tiempo para arrimarse a un grueso tronco con la esperanza de no ser visto. Instantes después pasaban de lado y lado y a escasos centímetros como una tromba, haciendo ruido infernal, dando tarascones a diestra y siniestra y levantando cuanto bicho viviente había entre los arbustos. Goyo dice que en esos terribles instantes se puso a rezar "la magnífica", y en eso estaba cuando sintió que algo suave y sedoso le rozaba las nalgas. Miró un poco hacia abajo y vio a un enorme jaguar que, a su vez, miraba hacia arriba como diciéndole "dame un chancecito o no te muevas que la cosa es seria". Esto fue demasiado para el pobre Goyo, que empezó hacer aguas de puro miedo; pero viendo que el gato sólo hacía arrimarse más a él sin intenciones de ataque, y que la manada de feroces puercos seguía pasando, comprendió que ambos estaban en el mismo trance. Así estuvieron instantes que le parecieron siglos a Goyito, los dos petrificados, esperando los tarascones de un momento a otro. Cuando pasó el último puercoc, dice Goyo que él dio un salto en precaución de que el tigre fuera un mal agradecido, y armó su escopeta, pero en vano porque el felino había desaparecido.

Oír a Goyo contar este episodio de su invención y muchos otros que aseguraba eran verdaderos, nos hacían desternillar de risa y tomar más cariño por las expediciones de cacería. Sin embargo, y ahora hablando seriamente, me parece que dentro de algunos años, tal vez, muchos, ha-



Aquí se ve al cazador en compañía del mejor texto de Cinegética que se conoce: un indio Chocóe. Cobrar una pieza de caza en el Darién significó para los exploradores la compensación de su duro trabajo diario. En las noches de luna, sobre las playas de los ríos darientas se improvisaron deliciosas barbaccas y fogatas, sazonadas con chistes y cuentos de cacerías.

brá que reglamentar el ejercicio de la caza, no sólo en el Darién sino en toda la República. La construcción de la Carretera Panamericana en la selvática provincia estimulará la parcelación de toda ella, planteándose entonces un conflicto de derecho entre el cazador y el propietario del predio en que la caza se realiza. Y es que en verdad los animales necesitan un seguro de conservación y reproducción, haciéndose esto, en lo posible, sin lesionar otros derechos y fines superiores. También desde el punto de vista económico la caza en el Darién es una industria principal que mantiene a la mayoría de sus habitantes aprovechándola constantemente para satisfacer sus necesidades; y esto, junto a lo anterior mandará la promulgación de leyes protectoras como ya existen en la mayoría de los países civilizados.

Pero sea como fuere, quiero decirles que el Darién es un territorio fascinante y aún soñado paraíso de los cazadores o de los hombres que saben liberarse de la "clastrofilia", que tanto daño hace a personas que podrían, pero que no se atreven a curtirse bajo el sol ni a sentir el viento sobre sus cabellos.



Este indio Chocóe ha puesto sobre sus hombros, a manera de capa, las alas extendidas de un pavo salvaje, cuyo cuerpo pende a sus espaldas. En nuestras cuadrillas tuvimos siempre a dos o tres de estos mal llamados "cholos"; pintorescos, chistosos y cazadores infatigables cual modernos "nem- rods". Generalmente son de buena estampa, muy amigables, y de gran espíritu aventurero.

“Ensayos Poéticos” de Manuel S. Guillén

Por CESAR AUGUSTO YOUNG N.

Indiferentemente, con la cuada al aire de sus sueños humildes, ha pasado este libro por entre la fría mirada de los mercachifles de la crítica, y la infamia de los que todo lo echan por la borda con unas cuantas palabras envenenadas y crueles. Pero olvidan que cada obra trae una verdad, sumándose y brotándose hacia el definitivo ideal que ha de esperar el advenimiento de un Mesías poético. Y en ese diapasón yo abro estas palabras, y lo que tenga que decir lo diré llevado de un interés justo, silenciosamente sincero.

Leí el libro de Guillén con la cara de frente a la noche. Bajo el signo de los lluviosos días de Octubre, cuando las meditaciones se acurrucan en los desvanes del ensueño como hijos descarriados.

Me asomé a la realidad de estos Ensayos Poéticos colocándome y renovándome en su acción vital en el más humano modo de comprender algo, extraño a nosotros mismos. Me hice el propósito de extender mis palabras hacia las Imitaciones que comprendo y que conozco al suscribir estas líneas. Después de esto, nada tengo que explicar.

Sabrán entonces que estas palabras no constituyen una hermenéutica esteticista ni mucho menos una explicación paso a paso del fenómeno lírico a la luz de las modernas especulaciones de la palabra poética. Es una perspectiva más sencilla, una como presentación del autor, lo que hizo, o lo que pudo hacer en medio de su *Pesé* querido y las humanas tardes de sus crepúsculos tropicales.

Anoto que a su muerte sobrevino la publicación de su Obra. ¿Qué ha pasado? Guillén procedía de un momento desavenido al caso, hostil a las más elevadas formas imaginativas, locamente materialista y desconcertantemente postizas e insensata. Su palabra venía del corazón de la república definitivamente de él, con desentono, anacrónica si se quiere, pero llena de una concentración amorosa al ejercicio poético. Y es que cuando la poesía se nos viene encima como una enfermedad, como una expresión de la vida, nos ha de acompañar siempre, nace y baja a la



Guillén

tumba con nosotros. Ahí están flotando las tendencias elementales de todo hombre ennoblecida en la fé y la esperanza.

Así lo analizo, decisivamente, sabiendo que a estas alturas al mundo le hace falta comprensión y cariño humano.

Setenta y ocho poemas he contado en este volumen de versos.

Tienen el color del recuerdo; las intensidades dulces y perecederas de la infancia inmortal; el rosado canto de amor a la novia adolescente al pie de las tibias y enlunadas noches de verano, los cantos a la escuela y al maestro, los tiernos perfumes de los tiempos idos, todo ello enmarcado en una sencillez casi fresca, elemental.

Allí quedan registradas sus aspiraciones fundamentales, los contornos sencillos de buen padre abriendo el arco filial de su ternura de donde salen volando hacia el corazón las flechas de sus más grandes amores. Encuentro un soplo najeriano cruzando sus versos, versos por demás claros de suaves tonos transparenciales. Al efecto, reproduzco el poema "Para Entónces" que reúne en síntesis las anotaciones que vengo exhibiendo:

*Cuando yo muera,
dejando llena de dolor mi estancia
mi cadáver cubrid con la bandera
de esta patria que amé desde la infancia.
y después colocad sobre mi pecho
en donde un tiempo el corazón latía,
un rizo en forma de corona hecho
de la adorada mía.
En mis labios, ya fríos, poner os mando
la imagen de mis hijos que se quedan
por mi ausencia llorando
sin que mi vuelta conseguirla puedan.
Por que quiero llevar hasta mi fosa,
en mis sueños prolijos;
las reliquias queridas de mi esposa,
de la Patria inmortal y de mis hijos.*

He aquí su voz, su imagen de patria y de sus seres queridos, la medida ardiente del amor, el alma transformada en canción y lamento rociándola de su sagrada actitud para lo noble a través de los cristales azules de sus versos bendiciéndola y cantándola para siempre. Mi pluma saluda con respeto su humilde obra, pero inmensamente grande a los suyos que hoy recitan sus versos bajo las amables tardes del recuerdo...

Cuento Nacional:

EL COLINDANTE

Por el BACHILLER CARRASCO (*)

* * *

"Se llaman señores de la tierra y no pueden llamar suyo un pedazo de ella."

Cielo claro, lejano, manchado a trechos de nubarrones dormidos, olvidados del viento.

El amanecer lo estremece todo con sus ruidos nuevos.

El sol monta sobre los cerros callados, de vegetación mustia, amarillenta y rala.

En el patio silencioso los árboles envejecidos en dura brega con el tiempo, diluyen su soledad en coloquio con los pájaros y el viento.

* * *

El guayacán se viste de oro y de oro viste su sombra. Los matojos vecinos florecen. Las cigarras y los pájaros que despertaron con el día, también florecen de cantos.

La lluvia pasajera vino y se fué silenciosa... Todo reverdece. El monte se agita, delirante, porque el verano vuelve a mandar con sus días rientes y su cielo esplendoroso. De la costa cercana, desde el sur, la brisa se baña en el olor de los esteros y manglares, llenos de misterio. El pasto, pequeño aun, bordea con su pelo verde, el curso del riachuelo que lame los declives pedregosos del predio.

* * *

El rancho se esconde en una hondonada y el cono del techo humea, encendido por el sol.

—Hoy comenzo más de mañana que nunca el tronido infernal... Loca me voy a volver... rrrrrrr... rrrrrrrrr... todo el santo día, y encima, como si fuera poco, la condená polvareda que levantan los malditos... Y no vuelve ligero la lluvia... Tronadera, relámpagos, el aguacero puesto, negrito el cielo, y como cosa del Malo, naaá. Engaño: no cae, como si tuviera miedo de bajar... De noche las cocalecas piden agua, la oscurana y la fusiliadera, pero tampoco... Naaá! Amago solamente... Eticos nos vamos a volver todos aquí de la tragadera de

(*)—Don César Candanedo.

tierra... Y por dentro de la cabeza todo me da vueltas como trompo de muchacho travie.o... el rrrrrrr que te rrrrrrr camino de gusano arador, el ruido va abriendo camino, como barreno, en los mismos sesos, por la misma mediación... Creo que ésos hasta hablan con Dios para que no llueva pronto y yo me muera seca, pegaá a la tierra... — la voz de la mujer se diluye, derrotada, vencida.

Ante sus ojos agotados de ver tanto el infortunio, se agranda más y más la ancha faja de tierra desgarrada, trémula, la superficie erizada, revuelta.

(x)

Nubes ocres de polvo fino circulan en el contorno. Una delgada costra cubre hasta las hojas de los árboles cercanos, mientras los alaridos incansantes del tractor ensordecen en medio de su monstruosa tarea destructora.

Sujetos a la alambrada que limita el predio que semeja isla en medio del ondulante mar negro de la tierra arada, los muchachos contemplan, sorprendidos y miedosos, la violencia con que el monstruo metálico vuelva, demuele y arrasa cuanto está a su paso.

—Es cierto lo que dicen: “la desgracia nunca llega sola”... Es muy verdad... Cuando todavía vivía el difunto, aquí no había más bulla que la voz de su pecho de hombre contento; o la del trueno que rompía los vidrios del cielo en agosto y septiembre; o el arrastrao del río que con los aguaceros de noviembre parecía un culebrón; o la corredera del *norte* peliando con las palones... Ahora tener que oír, de obligación, ese demonio de hierro... — de nuevo habla y tibias lágrimas caminan el rostro mordido por el dolor.

* * *

—Muchacho dile a tu mama que le compro el ojito de tierra... Es lo que me falta para redondear... — le gritó al más grande del grupo, desde el asiento de la máquina, frenando el empuje impaciente del motor.

Informada por el hijo, reaccionó iracunda.

Ai está lo que busca el tragón... Tierra... tierra... como si se la pudiera llevar el día que Dios le pida cuenta de sus maldades. Lástima que yo no sea hombre para llamarlo horita y decirle... “Quiere tierra? Sí, venga... bájese... es suya... pero se la come aquí mismo, para verlo... No quiere tierra? No?... Tome... coma... carajo... Toda, cómasela. No quería tierra...? Entonces le metía el machete de verdad... Por eso es que el perro me tumba la cerca y me echa para acá el ganao, para que me aburra, lo llame y le diga... Sí, mi don, le vendo... cuánto me daaá...?” — soliloquio nervioso, flameado por la luz del odio que sacude la voz y da vida a la faz estropeada.

Después, el otro día, se presentó... Avanzaba golpeándose las botas con una varilla recta, a modo de látigo; avanzaba despacio, seguro, ufano, como caminan los que pueden, los satisfechos, los que se imponen.

—El terrenito le compro para completar mi finca y enderezar el camino. Usted no tiene salida, encerrada... Tendrá que aprender a volar... Los otros ya me vendieron y se largaron... Sólo que yo la dejo pasar por mi propiedad, pero no quiero servidumbre ni compromiso... Los árboles y el rancho no los compro porque no sirven ni me interesan... Serían para meterles el tractor... La tierrita sí... Decídase y me avisa cuántos pesos quiere... Fijese que solo es un ojito... — propone, camina inquieto, seca el cabello pegado a la frente sudorosa y, finalmente agita el aire con el sombrero.

Silencio duro, dramático, cargado de explosivos... Al fin...

—Pues para mí vale todo porque no es robo y a mí me sirve, sepa usted. Y lo que aquí hay, sea poco o sea mucho, es trabajo honrao: es sudor de la frente... La vida del finado y la mía están enterradas en esta tierra... aquí nacieron mis hijos... Y continúa no la tengo en venta, sepa... — las palabras salen ásperas, con filosa frialdad.

— Uffffff... — se aleja impaciente.

* * *

Pasada la entrevista, todas las semanas llegaba, puntual, la cita para presentarse a la Oficina. Siempre una queja: que el ganado se metía por la medianía por tener malas las cercas por ese lado; que los daños; que los muchachos y que los insultos... Y en el fondo de todo, el invariable propósito de compra... Algún día la autoridad sentenciaría en su justicia.

* * *

Los dolores seguían acumulándose, como costra sarrosa, en las maltratadas vidas abandonadas, de destino oscuro... Las pequeñas fincas antiguas desaparecían para incorporarse a la finca grande, para extenderla y redondearla... Poco a poco el bullicioso campo se despobaba, se desfigaba de su hombre, su hijo, para que naciera, contra su voluntad de la tierra, la vasta superficie cultivada. La aldea, antes alegre y activa como colmena, humeante, ahora agonizaba, desaparecía, tragada por la finca grande, para que el opulento arrozal imperara sobre muchos hombres... Las casas caían entristecidas por la soledad y los estragos; los sitios se borraban, se suprimían los testigos de los recuerdos, mientras los frutales gemían al describir la parábola dolorosa de su caída, golpeados en el tronco por la insensible crueldad metálica del tractor. Así, en muy poco tiempo, se amputaba el prolongado esfuerzo de tantos años empeñados por el hombre en un montón de cariños y esperanzas.

El éxodo de las familias hacia los arrabales grises es un goteo continuo; semeja la huída angustiosa ante el avance de un incendio.

Plácidas comunas rurales, con la belleza armoniosa de sus senderos, recodos y calcatas, desaparecen... Las alambradas rectas, hambrientas, estiran angostos caminos pantanosos e ineludibles; los animales mostrencos mueren sin bebederos... El rugido metálico de los motores; el chirrido estridente de los engranajes, chumaceras y cadenas, domina todo... Grandes zanjas abiertas por las ruedas descubren los troncos muertos, los pelados raizales y los estropeados sillares calizos de las canteras... Hasta los pájaros han emigrado, sin agua, sin árboles, sin sombras, sin ramas donde colgar sus nidos... La superficie rasa, escueta, desolada, sigue extendiéndose, alejándose en la plenitud horizontal...

—Finca Cuatro tiene 800 hectáreas preparadas, listas...

—Allis Chalmer cuenta con 1,200... — sale otra voz.

—En el Mostrenco hay 600... — insiste.

* * *

En rápidos vuelos exploratorios, en compactos pelotones que semejan inquietas nubes pardas, con frecuencia aparecen los pájaros de trueno. Aparecen y desaparecen con igual prontitud dejando impresa en el suelo la sombra efímera... Buscan el grano cuajado, lechoso, que reventará apéetoso en la agobiada espiga.

Y durante los días opacos que siguen, húmedos y silenciosos, en simétrico y pausado viaje pasan, de largo, bandadas de patos silvestres que vuelan hacia las lagunas donde la comida comienza a aparecer.

* * *

—Mama... mama... — el muchacho corre y se acerca jadeante... El ganao de don Nicolás está dentro otra vez, comiéndose las cañas. Se metió por el portillo que ayer dejó la máquina en la medianía... Está a toco comer y quebrar...

—No lo digo yo... Lo que trae esa gente maldita... La desgracia! Ahora, quién paga los daños? No hay más justicia que la que yo mismo se hace con su mano... sólo en ésa se puede creer ya... Que los gallinazos les piquen la tripa y les escarben los ojos a esos hijucutas... Llama a Miguel el de Nazaria, para que te ayude, y lleva los perros... Corre antes que se lo coman todo... Eso es lo que trae esa gente y esa máquina... Malditas sean..!

—Venda y váyase lejos y no pelee más. Siempre la pierde porque tenga la razón de su lado... La ganan de todas maneras porque son grandes... Fíjese que hasta máquina tienen ya... Hombres míamos ya

se jueron... No supo cómo lloraban cuando les decían: "Ese aguacate no lo pagamos... Por esa palma le daremos un dolar"... Y así jué too... pa colmo hasta por ellos habían votao... Eran hombres... Ahora usted que es mujer, dígame, qué puede hacer..?

--Aquí me dejó el difunto y aquí me quedo por su orden y con mis hijos velando su anima... A la fuerza, a empujones, me sacarán, que para eso están las autoridades y el gobierno... para azotar a los pobres y a los brutos como nosotros... -- replica.

--Busque pa otro lao, que aquí va pa atrás... no alza cabeza...

--Y a dónde me voy, dígame? De casualidad libres sólo quedan los caminos... Dónde hay una cuarta de tierra que no se hayan cogido? Ni en la cordillera... Cómo me dice que me vaya es lo que más me duele... Al pie de ese totumo cayó el finado, tiraio... Las malas lenguas, que siempre sobran, le acumularon, pura mentira!, que había disparao contra el Cara de Piedra, el que quemó los ranchos y se robó la tierra del otro lado, para Querévalos... "No abandone el terrenito, pa los hijos cuando crezcan"... me dijo y boquió. Así se acabó él. También aquí me enterrarán... Dígame, qué hace cristiano de campo sin tierra o en tierra ajena...? Es como pájaro sin cielo o peje sin agua. Morir mejor... Y libres sólo quedan los caminos, como para que uno se vaya, se pierda y no estorbe. Sobramos: somos como trastos viejos, botaos, que todos jondean para allá y para acá. No hay nada que ofrecerle a Dios... Ya ellos lo tienen de su lao... Pero "no hay mal que dure cien años ni cuerpo que lo aguante"... Algún día... A lo mejor no lo veré yo, pero...

* * *

Diseñado en la lejanía, un hombre avanza... Camina en dirección al rancho. Las mujeres intentan identificarlo... Cada días se hacen más raras las visitas porque vecinos casi no quedan.

--Ah..! Quién iba a ser..? El pati-largo de Quintín... -- después de una pausa.

Se oyen un ladrido lejano de perros.

Y-- aquí también tienen máquina... -- a manera de saludo burlón. Ya no se conoce donde estaba el camino... Lo borra tooo. Ni sitio, ni casas, ni cogedero de agua... Tooo se acabó... ahora sólo arrozal... -- conversa a medida que se aproxima.

--Arrozal esa porquería..! Semillero raquíico es... Así será esta otra porquería... -- señala en dirección al cultivo que rodea el lote. Apenas llega a la rodilla y la espigueta será de a jeme, si acaso... Si este año es de pájaros, ni para ellos alcanzará... Eso no es arrozal ni nada que parezca de hombre... -- comenta Ña Antigua.

—Esos no son hombres..! Qué gracia..! Claro: con máquina se ganan a la tierra y después vean el arrozal que sacan... A puñados y las matas flaquíticas, enfermas de hambre... | Arrozales los que hacía el finado, a pura mano, surcos parejitos y matas saltiás... Y qué espiguería así de larga..! No esa porquería de arrozal enano... Esos no son hombres..!

-Me contaron que a Juan Gato, antes hombre de casa, potrero y ganao, lo obligaron a vender. Se jué pal pueblo y ya se comió la plática. Ahora está concertao en el pueblo blaquiando casas, limpiando patios y haciendo oficios... Too se le acabó ya. La familia se le desbarató... Muchachas buenamozas las que tenía... Por la tierra tanta desgracia... como si alguno la hubiera hecho...

—Esta es mi esperanza... — por turno acariciaba la cabeza de los hijos agrupados alrededor... Este es el mismo finado. De juicio y muy hombre me sale... Todos son buenos... — las lágrimas abonan la fáz marchita.

* * *

Poder de la fuerza convertido en ley... Y un día la autoridad sentenció en su justicia.

—Una fianza... Los perjuicios y costas... El artículo del código. Pero todo puede arreglarse... Por qué no vende? Además, tiene que poner los niños en la escuela y en su campo no hay... El gobierno no quiere brutos. La ignorancia daña al mundo; es el mal de hoy... No hay respeto... Todos tienen que aprender. La ley es muy clara... Salvar a los niños... Pichilín, notifica a la señora para que saque los hijos al pueblo y los ponga en la escuela que ya va a abrir... Léele la pena que impone el artículo a los que no ponen los hijos a estudiar.

* * *

Por última vez la mujer acarició con mirada dulce la extensión del terreno que acababa de abandonar... Por instantes se sentía culpable de traición a la memoria de su muerto... Pero se reanimaba convencida de que había resistido hasta el máximo contra la confabulación, hasta el límite agónico de sus fuerzas... Los niños la seguían mudos, sin comprender con claridad el motivo del desarraigo impuesto.

Rumbo al pobiado con sus pobres pertenencias, haciendo alto al borde del hilo gris del camino, el grupo descansa, rendido por el porfiado avance.

—Cómo lo dejo sólo..! .. el murmullo despegó los apretados labios.

—Más después, con el tiempo, volvemos, mama... — se atrevió a decir el más grande.

Un latido de insegura esperanza le infundió el pequeño.

La siega de los años continuó su trabajo imperturbable. El tiempo, contra el cual el hombre no puede, ha llevado las cosas a un curso nuevo, bien diferente... Después de los sucesos de mayo, desbaratados tantos dolores y recuperadas tantas alegrías, reocupadas las viejas tierras despojadas, la anciana Faustina vivió la dicha de pisar de nuevo el antiguo solar de sus cariños. Y entre lágrimas evocó sepultados recuerdos... Trabajo le costó encontrar dónde cayó el finado, a pesar de las precauciones tomadas y las señales fijadas antes de dejar la heredad. Difícilmente descubrió el sitio donde se levantó el rancho, la piedra junto a la cual enterró el ombligo de sus hijos.

Ahora los hijos del muerto dominan las máquinas que fueron enemigas... Mirando la verde extensión donde las espigas palpitan en los tallos pipones del común cultivado, confundida, la mujer deja caer frases oscuras, sin orden. Pero al fin se le oye claro.

—Así quiero a las máquinas... Las odiaba con mis cinco sentidos cabales cuando los dueños nos echaron de aquí... Quién me iba a decir lo que están viendo mis ojos...! Mis hijos encaramados en esos animales de hierro...! estaré soñando...! Si el finado viviera... ah...! —suspira y aprieta el rostro.

NUMEROS FAVORECIDOS POR LA SUERTE DE ENERO A MAYO DE 1959

Fecha	Sorteo N°	Primero	Segundo	Tercero
Enero... 4	2078	4972	2135	9219
Enero... 11	2079	6451	4065	5960
Enero... 18	2080	9303	2324	8282
Enero... 25	2081	3426	2473	4674
Febrero... 19	2082	0356	8212	4679
Febrero... 8	2083	8856	5717	0766
Febrero... 15	2084	8109	9066	1314
Febrero... 22	2085	9980	4257	7957
Marzo... 19	2086	9119	8010	3999
Marzo... 8	2087	0431	8416	8555
Marzo... 15	2088	5932	6833	4559
Marzo... 22	2089	1873	2948	9861
Marzo... 29	2090	5715	0775	7952
Abril... 5	2091	2736	8745	7465
Abril... 12	2092	9230	2115	2445
Abril... 19	2093	4910	6336	9658
Abril... 26	2094	1030	1477	4691
Mayo... 3	2095	9912	3709	4196
Mayo... 10	2096	2975	5419	5317
Mayo... 17	2097	3746	0411	4523
Mayo... 24	2098	2992	5444	6214
Mayo... 31	2099	9276	5675	2637

Ensayo:

José Dolores Moscote y la Configuración Espiritual de la República

POR ALFREDO CASTILLERO C.

Conferencia dictada en el Paraninfo
universitario el día 2 de abril de
1959 con motivo del tercer aniversario
de la muerte de José D. Moscote.

* * *

Al producirse el conflicto panameño colombiano y adquirir definitivamente el Istmo su independencia política, a comienzos del XX, se planteó a los hombres sobre cuyas espaldas caía la responsabilidad de dirigir el recién nacido conglomerado social el siguiente problema: ¿sobre qué bases jurídicas, económicas, políticas y espirituales debería organizarse el nuevo Estado? La interrogante no se limitaba sólo a la cuestión jurisdiccional, y a la organización exterior del orden político; abarcaba también el problema íntegro de la configuración de la vida espiritual panameña. En otras palabras: la estructuración ideal de vida capaz de responder a los reclamos de un posible destino histórico y la firme voluntad de sentar sobre bases estables y fecundas la conquista de su puesto en la colectividad internacional de los estados.



Dr. Moscote

Es imposible comprender los alcances que tal interrogante envolvía sin antes registrar las condiciones sociológicas e históricas de los primeros años de gestación republicana; sólo así podríamos apreciar las soluciones que se han esbozado desde entonces, a lo largo de medio siglo de vida independiente. La circunstancia histórico-social estaba caracterizada por un triple hecho:

I.—En el campo cultural, la general ignorancia que el régimen colombiano propiciara al restringir las ya escasas posibilidades que ofrecía un centenar de escuelas en 1889.

II.—En lo económico —todavía frescos los estragos de la sangrienta guerra civil de los mil días— la violenta sacudida del oro saxoamericano al advenimiento de los primeros trabajos en la franja canalera.

III.—En lo jurídico y administrativo, la misma marcha lenta y acompasada con que se movían las cosas en una época que aparentemente se quería cancelar. La nación había declarado su independencia política pero, a pesar de eso, había quedado virtualmente viviendo bajo el imperio de la misma constitución y de las mismas leyes que regían en ella durante la última etapa del largo período pre-independiente. Panamá se había separado de Colombia, pero iniciaba su vida de pueblo emancipado, prendiéndose imprudente, pero inevitablemente, de una nación poderosa cuya trayectoria histórica en relación con los pueblos americanos —al decir de sus pensadores políticos— no ha sido sino la realización de los designios de un “destino manifiesto”.

En aquellas difíciles condiciones los dirigentes panameños —pasados los primeros furros de la gesta emancipadora— consciente los unos, inconscientes los más de su responsabilidad ante el destino de la Patria que nacía, no demoraron en sentirse dominados por una sensación de impotencia, desamparo y pesimismo. La falta de fé en la propia existencia soberana, la escasa confianza de nuestro destino como nación, el “odioso y funesto personalismo” (1) en los partidos políticos, sin “ideales definidos” y sin “cohesión espiritual” alguna —“organizaciones transitorias fundadas sobre el *substratum* de partidos colombianos inadaptados aún e inadaptables al nuevo ambiente nacional...; restos del caudillaje de antiguas luchas fratricidas” (2)—, no fueron sino matices más o menos sombríos, más o menos patéticos de una super-estructura espiritual de angustioso derrotismo, no menos dolorosa que aquella estructura material antes descrita.

Fué justamente en aquella época, en medio de un furiosa tormenta política en la cual casi zozobra la independencia nacional cuando Eusebio A. Morales, dijera: “Aún entre los mismos promotores del movimiento de separación había hombres que no creían en la permanencia de lo que estaban fundando y para quienes lo esencial era resolver un problema económico inmediato y personal, más bien que reconocer el espíritu y consagrar la existencia de una nacionalidad. Hombres de elevada posición

(1).—Cf. Morales Ernesto. EL DR. EUSEBIO A. MORALES ANTE LA HISTORIA. (Apuntaciones y Comentarios. Imprenta El Herald, Panamá, 1929.

(2).—Cf. Morales Eusebio A. ENSAYOS, DOCUMENTOS Y DISCURSOS. Tomo II. Edit. La Moderna, de Quijano y Hernández. Panamá. Pág. 214.

política en el país —continúa el antiguo Secretario de Instrucción Pública— me han dicho en alguna ocasión: aquí tendremos dos o tres Presidentes, después... no tendremos más. Otros me han manifestado su convicción profunda de que *esto*, es decir, la República, no puede durar mucho"... "Por último, en todos los círculos políticos y populares prevalece la creencia de que ningún ciudadano puede elevarse a la Presidencia aunque para ello cuente con los votos del pueblo panameño, sin antes no tiene la simpatía o la venia de los Estados Unidos". (3) Vivíamos pues, la primera de las grandes crisis de nuestra vida republicana: la crisis de la nacionalidad.

Nunca como en aquella ocasión, se vió tan clara la necesidad de formar una corporación de hombres superiores capaces de responder al llamado de renovación que las circunstancias revelaban con elocuencia irresistible.

Fué entonces —rebasado este "impase" de incertidumbre a improvisaciones— cuando en el Istmo surge el deseo de ir, usando una expresión proustiana —según la feliz alusión de un distinguido profesor universitario (4), en busca del tiempo perdido. Estudios literarios, científicos e históricos son favorecidos oficialmente. Pensamiento y Poesía, introducidos de pronto en los afanes de una existencia burocrática inédita, concentran sus fuerzas para asistir al nuevo Estado en esos momentos decisivos de consolidación de la nacionalidad y de estructuración ideológica. Todas las habilidades y todos los esfuerzos fueron aprovechados y correspondidos con prodigalidad. "Vivíamos —dirá Rodrigo Miró (5)— en el amanecer de una experiencia tentadora". (6)

Ve la luz *El Herald del Istmo* revista de marcada orientación modernista fundada en 1904 y que dirigiera Guillermo Andreve. Ricardo Miró.

(3).—*Idem.*, página 210.

(4).—Cf. Gasteazoro Carlos Manuel. INTRODUCCION AL ESTUDIO DE LA HISTORIA DE PANAMA, Tomo I. Fuentes de la Epoca Hispana. Edit. Azteca, S. A., México, 1956, página 28.

(5).—Miró Rodrigo. TEORIA DE LA PATRIA (Notas y ensayos sobre literatura panameño seguidos de tres ensayos de interpretación histórica). Talleres Gráficos de Sebastián de Amorrortu e Hijos. Buenos Aires, Argentina, 1947, página 70.

(6).—Prueba de ello fueron, más tarde —para citar el caso de la poesía—, las manifestaciones públicas de aprobación y reconocimiento a nuestros liridos verificadas en solemnes ceremonias. Ha sido el caso de María Olimpia de Obaldía, en 1930; de Ricardo Miró, en 1937 y luego, de Enrique Geenzier, en 1942, consagrados en el Teatro Nacional en actos de elevada dignidad cultural. Véase : García Ismael, MEDIO SIGLO DE POESIA PANAMEÑA. Talleres Gráficos de Impresiones Modernas, S. A., México, 1936. Página 18.

después, como prologación de la revista de *Andréve*, funda *Nuevos Ríos*, que se leerá por varios años. Se suceden en una misma línea Nicole Garay y Aizpuru Aizpuru, Demetrio Fábrega y Guillermo Batalla, Enrique Geenzier, María Olimpia de Obaldía y Gaspar Octavio Hernández, entre otros. Se organizan agrupaciones literarias; nacen *Esto y Aquello* (1914-1915) y *Memphis* (1916-1919). Los artículos de fondo sonaban bien y los ensayos se multiplicaban con lozanía sin precedentes. Aparecen Belisario Porras, Samuel Lewis, Salomón Ponce Aguilera, José de la Cruz Herrera y Ciro Urriola. Las polémicas de Nicolás Victoria y Justo Facio se leen con apasionamiento. Más serias y filosóficas parecen ser las eruditas disquisiciones de un Cristóbal Rodríguez. Bellas son las promesas de publicaciones como *La Revista Nueva* (1916-1919), *Cuasimodo* (1919-1921) y *Estudios* (1922-1934).

De aquella época datan también los primeros esfuerzos historiográficos en la República. Por ley 26 de 16 de noviembre de 1908, y el contrato número 212 de 10 de septiembre de 1909, se concede a Juan B. Sosa y a Enrique J. Arce amplias facilidades económicas y oficiales para encargar material inédito al Archivo de Indias con el objeto de elaborar una Historia General de Panamá. En 1911 aparece, como fruto de aquel primer intento heurístico, la edición de una *Historia de Panamá* compendiada, destinada al uso de las escuelas nacionales. A partir de entonces la historiografía nacional verá engrosar sus fondos documentales incensantemente, gracias a la labor continuada e infatigable de los beneméritos historiadores Héctor Conte Bermudez, Ismael Ortega B., Ernesto J. Castellero, Catalino Arrocha Graell, Benito Reyes Testa, Agustín Jaén Arosemena, Manuel María Alba, Ernesto de J. Nicolau y Juan Antonio Susto, para citar sólo a los primeros.

Pero no sólo en la cultura. También en el campo educativo hubo quienes, en este proceso de toma de conciencia nacional se pronunciaron por diversas direcciones ideológicas para la orientación espiritual desde la cátedra. El caso concreto del analfabetismo bien pronto insufló en los repúblicos un espíritu dinámico orientado en el sentido de la enseñanza. Se sentía, como en la Argentina de Sarmiento, en el Panamá de Justo Arosemena y Manuel J. Hurtado y, en general, en el Continente, durante el pasado siglo - dados los mismos propósitos de estructuración espiritual— la actualidad del célebre "slogan": "gobernar es educar."

Era preciso adaptarse a las nuevas formas de vida, asimilar los nuevos ideales, pero sobre todo, la ciencia y la técnica que parecían ser el origen y la grandeza de los pueblos sajones. Sin embargo, curioso fenómeno de la génesis republicana, antes de arrostrar necesidades materiales

más cónsonas con la realidad —por ejemplo la economía—, la dirección espiritual de la nación se orientó, desde entonces —tan vivamente impresa se hallaba entre los nuestros la clásica “salvación por la cultura” (¿arri-lismo quizás?)— en el sentido de profundizar las concepciones científico-académicas de los postulados pedagógicos en boga; pero sobre todo hacia la realización de principios democráticos expresados, principalmente, en una marcada proyección social.

Rasgo inequívoco de este ideal han sido, el artículo 133 de la Constitución de 1904, en el que se establecía la obligatoriedad de la instrucción primaria, la ley 22 de 1907, creando el Instituto Nacional —“organizado, según las palabras de uno de sus padres espirituales, conforme a un plan científico, metódico y sencillo” (7)—, el artículo 24 de la misma ley 22, autorizando al Poder Ejecutivo para establecer en el nuevo plantel secundario hasta 35 becas costeadas por el Tesoro Nacional, a razón de cinco por cada provincia; los artículos 6 y 7 de la ley 11 de 1904, estableciendo 32 becas en el exterior, la ley 42 del mismo año, la ley 2ª de 1907, la 45 de 1910, la 10 de 1911 y, en general, las que se han venido siguiendo como complemento de una organización educativa nacional.

Era la época en que el Presidente de la Nación (Ramón M. Valdés) y el Secretario de Instrucción Pública (Guillermo Andrey) enviaban cartas a los niños panameños con motivo del día del árbol. Y en que, con ocasión de la fecha clásica, se dirigían alocuciones desde la más alta magistratura del país, a los pequeños escolares de nuestras instituciones educativas. (8)

Aquí se dieron cita —para cumplir con el llamado de renovación cultural —las más encontradas opiniones en materia pedagógica. Por un lado, las teorías que trajera al Istmo Edwin Grant Dexter, experto en cuestiones de educación y una autoridad en el campo del pensamiento político y sociológico de los Estados Unidos, donde figuraba, entre otros, junto a Wilson y Dewey. (9) Por otro lado, las de Jephtha Duncan y José Daniel Crespo, de tendencias socializantes —en el primero, con ma-

(7).— Se trata del discurso que pronunciara Eusebio A. Morales con motivo de la inauguración del Instituto Nacional. El discurso se halla inserto en Clara González (hoy de Beringher), EL INSTITUTO NACIONAL DE PANAMA EN SUS BODAS DE PLATA, Imprenta del “The Star and Herald Co.”, Panamá, Julio de 1934, página 15.

(8).— Véase Porras Belisario, ALOCUCION. EL EXCMO. SR. PRESIDENTE DE LA REPUBLICA SE DIRIGE A LOS NIÑOS DE LA CAPITAL EL 3 DE NOVIEMBRE DE 1922, Imprenta Nacional, Panamá, 1922, (6 páginas).

(9).— Consúltese Clara González Op. cit., páginas 54 a 72.

tices más atenuados, bajo la impresión del relativismo científico de Emile Botroux (10); y en el segundo, por sus insistencias en un sistema de enseñanza que “considere al individuo —son sus propias palabras— como miembro de una comunidad social progresiva”. (11) No menos interesantes resultaron los ensayos de un Richard Neuman, profesor alemán venido al país en 1911 contratado por el Gobierno para dirigir una Escuela Normal en el Instituto, pero que luego fué encargado de las clases de Pedagogía en las que quiso poner en práctica las enseñanzas de la escuela alemana de Herbert, discípulo del inmortal Pestalozzi.

Al lado de esta intensa actividad cultural, al par que las numerosas conferencias dictadas para aquel entonces en el Aula Máxima del Instituto Nacional (12), es preciso señalar la especial significación dentro del movimiento ideológico que se caracterizó desde comienzos de siglo en un sentido, por la tendencia a superar los planteamientos positivistas del decimonono con la prolongación anti-positivista de base neo-escolástica, representada sobre todo por Nicolás Victoria Jaén y José de la Cruz Herrera (13) —mentalidad que parecía prevalecer en la Escuela Normal de Institutoras—; el eclecticismo de José Dolores Moscote y, en general, del personal docente del Nido de Aguilas, el bergsonismo anti-intelectualista de Cristóbal Rodríguez (14); y por otra parte, como expresión aislada de la misma corriente que se pretendía superar, el científicismo evolucionista spenceriano que caracterizara a Eusebio A. Morales, sobre todo en aquella publicación suya de 1923 aparecida en la revista *Estudios* y que

- (10).— Véase Duncan Jephtha B. “Los Escritores Franceses Durante la Guerra, Barrés Maurice á Pages Choisies 1915. Emili Botroux á Pages Choisies Paris 1915”. REVISTA NUEVA Año I, No. 1. Panamá, 10 de Mayo de 1916, páginas 45 a 66.
- (11).— Cf. Crespo D. “El Método de Proyectos o de Unidades Pedagógicas”. LA REVISTA NUEVA, Año I, No. 4, Panamá, Agosto de 1916, pág. 282.
- (12).— Véase Moscote J. D.; Marquis, R. T.; Tejada, Bernarda; Paoli, Umberto; Duncan J. B.; Paterson Jr. Guillermo; Rodríguez Cristóbal; Méndez P. O.; Martínez, Cirilo J. LAS CONFERENCIAS DEL INSTITUTO NACIONAL (Primera serie). Publicadas bajo la dirección de J. D. Moscote. Edición Oficial. Imprenta Nacional, Panamá, 1913.
- (13).— Consúltese Soler Ricaurte “Anti-positivismo”. En PENSAMIENTO PANAMEÑO Y CONCEPCION DE LA NACIONALIDAD DURANTE EL SIGLO XIX. Imprenta Nacional, Panamá. 1954. páginas 41 a 60; y “Presentación de los “Sofistas” del Dr. . D. Moscote”. En INSTITUTO, Año I, No. 1, Panamá, Martes 1º de Junio de 1958, pág. 6.
- (14).— Consúltese Rodríguez Cristóbal. PAGINAS LITERARIAS (Colección de artículos críticos, discursos, crónicas, etc. Tip. Moderna, Panamá, (210 páginas), especialmente su ensayo sobre Bergson (páginas 1 a 23); pero sobre todo “Pragmatismo y Religión” en LOS LIBROS Y LAS IDEAS (Conferencias y artículos de crítica). Tip. Ramos, Panamá, 1916 (233 páginas); de particular interés por sus análisis del sentimiento religioso que considerara “como la irrupción en la esfera de la consciencia del yo SUBLIMAL que palpita en cada uno de nosotros” (páginas 1 á 35).

titulara "La Vida como problema y como Finalidad" (15). Fácil es apreciar la significación que estas modalidades del pensamiento tuvieron en nuestra vida educativa, toda vez que se simbolizaron en hombres cuya actuación se hallaba íntimamente ligada a los destinos de la edificación de la República en ciernes.

Pero basta ya de incursiones históricas. Ahora lo que cabe aquí es hacerse una pregunta decisiva: ¿pudieron los nacionales de entonces responder con eficacia al llamado de consolidación de ideales esto es, a la configuración espiritual de nuestro pueblo? O mejor, ¿fueron nuestros primeros repúblicos plenamente conscientes de esa necesidad de estructuración integral? ¿"captaron", efectivamente, la realidad del sentido histórico de aquellas difíciles circunstancias? Debemos confesar que por lo que a nosotros toca, y sin entrar en razones ni en recetas, tenderíamos a contestar afirmativamente. Pero no se trata aquí de conjeturar eventos futuros, sino de comprender nuevos pretéritos. Podríamos denunciar, con todo, la impresión de vacío, de flacidez, de incertidumbre y pesimismo, entre aquellos en quienes, en forma explícita se hizo debatida cuestión el nunca abandonado tema de la "teorización de la patria" orientado hacia el rescate de nuestra esencia como nación; es la única manera de salvar para la historia el fenómeno de comprensión sociológica de principios de siglo. Para Eusebio A. Morales se trataba de "un país —son sus propias palabras— a quien parece serle indiferente el suicidio nacional; sólo porque no tiene clara conciencia de su propia existencia". (16) Gravitaba sobre la masa del pueblo panameño —en sentir de Morales— una "casi total ausencia del sentimiento de la nacionalidad". (17) Una ligera variación es la interpretación de "psicología de pueblo de tránsito" —según el diagnóstico de Méndez Pereira—: psicología ligera, despreocupada, sin sentido de tradición, de constancia" (18), "mentalidad, en fin, abierta a todos los vientos y a todas las ideas". (19)

Menos desgarrador que el dolido lamento jeremiaco de Eusebio A. Morales, menos literario acaso, también, que Octavio Méndez, pero no menos objetivo y sereno en sus apreciaciones sociológicas de honda comprensión humana fué el "idearium nacional" —"ese conjunto de modos de pensar extraídos de la experiencia social, pasada y presente" (20) — que

(15).—Año II, No. 5, Panamá, Julio-Agosto de 1923.

(16).—Morales Eusebio A. Op. cit. pág. 210.

(17).—Idem. página 208.

(18).—Méndez Pereira Octavio. "Panamá, País y Nación de Tránsito". BIBLIOTECA SELECTA, Imprenta de La Academia, Panamá, 1946, Año I, Febrero, No. 2, página 16.

(19).—Idem. página 22.

(20).—Moscote J. D. ITINERARIO. Edit. Ferguson y Ferguson, Panamá, 1942, pág. 183.

postulara como "haz de directrices" capaces de orientar con norte seguro la trayectoria de nuestra evolución como pueblo, *José Dolores Moscote*.

En 1912 ya apunta el pensador de perspectivas universalistas de profunda penetración social. En una publicación de aquella época que titulara *Por la Educación Nacional*, se pronuncia por la necesidad de "despertar la conciencia nacional" (21) y de "abonar el terreno". (22) Un año más tarde, en noviembre de 1913, en un Discurso leído en su calidad de Vice-Rector del Instituto a los alumnos de ese plantel, se expresa con estas palabras: "un pueblo sin historia es un pueblo sin ideales, y un pueblo así es una monstruosidad moral". (23) Y más adelante: "el propio perfeccionamiento ético es el primero de los deberes que nos impone el patriotismo bien entendido". (24)

Pocos años más tarde, en marzo de 1916 escribe, para ser leída en el Palacio de Gobierno de Penonomé, una conferencia que titula "El Valor de la Palabra en los Pueblos", publicada meses después en *Páginas Idealistas*. (25) Aquí, como en 1934, cuando por fin postula con rasgos definidos el célebre "idearium nacional" y en los dos escritos anteriores señalados, se siente palpar una como "idea-obsesión", la misma "idea pivoteante" de que nos hablara en la disquisición preliminar de su "Idearium", especie de "leit-motiv intelectual" —al estilo del que el propio Moscote creyera haber descubierto en otro gran repúblico de su generación Eusebio A. Morales, abogado como él, a la común problemática nacional. (26)

"Muchas veces, replegado en mí mismo —escribía una vez José Dolores Moscote, exponiendo aquella su muy querida "idea pivotante"—, viendo fluir en mi imaginación la vida panameña de los últimos treinta años —vida sin norte fijo y sin rumbo cierto; vida de flagrantes contradicciones y de extrañas paradojas; vida en la que por estas mismas circunstancias se ha venido librando un largo y doloroso duelo entre el idealismo de los menos y el realismo pesimista de los más —me he dicho: ¿Será posible que esta lucha desigual sea por siempre la caracte-

(21).—Moscote J. D. *POR LA EDUCACION NACIONAL*. Tip. Guardia Hnos., Panamá, 1912, página 8.

(22).—Idem, pág. 11.

(23).—Moscote J. D. "Discurso leído por el Vice-Rector del Instituto Nacional, doctor en el Banquete ofrecido a los alumnos de este plantel el día 3 de Noviembre de 1913". Tip. Moderna, Panamá, (7 páginas), p. 2.

(24).—Idem., página 6.

(25).—Moscote J. D. *PAGINAS IDEALISTAS*, (Colección de artículos y discursos), Tip. Moderna, Panamá, 1917, páginas 141 a 152.

(26).—Véase Moscote J. D. *ITINERARIO*, página 172.

rística de la vida nacional? ¿Será posible que ya hayan fallado todos los medios de instaurar entre nosotros el imperio de una potente voluntad pública de afirmación y de perduración que cambie radicalmente el tono y las condiciones de la lucha? ¿No hay forma de llevar a la práctica del gobierno y de ensayar en él, siquiera, métodos de estructuración individual y colectiva de hondo alcance cultural y civilizador?”. (27)

Moscote no desestimaba los esfuerzos que se habían realizado para darle a la nación fisonomía propia; no despreciaba, tampoco, la significación de la continuidad histórica y concedió, a pesar de todo, a pesar de la “experiencia contradictoria y paradójal que el país había vivido”, no poco de valores sustanciales, según él, montados con firmeza sobre una sillería hábilmente construída. Pero esa “experiencia contradictoria y paradójal” databa sólo de ayer. ¿Qué relación había entre la agitación de su vivida experiencia personal y una imagen libresca del pasado del Istmo? Muy poco o ninguna es, en realidad la respuesta. Morales y no él, fué, entre los analistas de la sociedad, en su generación, el historiador. La experiencia de Moscote fué pues experiencia directa, vivida en la realidad cotidiana de la trayectoria nacional —“sin norte fijo y sin rumbo cierto”—.

Había comenzado por advertir la tremenda insuficiencia moral que agobiaba al país. Naturalmente, no hablaba de la moralidad en la aceptación corriente del término sino “en cuanto ella significa posesión de ánimo, energía para buscar el bien, carácter, espíritu emprendedor, hábito de trabajo y optimismo sano”. (28) Espoleado por la amargura de esa vivencia elabora el análisis de esa circunstancia social que le rodea; y desde ese mirador interpretativo trata de explicar a sus conciudadanos lo que han sido durante tantos años de agitada vida republicana, lo que han podido ser, y lo que están siendo. Sobre todo, lo que están siendo.

Tres son los ingredientes fundamentales de la crisis nacional, a que apunta José Dolores Moscote:

I. En lo económico, “la falta de industrias, el despego a las labores agrícolas que se aparten de las rutinas heredadas”.

II. En lo político y administrativo, “el amor a los destinos públicos cual si fueran éstos el único medio seguro de vida, la incomprensión de las funciones gubernamentales que nos lleva a la inacción individual y colectiva, porque todo lo esperamos del Gobierno”.

(27).—Moscote J. D. ITINERARIO, página 181.

(28).—Moscote J. D. PAGINAS IDEALISTAS, página 148.

III. Como fenómeno psicológico, “el pesimismo infiltrado hasta lo más profundo de nuestra alma, que nos hace desconfiar del progreso y cerrar los oídos y los ojos a todo rumor, a toda señal de vida y movimiento” (29); el individualismo estrecho e intransigente en todas las actividades ciudadanas, y la falta de “espíritu de responsabilidad social”. (30) He aquí —concluirá entonces— “por lo que nuestros campos están yermos y por lo que flota en el ambiente moral de la patria ese cierto aire de tristeza, de frialdad, de indecisión y de abandono que en vano tratan de ocultar las agitaciones políticas y las pasajeras alegrías que promueven en el ánimo las fiestas populares”. (31)

Dieciocho años después de hacerse estas reflexiones comprendió Moscote que ya era tiempo de señalar a “las voluntades vacilantes y desarticuladas de la nación” pautas ideológicas capaces de orientar hacia haces luminosos los destinos de su crecimiento y desarrollo.

En este sentido, precisamente, proyectaría un vasto programa de “rectificación integral” extraído de la inagotable cantera del célebre “idearium” panameño. Ocho serían los temas que propusiera a fin de despejar la senda de redención social que pretendía: Educación y educadores; imperativos de la cultura; la política y los políticos; funcionarismo y funcionarios públicos; nacionalismo y progreso; economía y trabajo; la tragedia del parlamento; y la vida pública como derecho y como deber. (32)

Pero nosotros, llamados a cubrir propósitos más modestos, nos limitaremos a abordar tres entre estos temas, si bien que los de su predilección: la Educación, el Idealismo Etico, como fundamento filosófico de aquella, y la Política, como teoría y como práctica.

En 1916 —refiriéndose a éste último asunto—, se confesaba de esta manera: “Yo no soy hombre político ni tengo afición, creo yo, a ser conductor de ninguna otra cosa como no sea mi humilde personalidad, pero la profesión de educador a que he dedicado buenos años ya, es una profesión que impone deberes que trascienden de los límites del aula escolar, los cuales cumplo gustoso cada vez que la ocasión se me presenta”. (33) Como educador, le parecía, sin embargo, un contrasentido formar parte de un partido político como miembro activo: “no abundan —decía— los hombres capaces de atravesar el pantano sin mancharse”. “Véa-

(29).—Idem.

(30).—Moscote J. D. MOTIVOS, Edit. Minerva, Panamá, 1924, página 144.

(31).—Moscote J. D. PAGINAS IDEALISTAS, página 148.

(32).—Moscote J. D. ITINERARIO, página 186.

(33).—Moscote J. D. PAGINAS IDEALISTAS, páginas 147 a 148.

se —dirá en memorable ocasión, con perspicacia poco común a la temprana edad de 24 años— la trayectoria de mi pensamiento. Primero, el gran dilema que se presenta a todo hombre al entrar en la vida ciudadana: abstención o lucha, la torre o el valle; preferí —dice— el valle. El valle era extenso y había que fijarse en alguna posición definida, la política de la educación me atrajo, sus posibilidades eran diversas. Nuevo dilema: política pura o dentro de los partidos; resolverse ahora —agrega—, es realizar un acto que requiere mucha discreción y prudencia. Porque existe el riesgo que se quemé la nave que lleva el pequeño tesoro de una vida. La política fuera de los partidos puede convertirse fácilmente en oportunismo, o cuando menos en inútil devaneo sin trascendencia social alguna. Si es verdad que aquellos no son siempre, como algunos piensan, una comunidad de hombres malvados que quieren el mal por sistema, también lo es que en las mejores condiciones no son tampoco una sociedad de ángeles unidos por amor al bien. El tributo que se les paga deja exhausta la más abundante reserva de idealidades. Todo se resuelve armoniosamente —concluye— si el educador adopta la norma de valerse de los partidos sólo en los momentos de lucidez que, en determinados instantes de la vida de los pueblos, suelen alcanzar, pero manteniéndose por encima de ellos, ya que si la educación tiene un reino, eso no es precisamente el que aspiran a conquistar los partidos”. (34)

Era, expresada en sus propias palabras, los fundamentos de la estructura ideal que reclamaba para la configuración de su idearium: medios y fines organizados en el pensamiento y en los actos llamados a inspirar la conciencia colectiva arrostrada a la ingente tarea de rectificación integral de las numerosas exigencias de la vida social panameña.

En esta misma dirección fué elaborada, en 1938, una nota crítica que titulara “Modalidades de nuestra vida Política”. “Nuestros partidos políticos —decía en aquella ocasión— se han convertido en meras formas convencionales, vacías de contenido, en especies de cáscaras de las cuales se hubiese extraído el fruto que envolvían. Hay, indudablemente, en el seno de ellos, hombres de mente liberal, de mente conservadora, y aún de mente socialista. Es decir, existe el fermento ideológico encarnado en individualidades aisladas, pero no verdaderas organizaciones homogéneas con vida e ideas aglutinadas en forma de conciencia colectiva”. (35)

Es la misma deficiencia que ya con anterioridad señalaran Fernando

(34).—Citado por Garay Narciso E. “Acto Necrológico en Memoria de J. D. Moscote”. En UNIVERSIDAD No. 37, Panamá, 1958, Página 151.
(35).—ITINERARIO, página 227.

Guardia (36) y Eusebio A. Morales, entre otros y que Moscote creyera ver proyectada socialmente en tres formas de actitud mental: la del seguidor condicional, la del resentido y la del "aspirante chasqueado", indisputable candidato a toda posible oposición gubernativa.

Pero aquí no se detuvo el pensamiento de nuestro distinguido republicano. Consciente de sus deberes como educador; consciente también, de sus responsabilidades frente al "idearium" panameño —lejos de toda agitación partidarista, pero liberal por convicción filosófica—, elabora una interesante tesis política que, publicada junto con otros ensayos suyos en un libro de 1924, titula "El liberalismo como actitud y como doctrina". "Sostenemos —afirma para ese entonces— que el liberalismo esencial y psicológicamente debe ser considerado como una actitud de la mente, como una tendencia del espíritu humano hacia lo mejor próximo o remoto que suele manifestarse por la ausencia de trabas y de obstáculos para el desenvolvimiento de la vida civil, política, religiosa, o puramente espiritual". (37)

Se trataba pues, de contraponer un liberalismo, como actitud de la mente, como postura psicológica, como tendencia del espíritu humano, a un liberalismo "doctrinal", "oficial", según su propia calificación. "El primero —continúa explicando más adelante— es una orientación permanente hacia la luz, hacia el lado por donde asoma cualquier experiencia nueva prometedora de felicidad para el hombre. El segundo, hijo legítimo del primero, es, en cambio variado y múltiple como son las necesidades materiales y morales a que trata de corresponder". (38) Liberalismo que —como advierte después— resume las aspiraciones de un momento histórico dado en las sociedades políticas, de "importancia extraordinaria desde el punto de vista de las consecuencias prácticas". (39) Ejemplos de liberalismo como "actitud permanente" —explica el Dr. Moscote— han sido las grandes renovaciones ideológicas de la Historia Universal, expresadas, desde la sofística en la antigüedad helénica, y el cristianismo en sus manifestaciones primitivas, a la reforma religiosa y la Revolución francesa en la modernidad.

(36).—Aludiendo al problema de nuestros partidos políticos Don Fernando Guardia decía: "una fracción liberal unida con una fracción conservadora han venido actuando contra otra fracción liberal unida a otra fracción conservadora, ya en el gobierno, ya en la oposición. Con el transcurso del tiempo, el personal de unas y otras se ha ido haciendo más y más fluctuante, como que a sus componentes no les preocupan los principios, más o menos violados todos, sino las personas y los intereses del momento." Cf. Clara González. Op. cit. pág. 13.

(37).—MOTIVOS, página 115.

(38).—Idem., página 118 a 118.

(39).—Idem., página 119.

Interpretación que denota una marcada identificación con la idea de “progreso” o aún con el simple “anhelo de progreso”; sin olvidar que, si bien se trata, por un lado, de un liberalismo meramente teórico en el plano filosófico, acusa, en sus proyecciones prácticas, por lo que se advierte en sus incursiones por las ciencias del Derecho y la Educación, una acentuada intención social. Pero no sólo esto. Es el suyo, entre el de los políticos teóricos de nuestro medio, el liberalismo más radical. Sin que por ello comulgue, claro está, con ideales del liberalismo clásico, simbolizados en los principios decadentes del “leseferismo” dieciochesco, al que, por el contrario, contrapusiera— frente a las necesidades de reforma de nuestra carta fundamental de 1904— una mayor intervención de parte del Estado, al estructurar junto a Ricardo J. Alfaro y Eduardo Chiari las bases de la Constitución vigente. (40)

“Realista y práctico”, como se llamaba a sí mismo, era un convencido de la necesidad de restaurar a su sitio eminente, la educación nacional: “el gran negocio” —como una vez expresara—, que el país había de emprender en la senda recorrida hacia su redención como pueblo. “Las esperanzas más posibles de mejoramiento cierto que tiene la patria panameña —decía en una ocasión, comentando el programa de Filosofía del Instituto Nacional— se encuentra en la escuela y en el Liceo”. (41)

No olvidó, tampoco, la necesidad imperiosa, para el educador, de conocer y estudiar el medio social y el medio nacional. El concepto de “nacionalismo” en una educación democrática, al estilo de Méndez Pereira, estaba encaminado —sin envolver segundas intenciones— hacia “una preparación del hombre —según sus propios términos— para la vida intelectual y social en un medio republicano”. (42)

Concebía de esta manera, a la educación, como un proceso largo e integral que debe cumplirse en todas las esferas sociales”. (43) Era menester para eso, decía, “sacarla del rincón a la mitad de la calle en donde el sol, el aire, la lluvia, el polvo y el lodo sean un constante estímulo a su acción civilizadora de pleno sentido humano”. (44) El maestro, pues, concluye, “debe portarse como un verdadero sofista y aceptar como los

(40).—Véase: Pedreschi Carlos Bolívar. EL PENSAMIENTO CONSTITUCIONAL DE JOSE DOLORES MOSCOTE, Publicaciones del Ministerio de Educación, Panamá, 1959.

(41).—PAGINAS IDEALISTAS, página 71.

(42).—Idem., página 24.

(43).—MOTIVOS, página 106.

(44).—Idem., página 17.

**COMISION ECONOMICA PARA
LA AMERICA LATINA
(CEPAL)**

Octavo Período de Sesiones
CELEBRADO EN LA CIUDAD DE PANAMA
DEL 11 AL 23 DE MAYO DE 1959

**SUPLEMENTO A LA
REVISTA "LOTERIA", No. 42
DE MAYO DE 1959**

Uno de los acontecimientos de mayor trascendencia de los ocurridos en Panamá este año ha sido sin duda alguna, la celebración del Octavo Período de Sesiones de la Comisión Económica para la América Latina, en la cual estuvieron representados todos los países de habla Ibérica, así como también los Estados Unidos, Francia y Holanda. Concurrieron además a este cónclave internacional en calidad de observadores Bélgica, Canadá, Checoslovaquia, España, Hungría, Italia, Japón, Polonia, República Federal Alemana, Unión Soviética y República Árabe Unida. También se pudo notar la presencia de observadores de la Comunidad Económica del Carbón y el Acero, del Comité Intergubernamental para Migraciones Europeas, del Acuerdo General de Aranceles y Comercio, a más de funcionarios de la Organización de Estados Americanos.

El interés por esta reunión fue tan grande, que también estuvieron presentes delegados de organizaciones tales como la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), del Banco Internacional, del Fondo Monetario Internacional, de la Orga-

nización Metereológica Mundial y de la Organización Internacional para la Energía Atómica. Como en las discusiones que se presentarían, había por fuerza que tocar los intereses de los trabajadores, tampoco faltaron los delegados de organismos obreros tales como la Confederación Internacional de Sindicatos Libres, y la Federación Internacional de Sindicatos Cristianos.

La CEPAL estuvo reunida en el Palacio Legislativo de esta ciudad desde el 11 al 23 de mayo. El Comité de Comercio celebró su segunda reunión dos días antes, en el mismo lugar, y se insertó en cierto modo en la reunión de la Comisión en pleno. Bajo la presidencia del señor José Garrido Torres, del Brasil, el Comité de Comercio trató eficazmente los temas del mercado común latinoamericano. Sus conclusiones, presentadas en el correspondiente informe, fueron aprobadas por la comisión.

EL MERCADO COMUN

Para la discusión de estas cuestiones, la Secretaría Ejecutiva presentó dos informes fundamentales: uno del Grupo de Trabajo Latinoamericano de Mercado Regional y otro del Grupo de Trabajo de Bancos Centrales. Los gobiernos fueron informados también de los resultados de las reuniones de expertos en política comercial celebradas en Santiago de Chile, en Bogotá, y en Caracas.

Unánimemente se pronunciaron las delegaciones en favor del mercado común. Solo habían transcurrido dos meses desde la presentación a los gobiernos del informe del Grupo de Trabajo Regional en el que se recomiendan la estructura y las normas que podría tener el mercado común. No habían tenido tiempo los gobiernos de tomar posiciones definitivas, ni de explorar la opinión pública. Así es que por primera vez se han enfrentado oficialmente los países latinoamericanos con esta idea y sus principales aspectos y consecuencias. Porque el grupo de trabajo fue designado por la Secretaría Ejecutiva y lo formaron distinguidos consultores, pero todos actuaron sin responsabilidad oficial alguna, como particulares. La Secretaría Ejecutiva, que trabajó en estrecho contacto con las personalidades del Grupo de Trabajo, careció pues hasta

estas reuniones en Panamá, de orientación oficial. La Secretaría esperaba, pues, ante todo de este período de sesiones una orientación sobre el proyecto de mercado común, y eso lo ha obtenido. Al debatirse la cuestión se pusieron de relieve naturalmente diversidad de opiniones, se registraron reservas respecto de varios puntos concretos. Pero en todo caso se despejaron algunas incógnitas, se aclararon ciertos extremos hasta entonces confusos o vagos y se comenzó, en consecuencia, a ver más claro en el problema. La utilidad de los debates se refleja en los acuerdos. El avance es notorio. El Director Principal de la CEPAL, don Raúl Prebisch, dijo que el avance había sido considerable.

En Panamá y por primera vez han dicho los gobiernos —como puede verse por la resolución aprobada— como ven el mercado común latinoamericano. Mercado global, abierto a todos los países de la región; competitivo y abaricante del mayor número de países; basado en la realidad de las desigualdades existentes entre los países de la región, desde el punto de vista de su diferente grado de desarrollo económico; progresiva uniformidad de los regímenes arancelarios en las relaciones de estos países con otras áreas; amplia colaboración de la iniciativa privada; creciente especialización de las actividades económicas para la mejor utilización de los recursos; contribución a la expansión y diversificación del intercambio comercial con el resto del mundo.

El avance más importante conseguido está en que el Grupo de Expertos estará formado ahora por personas designadas por los gobiernos latinoamericanos y los demás gobiernos miembros de la Comisión que así lo deseen. Este Grupo de Trabajo oficial proseguirá los estudios realizados por los expertos que lo fueron a título personal. La Secretaría Ejecutiva enviará a los nuevos expertos y a los gobiernos miembros en el más corto plazo posible la documentación necesaria; y tan pronto como lo estime factible, a más tardar en febrero de 1960, convocará una primera reunión de este nuevo Grupo para que prepare un anteproyecto de acuerdo sobre la formación del mercado común latinoamericano. Los gobiernos estudiarán ese anteproyecto y formularán a la Secretaría las observacio-

nes que juzguen pertinentes dentro del plazo prudente que la Secretaría sugiera. Si fuera aconsejable efectuar un nuevo examen técnico de la materia a la luz de las observaciones de los gobiernos, se volverá a reunir el Grupo de expertos para preparar un anteproyecto definitivo. A continuación, la Secretaría convocaría una tercera reunión al Comité de Comercio de la CEPAL para redactar el proyecto de acuerdo definitivo, que luego firmarían los gobiernos latinoamericanos.

El proyecto de mercado común entra ahora, pues, en el campo oficial con líneas más definidas, en una formulación mucho más concreta.

Las delegaciones tuvieron conciencia de que no habrá mercado común si estas ideas no llegan a todos los sectores económicos y al público en general y por tanto resolvieron que se haga un esfuerzo de divulgación por las Naciones Unidas en colaboración con los gobiernos miembros de la CEPAL.

Mientras tanto, los gobiernos han comenzado a preocuparse por llegar a una nomenclatura arancelaria uniforme, como ya se ha hecho en Centroamérica, para todos los países latinoamericanos, en vista de lo necesaria que es para el mercado común, y además, han pedido a la Secretaría, por otra resolución que realice seminarios sobre materias aduaneras, a fin de esclarecer estos problemas en un plano latinoamericano.

EL REGIMEN MULTILATERAL DE PAGOS

Satisfechos los gobiernos con los resultados de los trabajos del Grupo de Expertos de Bancos Centrales, que en colaboración también con la Secretaría Ejecutiva de la CEPAL, ha celebrado ya dos reuniones en las que se han dado pasos importantes para llegar gradualmente a un régimen multilateral de pagos, la Comisión se ha pronunciado en Panamá a favor de la continuación del Grupo, pero de suerte que ahora no sólo participan los países que tienen cuentas bilaterales, sino todos los bancos centrales latinoamericanos. Otra innovación es la de que asistan como observadores, si así lo desean, los países no latinoamericanos miembros de la CEPAL.

Aparte de las tareas del Grupo de Trabajo de Bancos Centrales, se iniciará otra nueva sobre pagos en relación con el mercado común, consistente en informes sobre la forma más conveniente de encarar el problema de los pagos interlatinoamericanos en ese mercado. Estos informes los prepararán en estrecho contacto la Secretaría Ejecutiva de la CEPAL y el Fondo Monetario Internacional.

TRES COMITES

La Comisión distribuyó su trabajo en tres comités. El primero trató las cuestiones del desarrollo económico, el segundo bajo el título de "sectores de la economía", abarcó el desarrollo industrial, la energía y los recursos hidráulicos y los problemas de la agricultura; el tercero se ocupó de la coordinación y la cooperación económica, de la enmienda del reglamento de la Comisión del programa de trabajo para 1959-1960 y de la evaluación del programa de 1959-1964.

LOS PROBLEMAS DEL DESARROLLO ECONOMICO

Sabido es que existen en buen número de países latinoamericanos organismos de planeación, y que en otros se están creando. Pero hay poca o ninguna coordinación entre ellos. Los organismos de planeación de Colombia y el Ecuador firmaron recientemente un acuerdo, y en la Reunión de Consultores de Política Comercial de Caracas se examinaron las posibilidades de hacer extensivo ese acuerdo a otros organismos de planeación de la región. Los gobiernos han pensado que la Secretaría de la CEPAL podría ayudar con eficacia a servir de nexo para el intercambio de experiencias y de sugerencias en la materia, y en consecuencia en este período de sesiones han pedido a la Secretaría que, si los gobiernos así lo requieren, estudie la organización, objetivos, métodos de trabajo, programas en curso o en estudio de los organismos de planeación existentes en América Latina o a crearse y sirva de enlace entre ellos. En caso de concertarse acuerdos como el ya realizado entre Colombia y el Ecuador, la Secretaría debería ayudar a la organización de la Secretaría Común que se forme.

Es indudable que la preocupación de los gobiernos se centró en este período de sesiones de la CEPAL en la aspiración al mercado común. Sin embargo, hubo temas que, al suscitarse, revelaron toda su trascendencia. Así ocurrió con el de la falta de técnicos en América Latina. En el dominio de la alta técnica y de la mano de obra calificada apenas si se está haciendo algo importante en la región, salvada la excepción del Brasil. En primer lugar, el asunto ha sido poco investigado. La Secretaría de la CEPAL ha tratado ya esta cuestión en el estudio sobre la Argentina. Se necesitarían muchos más técnicos para dar el impulso necesario al desarrollo económico latinoamericano; de otra suerte, las inversiones pudieran malograrse. De ahí la resolución que recomienda a la Secretaría Ejecutiva que de acuerdo con los organismos internacionales competentes acometa un proyecto especial tendiente a evaluar las necesidades de mano de obra calificada y descubrir qué recursos existen en este terreno, así como colaborar con los gobiernos en la preparación de medidas para readaptar y ampliar esos recursos, incluida la mano de obra calificada que entra en América Latina procedente de otras regiones del mundo.

En relación con el punto anterior merece especial mención la decisión que acaba de tomar la comisión de recomendar a los gobiernos que otorguen una adecuada prelación en su programación económica a los planes de trabajo destinados a mejorar y acrecentar la enseñanza en general y en particular las enseñanzas técnica y primaria. Se pidió también un mayor apoyo al proyecto principal de educación de la UNESCO para la extensión de la enseñanza primaria gratuita y obligatoria en América Latina.

En línea con las aspiraciones anteriores aparece entre las resoluciones una en que se solicita a la Secretaría Ejecutiva que estudie la posibilidad de ampliar el programa de la CEPAL y la Asistencia Técnica de las Naciones Unidas para la capacitación de economistas en los problemas del desarrollo económico. Esta ampliación se entiende en el sentido de que los recursos intensivos de desarrollo económico se extiendan a países donde aún no se han efectuado. Hasta ahora ha habido programas de esta clase, además del regular que todos los años desarrolla Chile,

en el Argentina, el Brasil y Venezuela. La Comisión ha recomendando también ahora que el Programa incluya un curso general lo más completo posible para estudiar la función de la empresa privada en el desarrollo económico.

Gracias a este programa de Capacitación se han preparado ya en Santiago de Chile unos 90 especialistas latinoamericanos en tales problemas. De ahí han salido asesores para buen número de gobiernos que deseen utilizar las técnicas de programación elaboradas por la CEPAL a fin de resolver los problemas estructurales del desarrollo económico de sus respectivos países. Se trata en definitiva de señalar claras metas y objetivos para la mejor utilización de los recursos. Ultimamente se ha dejado sentir la necesidad de que la CEPAL cree un organismo de asesoramiento en colaboración con el Departamento de Operaciones de Asistencia Técnica, y así se decidió en el período de sesiones anterior. Este grupo ha iniciado sus actividades en un país latinoamericano, Colombia, donde está emprendiendo tareas de programación de aquella economía en colaboración con economistas colombianos. El ideal sería poder extender estos servicios de asesoramiento. La Comisión expresó ahora su interés porque se prosiga este tipo de actividades cuando así lo soliciten los gobiernos de los países miembros.

LOS PROBLEMAS DE LA AGRICULTURA

Como en período de sesiones anteriores, la Comisión tuvo muy presente en éste los problemas de la agricultura latinoamericana, que fundamentalmente son: desarrollo agrícola demasiado lento en general para satisfacer los aumentos de la demanda provocados por el crecimiento de la población y el ingreso; por consiguiente, aumento de las importaciones de alimentos en muchos países, disminución de las exportaciones, estancamiento de los niveles de consumo de alimentos, que son de por sí muy bajos para grandes sectores de la población del continente, y recrudecimiento de las presiones inflacionarias; instituciones arcaicas en algunos países que impiden mejorar los sistemas de tenencia de la tierra y la distribución del ingreso para el sector campesino.

La Comisión se pronunció, ante todo, en favor de la reforma agraria, que recomendó a los gobiernos, incluyendo el establecimiento de unidades de explotación adecuadas, la eliminación en formas arcaicas de contratos de trabajo, la tecnificación de la agricultura y una más equitativa distribución del ingreso en el ámbito rural como medios adecuados para alcanzar un desarrollo agrícola concomitante con las necesidades del crecimiento económico en general.

También deberían prestar los gobiernos mayor atención en sus programas de fomento agrícola al mejoramiento de los sistemas de distribución y a los incentivos económicos que permiten un aumento de la productividad y una reducción de los costos.

EL DESARROLLO INDUSTRIAL

Un hecho de la mayor importancia que se ha destacado por primera vez en este período de sesiones es el de que el ritmo de industrialización que ha seguido América Latina no ha sido suficiente para absorber la mano de obra sobrante en la agricultura y el artesanado como consecuencia de la tecnificación. Esta función dinámica de la industrialización no se ha podido cumplir por esta causa. Urge, pues, una industrialización más rápida. Por considerable que sea la ayuda exterior —dijo don Raúl Prebisch— por fuerte que sea el ritmo de las exportaciones, la región no crecerá debidamente sin un esfuerzo sostenido para crear en su propio seno las industrias de bienes de capital que requerirá en los próximos decenios. La producción de maquinaria y equipo en América Latina es actualmente, con base en los precios de 1958, de 240 millones de dólares, y la CEPAL ha calculado, tomando en cuenta todas las hipótesis favorables, que será necesario llevar los niveles de esa producción a 6.500 millones de dólares en 1975.

Es natural por consiguiente, que la comisión aprobara varias resoluciones tendientes a avivar el ritmo del desarrollo de las industrias en América Latina. Una de ellas solicita de la Secretaría Ejecutiva que investigue los factores de tipo institucional que en la América Latina contribuyen a acelerar o a retardar el desarrollo industrial.

Especialmente se recomiendan estudios de legislación industrial, financiamiento, propagación de la técnica, comercialización, instituciones de fomento, tarifas y origen y formación del espíritu de empresa.

Otra resolución se refiere al estudio de las industrias mecánicas y recomienda a la Secretaría que lo realice con referencia a las características técnicas y económicas de esas industrias y de los problemas que plantea su introducción o ampliación en los países de América Latina.

Pero quizás aventaje a todos los acuerdos anteriores, en interés y trascendencia el de que la Secretaría Ejecutiva convoque juntas de expertos de las industrias básicas, especialmente la siderúrgica y la petroquímica, para que examinen con visión de conjunto los programas a desarrollarse en América Latina y sugieran las posibilidades de una especialización de la producción con el objeto de lograr la óptima productividad en cada una de las ramas instaladas o a instalar en la región.

EXHIBICION PERMANENTE Y FERIAS EN LA ZONA LIBRE DE COLON

Para nuestro país, fue un honor que los miembros de la CEPAL compartieran el criterio de la delegación panameña sobre la importancia de organizar una exposición permanente y ferias periódicas en la Zona Libre de Colón, lo cual sería de grandes beneficios para el intercambio comercial de la América Latina. El ponente de la moción, señor David Turner declaró que una de las mayores trabas que afrontaban los países latinoamericanos para intensificar su comercio exterior es la deficiente organización de los mercados externos. Debido, en muchas ocasiones, al escaso conocimiento de los bienes producidos, a onerosos costos de transporte, deficiencias y caros servicios portuarios, falta de diversificación de producción, etc., se encontraban dificultades en ampliar las exportaciones.

Luego de ser modificada por sugestión de algunos delegados, fue aprobada por unanimidad en la siguiente forma:

LA COMISION ECONOMICA PARA LA AMERICA LATINA.

RESUELVE:

Pedir a los gobiernos miembros que consideren la posibilidad y conveniencia de que dentro de la Zona Libre de Colón y otros puertos libres de América Latina exista una pabellón permanente de sus productos, así como ferias periódicas que sirvan para facilitar las transacciones comerciales entre estos países y los del resto del mundo.

Esta ponencia tuvo el honor de merecer un comentario del Director principal de la CEPAL, don Raúl Prebisch, quien entre otras cosas dijo: "El proyecto panameño indudablemente puede tener gran importancia para la intensificación del comercio exterior interlatinoamericano y ayudar a la vez al intercambio comercial de América Latina en el resto del mundo; objetivos estos que están claramente subrayados dentro de los planes que todos esperamos ver realizados con la creación del mercado común latinoamericano "

LA ENERGIA PARA EL DESARROLLO ECONOMICO

Por último la Comisión prestó considerable atención a los problemas de la energía. Se explorará la posibilidad y conveniencia de crear un centro latinoamericano de planificación de aprovechamiento hidroeléctricos, incluido el desarrollo integral de los recursos, y que sirva también al adiestramiento de técnicos. Se proseguirán los trabajos emprendidos sobre el aprovechamiento de los recursos hidráulicos para el desarrollo económico de la América Latina, extendiendo estos trabajos a otros países y cuencas de este sector del hemisferio (hasta ahora se han estudiado los de Chile, del norte de la Patagonia, Argentina, y el Ecuador). Se apoyarán los estudios iniciados en la América Latina por el Organismo Internacional de Energía Atómica y su coordinación con las actividades de la Comisión Interamericana de Energía Atómica.

Los gobiernos que no los tengan deberán establecer programas, en la medida de sus capacidades, tendientes a la preparación de personal calificado en los diversos as-

pectos de la generación y utilización de la energía nuclear y de sus productos derivados.

El tono de los debates y la ponderación de las resoluciones aprobadas, fueron testimonio en este período de sesiones, como en los anteriores, del espíritu constructivo con que los gobiernos miembros abordan los problemas económicos latinoamericanos en las reuniones de la CEPAL. Este juicio puede extenderse a los observadores de países y organismos internacionales, que, sin duda alguna, hicieron una aportación valiosa a los trabajos de la Comisión en su Octavo Período de Sesiones.

Finalmente, Panamá, país en que se celebró este período de sesiones, eje geográfico de América y puerta de tránsito del comercio mundial, ofreció un fuerte simbolismo a la reunión. Simbolismo del cual se hicieron eco en forma brillante, el Secretario General de las Naciones Unidas, señor Dag Hammarskjöld, el Director Principal de la CEPAL don Raúl Prebisch, el Delegado Principal de Venezuela y Ministro de Hacienda de aquel país, señor J. A. Mayobre y otras figuras destacadas de esta magna reunión internacional. La visita de los delegados al Canal, fue una experiencia reveladora del esfuerzo humano encaminado al progreso económico y lo mismo puede decirse de la visita a la Zona Libre de Colón, en rápido pero poderoso crecimiento, de utilidad general, que pone al alcance de los latinoamericanos productos que antes se conseguían con lentitud o eran inasequibles prácticamente en virtud de las distancias geográficas y de su costo.

Y para finalizar, nuestro país volvió a hacer gala de su insuperable hospitalidad, tanto por parte del gobierno como del pueblo, que facilitaron las tareas de delegados y funcionarios e hizo grata la estada de todos en esta ciudad.

No queremos terminar sin reconocer aquí la gigantesca labor desplegada por el personal de Estadística y Censo, a cuyo cargo estuvo la parte administrativa de la reunión, quienes con la señorita Luisa Quesada a la cabeza, organizaron prácticamente todo el andamiaje de esta cita interamericana.

griegos de la época de las luces, las consecuencias que se desprenden de su misión civilizadora". (45)

En este sentido escribió, continuando una inveterada preocupación suya, sobre el tema Educación de la Democracia, que ya desarrollara con anterioridad Cristóbal Rodríguez; sobre el cultivo del Individualismo y la Socialización en la Enseñanza en el que se pronunciara por un eclecticismo pedagógico fuertemente identificado con el de Octavio Méndez Pereira. Y luego, revelando una profunda comprensión de la realidad educativa del país, analizó problemas tales como el "Programa de Filosofía del Instituto Nacional", "Instrucción Pública y Educación Nacional" y, muy particularmente, "Bachillerato Clásico y Bachillerato Moderno". Posteriores son sus estudios aparecidos en *Motivos*: "Política y Educación", "El Catedrático y la Política", "El Catedrático Periodista", "La Educación Griega", "Los Sofistas", "Medios de Renovación Social", etc., etc., no son sino ejemplos de sus afanes de educador de profundas proyecciones sociales; no sino muestras de su fé en la renovación del país únicamente por la "lenta y metódica" labor educativa que, como él mismo decía, "comienza por el hogar y termina en las altas esferas del gobierno del Estado". (46)

En Moscote, preciso es advertirlo, a fin de comprender los alcances de su "idearium pedagógico, encontramos el interesante fenómeno de una constante identificación entre enseñanza y moralidad. Otro Sócrates, en efecto, identificó el bien y la sabiduría, esto es, la ética y el conocimiento. "Me parece —decía al respecto en 1931, con motivo de su injusta destitución de la rectoría del Instituto— que educación moral, en el sentido realístico de la frase, tiene que comenzar por el cultivo intenso de la mente. Porque, en última instancia —continúa—, si para algo sirve el conocimiento es para hacernos mejores de lo que somos, para aumentar o perfeccionar nuestras cualidades y hacernos capaces de forjar nuestro propio destino". (47) "Yo pienso —dirá más adelante, confirmando una vez más su profesión de fé socrática— que la suma perfección moral coincide con la suma sabiduría". Entendía por eso, junto al hijo de la partera Fenareta, que educar, es guiar; conducir al hombre a fin de hacerlo "capaz de asimilar —en el grado que lo permitan sus dotes naturales— conforme sostenía, comentando una conferencia de Octavio Méndez Pereira, todos los valores que él pueda alcanzar en su norma de vida". (48)

Enlazadas así, educación y moral en sus meditaciones surgidas en la contemplación paciente y activa de la circunstancia social panameña, opu-

(45).—Idem., página 10.

(46).—Idem., página 106.

(47).—Moscote J. D. UNA EXPERIENCIA, Seis Años de Rectoría en el I. N., Imprenta Benedetti Hnos., 1931, Panamá.

(48).—PAGINAS IDEALISTAS, página 30.

so, frente al cientificismo positivista, basado únicamente en los hechos escuetos e incontrovertibles de las ciencias naturales, un "idealismo moral —según el apelativo de Chong Marín (49)—, como soporte filosófico a su teoría de la enseñanza y fórmula "ideal" orientada hacia el rescate de los valores superiores de la vida moral individual.

No es que su anti-positivismo rechazara los asertos de la ciencia; tampoco las pretenciones del progreso. Era sólo, para utilizar sus felices palabras cuando al fin definiera su nuevo "idearium" —una expresa "actitud de confianza absoluta en la capacidad para el bien de la personalidad humana" (50); una actitud de optimismo, de fé en los ideales de la vida, sobre todo cuando ésta se emplea al servicio de la verdad. Para Moscote toda educación era educación integral: una educación, decía, aclarando estos conceptos, debe descansar "en un conocimiento metódico y sintético a la vez, de los fenómenos del mundo material y en una ciencia que eleve el alma y la dignifique". Esto es pues, satisfacer los reclamos de las ciencias tanto como los anhelos superiores del espíritu a saber: "verdad, belleza, progreso, moralidad, amor y religión (51); y el deber de todo educador es justamente —dirá por último— despertar a la luz esos "ideales dormidos". No en vano aludía al oficio de educador como "descubridor de perspectivas, de señalador de posibilidades y de sugeridor de ideales". (52)

Ya en 1914 exponía uno de sus más caros pensamientos: "El ideal —decía en aquella ocasión— es algo más que una simple expresión socorrida a que se acude para redondear períodos que la mayor parte de las veces nada dicen. El ideal es precisamente un valor moral muy alto que se piensa realizable —no lo es, en realidad— y que el hombre instruido se forma para tomarlo como guía y norma insuperable de su conducta". Idealismo será entonces, concluirá después, "una actitud de combate, si se quiere, en contra de la indiferencia, en contra del pesimismo y en contra de cualquier fuerza negativa que trate de anular los supremos derechos del espíritu". (53) Es, en fin, concluye, "ese algo sutil, impalpable e indefinible que constituye la esencia de los santos y los héroes". (54)

Moscote, sin duda, previó que la idea, cuando no se manifiesta vic-

(49).—Véase Chong Marín Moisés, **EL PENSAMIENTO PANAMEÑO**. Trabajo de Graduación. Universidad de Panamá, 1952.

(50).—**PAGINAS IDEALISTAS**, página 181.

(51).—**PAGINAS IDEALISTAS**, página 174.

(52).—**MOTIVOS**, página 12.

(53).—**PAGINAS IDEALISTAS**, página 181.

(54).—**Idem**.

toriosa, permanece allí como energía latente; y, en efecto, sólo los ideales irrealizables son invencibles. Sólo las ideas que no han sido cumplidas no envejecen. En el Panamá republicano han morado pues, los ideales, y allí quedan, como virtualidades dinámicas esperando, igual que en el fenómeno cotidiano de la vida, entrar en contacto con las distintas formas de expresión de la realidad y configurar las esencias de una cultura nacional más alta y valiosa.

Si el Istmo no quiere entrar en contradicción consigo mismo no podrá menos que descubrir —como exigía Carlyle— sus propios héroes. La prueba a que estamos siendo sometidos en estos momentos decisivos de la historia y en los que habrá de calibrarse nuestras posibilidades como pueblo, consiste justamente en la tarea de asimilar los valores supremos que en la rica y agitada historia hispano-panameña primero, panameño-colombiana, después, y por fin hoy, historia panameña, han labrado con fatigas y dolores las más destacadas inteligencias nacionales, conservando nuestro núcleo espiritual con vigor suficiente para arrostrar con menos peligros la trayectoria de nuestro destino como “país profundo”.

A las generaciones de hoy queda el deber de recoger y reevaluar la obra de esas inteligencias superiores y de sobrepajarlas mediante determinaciones unívocas encaminadas a la revisión integral de ese pasado históricamente poco menos que ignorado aunque, al decir de uno de nuestros intelectuales, “políticamente insepulto”. (55) Por lo que a nosotros toca, creemos al menos haber señalado la significación de una de las figuras más representativas aparecida en los albores de nuestra configuración espiritual, al advenimiento de la República. No ha sido el nuestro, claro está, un recorrido completo; apesar de haber destacado algunos rasgos fundamentales del pensamiento de José Dolores Moscote han quedado intocados los múltiples temas que desarrollara en el terreno de la Jurisprudencia, pero sobre todo, su legado imponderable: la Constitución, que ha requerido de los especialistas análisis más detenidos y profundos.

Con relación a la insoslayable necesidad de rectificación histórica antes apuntada, bien cabría esperar de una investigación orientada a desentrañar el fenómeno de comprensión social desde nuestra independencia de España, resultados científico-académicos insospechadamente fecundos. Pero mientras esto suceda, por nuestra parte, iremos, desde ya, preparando el ligero equipaje de noveles excursionistas, ansiosos de emprender cuanto antes la larga y accidentada jornada por los caminos de Clío, de la mano de aquellos sabios investigadores.

(55).—De la Rosa Diógenes, EUSEBIO A. MORALES. CONCIENCIA CRITICA DE LA REPUBLICA. Imprenta Nacional, Panamá, 1950, página 30.

Bio-bibliografía:

Bio-Bibliografía del Dr.

José Dolores Moscote

(1879-1956)

Por JUAN ANTONIO SUSTO

* * *

- 1879.— Nació el 4 de Abril, en Cartagena de Indias (Colombia).
- 1897.— Ingresó en la Universidad de Bolívar (Cartagena de Indias).
- 1900.— Recibió el título de doctor en Derecho y Ciencias Políticas.
- 1902.— Se trasladó a la ciudad de Panamá.
- 1903.— Maestro de enseñanza primaria, y Director de la Sección Media de la Escuela de Santa Ana.
- 1904.— Pasó a maestro de la Sección Superior, del mismo plantel.
- 1906.— Oficial Segundo de la Secretaría de Instrucción Pública.
- 1908.— Inspector de Instrucción Pública de la Capital.
- 1909.— Profesor en el Instituto Nacional, en las cátedras de Cívica y Moral, Psicología y Filosofía y Castellano.
- 1912.— Rector del "Liceo de Panamá", con el Rev. Padre Victoriano Pérez.
- 1913.— Vice-Rector del Instituto Nacional.
- 1916.— Profesor de Filosofía del Derecho y Derecho Romano, en la Escuela de Derecho.
- 1917.— Encargado de la rectoría del Instituto Nacional
- 1918.— Co-fundador de la nueva Escuela de Derecho y Ciencias Políticas, nombrado profesor de Filosofía del Derecho Constitucional.

1924. Inspector General de Enseñanza Primaria.
- 1925-1931.—Rector del Instituto Nacional (6 años).
1926. Organizó los "Sábados Literarios del Instituto Nacional".
1936. La Asamblea Nacional de Panamá expidió ley de jubilación, **por sus servicios en la educación nacional.**
1944. Presidente de la Comisión para redactar el ante-proyecto de Constitución, en compañía de los doctores Ricardo J. Alfaro y Eduardo Chiari.
- 1935-1956.—Profesor de Derecho Constitucional y Ciencias Políticas, en la Universidad de Panamá.

CARGOS JUDICIALES

- Conjuez de la Corte Suprema de Justicia en los años de 1925, 1926, 1927, 1930, 1935, 1936, 1937, 1939 y 1940.
- Primer Suplente del Tribunal Superior del Primer Distrito Judicial, de 1937 a 1943.
- Magistrado Titular del Tribunal Superior del Primer Distrito Judicial de 1941 a 1943.
- Magistrado Titular del Tribunal de lo Contencioso Administrativo, de 1943 a 1950.

* * *

- 1950.— Jubilado como Magistrado del Tribunal de lo Contencioso Administrativo, a partir del 4 de Octubre.
- 1956.— Falleció el 4 de Abril, en la ciudad de Panamá.

BIBLIOGRAFIA

- 1912.— "Por la educación nacional". (folleto).
- 1913.— "Discurso leído por el Vice-Rector del Instituto Nacional, Dr. José D. Moscote en el banquete ofrecido a los alumnos de ese plantel, el día de 3 de Noviembre de 1913". Tipografía "La Moderna".—6 páginas.
- 1913.— "Las conferencias del Instituto Nacional".—Primera parte.—Imprenta Nacional.—114 páginas.

- 1916.— “Conferencia leída por el señor don José D. Moscote en el Palacio de Gobierno de Penonomé, el 25 de Mayo de 1916”. Imprenta “Esto y Aquello”.—15 páginas.
1916. - “Discursos y Conferencias” (Sugestiones a los jóvenes). Imprenta “Esto y Aquello”.—70 páginas.
1917. - “Páginas idealistas” (Colección de artículos y discursos). - Tipografía Moderna.—XII.—197 páginas.
- 1924.— “Motivos”.—Editorial Minerva.229 páginas.
- 1929.— “Introducción al Estudio de la Constitución”.- Tipografía y Casa Editorial “La Moderna”.—334 páginas.
- 1931.— “Una experiencia” (Seis años de rectorado en el Instituto Nacional).—Editorial “Benedetti Hermanos”.—378 páginas.
1934. - “Orientaciones hacia la reforma constitucional”. - Talleres Gráficos Benedetti.—294 páginas.
- 1936.— “Actividades prácticas del maestro rural”.—Talleres Gráficos Benedetti.—97 páginas, ilust. y diagrs.
- 1936.— “Ciencia Política y derecho constitucional” (Lecturas y Referencias).—Talleres Gráficos Benedetti.—71 páginas.
1938. - “Estudios Constitucionales”.—Universidad de Panamá.—Tip. y Casa Editorial “La Moderna”.—88 páginas.
- 1938.— “La nueva Constitución brasileña”, ensayo de derecho político, Universidad de Panamá.—Folletones de “El Panamá América”.—16 páginas.
1942. - “Itinerario” (Selección de discursos, ensayos y conferencias, índice de las preocupaciones intelectuales del autor). — Ferguson y Ferguson.—455 páginas.
- 1943.— “Derecho constitucional panameño: antecedentes, doctrinas y soluciones”.—Star & Herald.—VII.—512 páginas.
1943. “Instituciones de garantía” (Título XV de la Constitución). Imprenta Nacional.—158 páginas.
- 1945.— “Proyecto de Constitución Nacional y exposición de motivos, presentados al Gobierno por la Comisión nombrada por el decreto número 1056, de 1º de Noviembre de 1944”.—Imprenta Nacional.—114 páginas.

1956. "La vida ejemplar de Justo Arosemena", biografía por José D. Moscote y Enrique J. Arce,—Imprenta Nacional.—XI.—422 páginas.

TRADUCCIONES

1920. Joseph Charmont: "El renacimiento del derecho natural".—Talleres Gráficos.—149 páginas.—índices.
1923. James W. Garner: "Ideas e instituciones políticas americanas".—Imprenta Nacional.—190—1 página.

DIRIGIO Y COLABORO REVISTAS

- 1904-1906.—"La Escuela Primaria" (Director).
- 1909.--- "Educación Nacional" (Director, con Julián Moré Cueto).
- 1912-1916.---"Revista de Instrucción Pública" (Colaborador).
- 1916-1939.---"Prejuicios".--- Instituto Nacional (Colaborador).
- 1916-1919.---"La Revista Nueva" (Director, con Octavio Méndez Pereira).
- 1917-1918. "Revista Escolar" (Colaborador).
- 1919.--- "Cuasimodo". (Co-Director).
- 1922-1923.---"La Escuela" (Colaborador).
- 1922-1934.---"Estudios" (Colaborador).
- 1923-1924.---"El Nuevo Tiempo" (Director).
- 1923-1931.---"El Niño" (Director, con Guillermo Méndez Pereira).
- 1924.--- "Educación Nacional" (Colaborador).
- 1925-1926.---"El Educador" (Director, con Octavio Méndez Pereira).
1930. "Alfa" (Colaborador).

PERIODICOS

- 1916-1918 y 1932.---"El Diario de Panamá" (Colaborador).
- 1918-1920.--- "El Tiempo" (Colaborador).
- 1931.--- "La Antena" (Director, con Octavio Méndez Pereira).

DATOS BIOGRAFICOS SOBRE EL DR. JOSE D. MOSCOTE

- 1916.- Octavio Méndez Pereira: "Parnaso Panameño", página VII.

- 1926.— Demetrio Korsi: "Parnaso de Panamá", página 10.
- 1926.— Manuel de J. Quijano: "Antología", página 234.
- 1937.— Juan Antonio Susto: "Valores Nacionales", en el "Nuevo Diario", de 17 de Diciembre.
- 1935.— "Who's Who in Latin America", página 266.
- 1940.— "Who's Who in Latin America", página 341.
- 1945.— "Who's Who in Latin America", página 96.
- 1943.— M. Tourteller y B. G. Lee: "Vida y obras de autores panameños".—Habana, página 16.
- 1949.— Alfonso Mejía Robledo: "Quién es Quién en Panamá", página 216.
- 1952.— "Quién es Quién en Venezuela, Panamá, Ecuador y Colombia". Bogotá, página 356.
- 1953.— Ernesto J. Castellero R.—"Epocas", No. 156, Enero 31, pág. 4.
- 1957.— Anuario de Derecho.—Universidad de Panamá.— Año II. — Enero, 1956.—Mayo, 1957.—"Panamá América, S. A."

DATOS CURIOSOS DE LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

- 0000.—No ha salido.
- 1111.—Salió el 24 de Mayo de 1952. (Tercer premio).
- 2222.—No ha salido.
- 3333.—Salió el 25 de Octubre de 1925. (Tercer premio).
- 4444.—Salió el 18 de Marzo de 1945. (Primer premio).
- 5555.—Salió el 24 de Junio de 1951. (Tercer premio).
- 6666.—Salió el 14 de Agosto de 1955. (Tercer premio).
- 7777.—Salió el 5 de Agosto de 1923. (Primer premio).
Salió el 16 de Febrero de 1958. (Segundo premio).
- 8888.—Salió el 15 de Marzo de 1925. (Primer premio).
- 9999.—Salió el 22 de Octubre de 1939. (Primer premio).

HISTORIA DEL ISTMO DE PANAMA

POR EL

DR. BERTHOLD SEEMANN

D O S P A L A B R A S

Esta importantísima obra del Dr. Berthold Seemann, cuya publicación se inició el 15 de Febrero de 1868 en el STAR & HERALD, fue reproducida en el mismo diario (ediciones dominicales de Marzo, Abril y Mayo de 1958) gracias al desinteresado fervor patriótico del veterano y más prominente de los periodistas panameños Don Alberto V. Mc. Geachy, editor retirado del Star & Herald.

Tradujo: SANTIAGO D. MC. KAY

OBSERVACION

En su edición del 15 de Febrero de 1868, el Star & Herald, anuncio en inglés: "*Iniciamos hoy la publicación de la Historia de Panamá desde sus primeros días hasta la época actual, escrita por el conocido viajero y celebrado autor, doctor Berthold Seemann, quien bondadosamente ha puesto su trabajo a nuestro servicio.*

Hace algún tiempo publicamos en este diario y lo editamos en forma de panfleto, unos cuantos capítulos de esta obra, abarcando la relación de la destrucción de Panamá Viejo por el filibustero Morgan pero ello fue solamente un esbozo de ese período particular. El presente trabajo puede considerarse como una historia completa y se encontrará pleno de interés. Será publicado en forma de libro dentro de breve tiempo y de ello notificaremos, a su debido tiempo, a nuestros lectores".

CAPITULO PRIMERO

Progreso de los descubrimientos geográficos durante el siglo XV. Cuarto viaje de Cristóbal Colón.—Descubrimientos en el Continente Americano.—Portobelo y Retrete.—Regreso a Veragua.—Excursión al interior.—El tabaco visto por primera vez.—Se establece una colonia.—Oposición de los Indios.—El Cacique Quibíán y su familia hechos prisioneros.—Ataque por los nativos.—(1500-1506).

* * *

El conjuro que por edades encadenó a los europeos a sus propias costas había sido roto; la niebla extendida por la superstición y la ignorancia sobre las inmensas aguas del Océano Atlántico había sido despejada y el siglo XV terminaba con una serie de brillantes descubrimientos geográficos. Se había abierto un ancho campo de especulación tanto para el filósofo como para el comerciante y cada viaje triunfal de Colón, descubriendo más y más las riquezas y recursos de regiones hasta entonces desconocidas, trajo avalanchas de aventureros al Nuevo Mundo mientras que el nuevo paso descubierto alrededor del Cabo de Buena Esperanza, daba nuevo impulso al comercio con el Este y llevaba a su más alto grado el espíritu de empresa entre las naciones marítimas.

No bien había regresado Colón de su tercer viaje determinando la existencia del Continente occidental, cuando una multitud de navegantes siguieron sus huellas y extendieron, más o menos, los conocimientos geográficos sobre aquellas regiones. Los más distinguidos entre ellos fueron Rodrigo de Bastidas, Alonso de Ojeda, Américo Vespucio y Vicente Yáñez Pinzón.

Bastidas partió de Cádiz hacia fines del año 1500, acompañado por dos hombres destinados a ser famosos para siempre en los anales del Descubrimiento. El primero de estos fue Juan de la Cosa, piloto, y el segundo, Vasco Núñez de Balboa, en ese entonces un muchacho de 18 años de edad quien, quizás, cuando se enroló en el viaje, no se imaginó que estaba destinado a inmortalizar su nombre y condenado a sufrir una muerte prematura.

Navegando por entre la tierra firme de América y la Isla de Guadalupe, Bastidas mantuvo rumbo hacia el Oriente a través del Golfo de Venezuela hasta el Cabo de la Vela en cuya dirección habían terminado anteriores descubrimientos. Luego, siguiendo la costa hacia el Oeste, vió la desembocadura del río Magdalena, la bahía de Cartagena, entró al Golfo de Urabá de donde salió para Cabo San Blas. Continuando su reconocimiento, siguió toda la costa hasta el Puerto de Retrete, el mismo fondeadero en donde Colón, años después, buscó refugio contra el tiempo borrascoso. De este lugar Bastidas se vió obligado a regresar. El largo servicio y los efectos de la broma habían tornado a sus barcos, no protegidos por el cobre, incapaces de afrontar los riesgos de un viaje prolongado. Por lo tanto, tomó rumbo a Jamaica y de allí a la Española en donde les hizo las reparaciones necesarias.

La prudente conducta de Bastidas le permitió realizar un comercio lucrativo con los nativos y recoger más oro, esclavos, maderas de tinte y objetos curiosos, que la mayoría de los que le habían precedido. Sin embargo, la mayor parte de su preciosa carga se perdió al encallar su barco en el puerto de Jaragua. El rumor de que algunas talegas de oro salvadas del naufragio habían sido traspuestas por Bastidas a fin de defraudar al Tesoro Real, llegó a oídos del Gobernador de la Española quien demostró ser tan hostil y rapaz como los elementos, uniéndose a los vejámenes sufridos por el sorprendido navegante. Pero Bastidas tuvo constancia y habilidad suficientes para llegar a Cádiz en septiembre de 1502, después de una ausencia de 23 meses. Su envidiable perseverancia y la del piloto Juan de la Cosa fueron premiadas con las promesas de futuros ingresos, que debían obtenerse de la Provincia de Urabá. La Corte de España, por una política astuta y económica a la vez, estimulaba así las

esperanzas y esfuerzos de los aventureros particulares: donaciones del tesoro que debían buscar en los más remotos rincones de las tierras visitadas por ellos.

De esta manera, por el fervor y perseverancia de Colón y de aquellos que siguieron su ilustre ejemplo fueron descubiertas la mayoría de las Indias Occidentales y toda la costa de América del Sur desde Puerto Retrete hasta las regiones más meridionales del Brasil.

Pero Colón no estaba satisfecho con la magnitud de estos logros y el pago poco generoso que recibió de la Corte de España, no lo desanimó para continuar buscando el gran objetivo que exaltó su genio imaginativo y resuelto, haciéndole salir hacia el Occidente. Abrir otro paso hacia las Indias Orientales, fue su proyecto original, y esto seguía absorbiendo sus pensamientos. Ya fuera por sus propias observaciones en su viaje a Paria o por insinuaciones de los nativos, concibió la idea de que más allá del Continente de América debía existir un mar extendiéndose hasta las Indias Orientales y abrigó las esperanzas de encontrar algún estrecho o estrecha garganta de tierra por la que se podría abrir esa comunicación. Por una conjetura afortunada, suponía que ese estrecho o istmo situado en o cerca del Golfo del Darién. Aunque avanzado en años, agotado por la fatiga y debilitado por las enfermedades, ofreció realizar un viaje que decidiría el problema. Ocurrieron ciertos acontecimientos que indujeron a los reyes Fernando e Isabel a prestar oídos favorables a sus proposiciones. Estaban contentos de tener el pretexto de cualquier honrosa comisión que alejara de la Corte, a un hombre cuyas demandas no querían satisfacer y cuyos servicios no podían despreciar. Aunque rehusaban remunerar a Colón eran muy sensibles a sus méritos, y por el conocimiento que tenían de su habilidad y conducta, dieron crédito inmediato a sus conjeturas. Además, por este tiempo la flota portuguesa, bajo el mando de Cabral, había llegado de las Indias Orientales y por su rico cargamento ofreció a Europa mejor oportunidad de formarse idea de la opulencia y fertilidad del Oriente, que hasta entonces no había podido concebir. Los portugueses habían sido más afortunados en sus descubrimientos que los españoles. Sus primeros viajes rindieron vastos e inmediatos resultados. Lisboa se convirtió en la sede del comercio mientras que España solo tenía la esperanza de un remoto beneficio de sus nuevas posesiones.

Nada, desde luego, podía ser más aceptable para los españoles que ofrecer llevarlos al Oriente por una ruta más corta y segura.

A pesar de lo importante que era esto para la nación española Colón, para llevar a cabo el viaje, solo pudo conseguir cuatro pequeñas em-

barcaciones, la mayor de las cuales no excedía de setenta toneladas. Acostumbrado al peligro y a las arduas empresas, aceptó el comando del miserable escuadrón. Su hermano Bartolomé y su segundo hijo Fernando, el cronista de sus hazañas, le acompañaron. Saliendo de Cádiz el 9 de mayo de 1502 tocó, como era costumbre, en las Islas Canarias. De allí se proponía salir directamente para el Continente, pero el mayor de sus barcos estaba tan averiado e inservible para prestar servicio seguro, que se vió obligado a tomar rumbo a la Española con la esperanza de cambiarlo por algún otro barco de la flota que había llevado Obando. En Santo Domingo encontró a 18 de esos barcos ya fletados y a punto de partir hacia España. Colón, inmediatamente después de su llegada, informó al Gobernador del destino de su viaje y le solicitó permiso para entrar a la bahía, no solo para negociar el cambio de sus barcos sino para ponerse a cubierto de un huracán cuya proximidad presentía. Por esto último aconsejó al Gobernador que demorara por unos días la partida de la flota. Pero Obando negó su solicitud y despreció su consejo. A Colón, pues se le negó la entrada al país cuya existencia había descubierto. Sus saludables consejos fueron menospreciados. La flota partió. Al día siguiente se presentó el huracán con espantosa impetuosidad. Colón, sabedor del peligro, tomó precauciones contra él y salvó su pequeño escuadrón. La flota con rumbo a España encontró el negro destino que le fijaron la obstinación y temeridad de su Comandante.

Pronto abandonó Colón a la Española en donde recibió tan injusta e inmerecida recepción y partió hacia el Continente. Después de un viaje tedioso y lleno de peligros, descubrió a Guananí, isla no muy distante de la costa de Honduras. Allí tuvo una entrevista con los nativos de tierra firme que llegaron hasta él en una canoa grande. Parecían ser hombres más civilizados y demostraban haber hecho progresos en el conocimiento de las artes útiles como no las habían hecho hasta entonces los de los otros lugares descubiertos. En respuesta a las preguntas hechas con la usual avidez sobre el lugar, en el que los indios conseguían oro, ese oro que lucían como adornos, informaron a los españoles de unos lugares situados al occidente en donde ese metal se encontraba en tal profusión, que era aplicado a los usos más comunes. En vez de dirigirse hacia allá Colón, que estaba dominado por su proyecto favorito de encontrar el estrecho que suponía que comunicaba con el Océano Indico, navegó hacia el este, rumbo al Golfo del Darién. En su viaje descubrió toda la costa del Continente desde el Cabo de Gracias a Dios hasta una bahía que por su belleza y seguridad, llamó Portobelo.

Saliendo de este lugar, continuó su viaje hacia el este, pero en repetidas ocasiones se vió obligado a buscar abrigo contra el mal tiempo. En muchas ocasiones efectuó desembarcos para ponerse en contacto con los

nativos. En Retrete, pequeño puerto en donde estuvo detenido nueve días, los indios facilitaron el intercambio de productos, pero los marineros, robando por su cuenta y riesgo en tierra, los provocaron hasta el extremo de llegar a quebrantar la paz. Varias ascaramuzas ocurrieron entre los españoles y aborígenes; estos tuvieron el coraje de avanzar hasta los barcos pero sus intenciones fueron frustradas y el Almirante, aunque sinceramente deseaba ganarse su buena voluntad por medio de la bondad, al darse cuenta de que su insolencia aumentaba, se vió forzado a tomar otras medidas. Ordenó disparar uno de sus cañones, lejos de atemorizarse por ello, contestaron con alaridos, apalearon los árboles con sus garrotes y duelas y domesticaron con gestos amenazadores que no temían al ruido. Pero una bala de cañón disparada entre ellos produjo un efecto diferente, porque al descubrir que el estruendo iba acompañado de un proyectil, desaparecieron rápidamente.

Como quiera que los fuertes vientos del este y noreste continuaban y que el comercio se hacía imposible, Colón resolvió regresar a Veragua para continuar indagando sobre las minas de oro de las cuales sabía por informes de los indios. Durante los viajes, los vientos cambiaron frecuentemente; las lluvias torrenciales, truenos y relámpagos acompañados de violentos ventarrones aumentaron el peligro a la que está siempre sujeta la navegación por mares desconocidos.

El 6 de enero de 1503 ancló cerca del Río Yebra cuyo nombre cambió por el de Belén, por haber llegado allí el día de la festividad de los Tres Reyes Magos. La desembocadura de este río y la del de Veragua, fueron sondeadas. En éste último el agua era poca profunda, pero en el río Belén, en marea alta, había cuatro brazas. Los barcos lo remontaron hasta el poblado en donde se decía que estaban situadas las minas de oro. Al principio los indios se mostraron hostiles y trataron de impedir el desembarco de los españoles; en la exploración del Veragua también experimentaron resistencia similar, pero después que se les explicó por medio de un intérprete, que se les pagaría por todo lo que obtuvieran, los nativos se aplacaron y cambiaron veinte platos de oro, varias piezas huecas como nudos de caña y granos sin fundir. Cuando los barcos entraron al río se estableció un intercambio más intenso y activo. Algo del metal precioso se logró en la población de Veragua, levantada sobre el río del mismo nombre, de parte de Quibián, el Cacique de la Provincia, de franca disposición amistosa como lo probó más tarde visitando al Almirante.

Colón, complacido con la fertilidad del suelo y las riquezas minerales de la región, dispuso dejar allí una pequeña colonia a cargo de su her-

mano y regresar a España a fin de procurar lo necesario para hacerla permanente. Con este fin envió río Veragua arriba, a su hermano Bartolomé en busca de información. Este realizó un viaje de varios días y al llegar a las minas, recogió alguna cantidad de oro de las raíces de los árboles como prueba de su abundancia. Otra expedición fue enviada al río Urira, siete leguas al oeste de Belén. El Cacique resultó ser amigo, les llevó alimentos y cambió algunos platos de oro. El jefe nativo y sus lugartenientes estaban mascando constantemente una hierba seca, que los españoles consideraron como la causa del deterioro de sus dientes. También aspiraban un polvo que salía de ella ante el asombro de los españoles que probablemente vieron, por primera vez, el uso del tabaco y del rapé.

Al llegar a la población se prestó a los españoles atenciones y bondad. Los nativos estuvieron acordes al declarar que otros Caciques que vivían más al norte, tenían oro en abundancia y armas como las de los españoles. Bartolomé, estimulado por otros prospectos, continuó su viaje hasta Zobraba, en donde encontró extensos cultivos de maíz y en donde él y sus compañeros fueron recibidos con hospitalidad. En Cateba, la próxima población, prevaleció una disposición no menos amistosa; allí fueron trocados algunos vasos de oro parecidos a cálices, pesando como doce ducados cada uno y que los nativos llevaban colgando, como adornos, de sus cuellos.

Estando ahora muy alejados de sus barcos sin haber encontrado puertos o ríos sobre los cuales establecer una colonia, Bartolomé regresó llevando una apreciable cantidad de oro. Inmediatamente se hicieron los preparativos para su permanencia y se escogieron ochenta hombres para que se quedaran con él. Se construyeron casas sobre la orilla occidental del río Belén como a un tiro de cañón de su desembocadura; la naciente colonia fue rodeada por un foso y los alimentos principales fueron dejados a bordo de *La Gallega* que iba a quedar para uso de la colonia. Habiéndose arreglado todas las cosas, el Almirante quería salir para España pero como había terminado la estación lluviosa, el agua del río estaba de tan bajo nivel y su desembocadura tan obstaculizada por la arena, que los barcos no podían salir. No había esperanzas de alivio hasta la llegada de las lluvias. Mientras tanto, el intérprete informó que Quibián intentaba destruir la colonia ya que todos los indios estaban contra ella. Se resolvió, por lo tanto, llevar al Cacique y a sus lugartenientes prisioneros a España, como merecido y ejemplar castigo para él y como terror para sus súbditos. Para realizar este proyecto, Bartolomé salió con 76 hombres para Veragua. El Cacique Quibián, al ser informado de su acercamiento, envió a un mensajero a notificarle que no llegara a su

casa pero Bartolomé, a pesar de ello, lo hizo acompañado de cinco hombres, ordenando al resto detenerse a las faldas del cerro, en cuya cima estaba situada la casa del Cacique y ascender al disparo de un fusil para sitiar la casa. Quibián, viendo negada su solicitud, envió nuevo mensajero pidiendo al jefe del grupo de españoles no seguir avanzando y advirtiéndole que, aunque herido por una flecha, le recibiría pero a él solo. Accedió Bartolomé e inquirió a Quibián acerca de sus heridas y pretendiendo examinarlas, le tomó por el brazo —que fue la señal convenida— y lo mantuvo firmemente asido hasta que los otros cinco vinieron en su ayuda. Uno de los estos disparó inmediatamente su fusil y los españoles rodearon la casa. Treinta personas fueron detenidas, quienes al ver al Jefe prisionero presentaron poca o ninguna resistencia. Entre los cautivos estaban las esposas e hijos del Cacique y numerosos jefes de menor categoría. Los últimos ofrecieron grandes tesoros por su libertad. Bartolomé no escuchó sus propuestas y ordenó que Quibián y sus principales compañeros fueran llevados a bordo antes de que la alarma cundiera por la región.

Mientras que Bartolomé con la mayoría de sus hombres quedaron atrás para ir en busca de los parientes y otros súbditos del Cacique capturado. Juan Sánchez, uno de los pilotos, y una escolta fueron escogidos para conducir los prisioneros a los barcos. Cuando se encontraban como a media legua de distancia de ellos, Quibián, que tenía pies y manos atadas, se quejó de que las últimas estaban demasiado apretadas. Sánchez se compadeció de él, suavizó las amarras y retuvo la soga en sus manos. Pero el indio fue más astuto que el europeo. Observando el Cacique que no estaba estrechamente vigilado, saltó al agua y Sánchez para evitar ser arrastrado con él, soltó la soga. Estaba anocheciendo y la tripulación del barco quedó en tan gran confusión que nadie pudo descubrir el punto por donde el fugitivo llegó a la costa.

Don Bartolomé Colón dándose cuenta de que la región era montañosa y selvática; de que no existían poblaciones regulares; de que las casas se levantaban a gran distancia unas de otras y de que, por lo tanto, sería sumamente difícil seguir a los indios, regresó a sus barcos. Entregó a su hermano, el Almirante, los depósitos de la casa de Quibián, valorados en 200 ducados de oro y consistiendo en platos de oro, aguilas, pequeños plumas y cordoncillos usados por los indios alrededor de sus cabezas como cintillos. Después de deducir la quinta parte para sus Majestades Católicas, Colón dividió el resto entre aquellos que participaron en la expedición y obsequió a Bartolomé uno de los cintillos en premio a su habilidad y valor.

Así que las tan esperadas lluvias hicieron subir suficientemente el nivel del río como para hacer flotar los barcos sobre el banco de arena. Colón resolvió partir sin pérdida de tiempo. Aprovechando las ventajas de la calma salió con sus tres barcos remolcados por botes y ancló como a una legua de la desembocadura del río. Mientras estuvo allí, el bote del Almirante se acercó a la costa en busca de agua, circunstancia aunque trivial en sí misma sirvió para la preservación de la vida de aquellos que habían sido dejados en Belén porque Quibián, una vez retirados los barcos, asaltó a la colonia con numeroso grupo de los suyos. Su acercamiento no fue notado por los españoles debido a lo tupido de los bosques. Cuando estuvieron a corta distancia, lanzaron su grito de guerra y atacaron de súbito hiriendo a muchos de los colonizadores. Siguió luego una animada escaramuza en la que los nativos, a pesar de haber demostrado su magnífica destreza en el lanzamiento de sus jabalinas, tuvieron que ceder camino ante el filo de las espadas castellanas, y al ser atacados furiosamente por los perros, huyeron presas de gran consternación.

El oficial encargado del grupo que había salido en busca de agua llegó en el preciso momento del asalto, pero no pudo ser persuadido a prestar ayuda a los colonizadores ni a abstenerse de remontar el río para cumplir sus órdenes. Y pagó su obstinación. No bien había avanzado una legua cuando los indios lo atacaron y cayeron sobre su gente, en tal número que el valor de estos les sirvió de poco. Todos los españoles cayeron atravesados por las jabalinas de los nativos menos uno que logró escapar y llevar la triste noticia a la colonia.

Este desastre agregado a los que habían sufrido los colonizadores, el júbilo de las indios por su reciente victoria y el espectáculo presentado por los cadáveres de sus camaradas flotando, río abajo seguidos por aves carnívoras —signo diabólico del destino que les aguardaba— descorazonaron y aterraron en tal forma a los españoles que resolvieron abandonar la colonia y lo hubieran hecho instantáneamente, si la desembocadura del río Belén no se hubiera tornado intransitable debido a la gran resaca.

Colón, viendo que su bote no regresaba, esperó en la mayor ansiedad diez días, dando vueltas por el fondeadero sin más bote que uno que no podía ser arriesgado ante la gran resaca. Para acrecentar su perplejidad, numerosos prisioneros encontraron los medios de escapar y el resto, que no fue tan afortunado, se ahorcó en su desesperación. Fueron encontrados muertos con sus pies y rodillas colgando sobre el fondo de las bodegas. Aunque la pérdida no era material para los barcos, se temió que podría ser perjudicial para los colonizadores porque Quibián,

de todo corazón. hubiera hecho la paz a base de la entrega de sus hijos. Aflijidos por tantas dificultades, no teniendo nada en que confiar sino en anclas y cables y en gran ansiedad por recibir noticias de la costa, algunos marineros propusieron que si los indios prisioneros se habían lanzado al mar para escapar, ellos intentarían hacer lo mismo si los botes restantes los ayudasen. Esta audaz propuesta fue aceptada por Cristóbal Colón. Los botes avanzaron hasta un tiro de fusil de la costa. Pedro Ledesma se tiró al agua llegando a salvo a la costa. Allí supo de las penalidades sufridas por los colonizadores, de sus disensiones y de su tendencia al motín. Rogaron al Almirante no abandonarlos en tan horrorosa situación, agregando que preferían tantear fortuna en los barcos carcomidos antes de dejar su vidas a la merced de los indios. Con esta respuesta regresó Ledesma. Al ser informado Colón de su desastre, confusión y desesperación, accedió de inmediato a su petición. Todos reembarcaron no dejando tras de ellos sino el casco del barco, que había quedado totalmente fuera de servicio.

CAPITULO SEGUNDO

Expedición de Ojeda y Nicuesa.—Manera de tomar posesión de los nuevos países.—Primera aparición de Pizarro.—Aventuras de Ojeda.—Colonia en el Golfo de Urabá y su desastre.—Regreso de Ojeda a la Española y su muerte.—Vasco Núñez de Balboa.—Traslado de la colonia a las orillas del río Darién.—Naufragio de Nicuesa.—Funda a Nombre de Dios.—Es llamado al gobierno del Darién.—Su conducta imprudente y su muerte.—(1507-1510)

* * *

Pasaron casi diez años después que Colón había descubierto la tierra firme de América antes de que los españoles fundaran cualquier colonia en alguna parte de ella. Lo que por tanto tiempo se había descuidado se intentaba seriamente y con considerable vigor. El plan para esta empresa no fue preparado por la Corona ni ejecutado a expensas de la nación; surgió con Alonso de Ojeda quien había adquirido considerable reputación, aunque no riquezas, por sus dos viajes como descubridor. Su carácter y poder de atracción le procuraron socios que facilitaron el dinero necesario para la expedición.

Casi al mismo tiempo, Diego de Nicuesa, que había adquirido gran fortuna en La Española, proyectaba empresa similar. El Rey Fernando estimuló a ambos y aunque se negó a proporcionar la más pequeña suma de dinero, fue extremadamente liberal en títulos y patentes. Creó dos gobiernos en el Continente: uno que se extendía desde el Cabo de la Vela hasta el Golfo del Darién y al que llamó Nueva Andalucía y el otro desde este punto hasta el Cabo de Gracias a Dios, al que llamó Castilla del Oro. El primero lo confirió a Ojeda y el segundo a Nicuesa.

A fin de dar a esos títulos alguna apariencia de validez, numerosos de los más eminentes eclesiásticos y abogados fueron contratados para prescribir la forma en que los aventureros debían tomar posesión de sus cargos. Escasamente hay en la historia algo más singular y extravagante que lo prescrito para tal propósito: los invasores recibieron instrucciones en el sentido de que tan pronto como desembarcaran en el Continente debían enseñar a los nativos los principales artículos y fundamentos de la Fe Cristiana; debían hacerles reconocer la suprema jurisdicción del Papa sobre todos los reinos de la tierra; debían informarles de la dádiva que el Papa había hecho de su país al Rey de España; debían requerirles abrazar las doctrinas de la religión que le habían enseñado los españoles y a someterse al Soberano cuya autoridad ellos proclamaban. Si los nativos rehusaron cumplir con estos requisitos, cuyos términos debieron haber sido incomprensibles para los indios incultos, entonces Ojeda y Nicuesa quedaban autorizados para atacarlos a fuego y espada, para someterlos, por la fuerza, a reconocer la jurisdicción de la Iglesia Católica y la autoridad del monarca español.

Ojeda fletó un barco y dos bergantines. Nicuesa, seis embarcaciones. Ambos se encontraron en Santo Domingo en donde chocaron por los límites de sus respectivos territorios y no fue sino a fines de 1509 que alguno de ellos saliera a establecer las colonias que debían integrar a aquellos. Acompañado por Juan de la Cosa y Francisco Pizarro, destinado este a realizar acciones extraordinarias, Ojeda se dirigió a la costa suramericana y en el sitio en donde más tarde fue fundada Cartagena, encontró a los indios agrupados y listos a oponerse a su desembarco.

Habiendo tratado en vano convertir a los indios al cristianismo, Ojeda decidió usar la fuerza y rompió hostilidades. Pero esta resolución le resultó fatal; sus principales compañeros, entre ellos Juan de la Cosa, perecieron y su destrucción habría sido completa si en el momento crítico no hubiera hecho aparición Nicuesa. Al ser informado del desastre sufrido por su vida, Nicuesa dijo que bajo tales circunstancias debían olvidar sus diferencias y disputas y recordar solamente que eran caballeros y es-

pañoles. Ofreció a Ojeda ayudar a vengar la muerte de sus compañeros e inmediatamente desembarcó 400 hombres. Las fuerzas combinadas derrotaron decisivamente a los indios, se posesionaron de la población y la redujeron a cenizas. Esta victoria les proporcionó vasto número de esclavos y tanto oro que la parte de cada uno fue de 7.000 castellanos.

Después de este incidente, Ojeda y Nicuesa convinieron en separarse. Nicuesa se dirigió hacia la costa de Veragua mientras Ojeda lo hizo para el río Darién pero habiendo perdido los servicios de Juan de la Cosa de cuya experiencia principalmente dependía, no pudo llegar al río y estableció una población sobre el promontorio oriental del Golfo de Urabá o Darién, llamándola San Sebastián. Pronto descubrió que los habitantes de la región pertenecían a una raza de bárbaros salvajes y se dió cuenta de que sus fuerzas eran inadecuadas para dominar a seres de tan feroz disposición. Sin pérdida de tiempo, despachó a uno de sus barcos a la Española en busca de refuerzos. Escaseándole provisiones, se vió obligado a hacer incursiones en la región para obtener alimentos. En esto fracasó y tuvo la mala fortuna de perder a muchos de sus hombres debido a las heridas causadas por las flechas de los indios; cada herida resultó siempre fatal.

El predicamento de los colonizadores fue realmente terrible: morirían de hambre si permanecían dentro de sus trincheras o afrontaran muerte segura si se aventuraban a penetrar en el interior de la región. Empero, mientras vivían en este estado de desesperación, la fortuna les sonrió una vez más. Un día entró al puerto un barco bajo el comando de Talavera, un pirata que huyendo de la justicia, había buscado refugio en ese lugar hasta entonces desconocido para él. Ojeda estaba en un aprieto demasiado grande para ser minucioso en sus investigaciones sobre el carácter de Talavera y rápidamente le compró su cargamento. Este alivio, aunque útil y oportuno, fue de corta duración. Las provisiones fueron consumidas con rapidez y como ningún socorro llegaba de la Española, los colonos quedaron sujetos, una vez más, a grandes estrecheces y privaciones. Ojeda, al fin, resolvió marchar a la Española para conseguir víveres y dejando a Francisco Pizarro en el comando del grupo, embarcó en el barco de Talavera. El viaje fue bastante desafortunado. Ojeda no solamente fue demasiado severo con la tripulación sino demasiado arrogante con Talavera quien finalmente lo encadenó. Una violenta tempestad apareció poco después y Talavera, sabiendo que Ojeda era un marino hábil y de experiencia, lo puso en libertad. Fue esencialmente por la habilidad de Ojeda que salvaron sus vidas encallando al barco en la costa de Cuba. Aunque la distancia de allí a la Española era muy corta, Talavera que tenía muy buenas razones para evitar esa isla, persuadió a Ojeda a que se

aventurara a Jamaica en una canoa. tenía que vencer como cien leguas. En ese sitio permaneció Talavera tanto tiempo que el Almirante, al saber de su permanencia allí, lo aprehendió, juzgó y ejecutó por piratería. Ojeda, después de breve permanencia en Jamaica, partió para la Española en donde supo que su socio Enciso había salido ya para San Sebastián. Con su crédito perdido y maltrecha su salud, Ojeda no vivió por mucho tiempo y murió en la más absoluta pobreza.

Pocos días después de la partida de Ojeda hacia la Española, Francisco Pizarro se vió obligado a abandonar el lugar y huir con el resto de la infortunada colonia hacia el sitio en el que hoy se levanta la ciudad de Cartagena. Allí, afortunadamente, encontró los refuerzos de Enciso que acababan de llegar. Tomando a Pizarro y a su gente a bordo, Enciso prosiguió a San Sebastián. Cuando se acercaban a este lugar, una nueva desgracia cayó sobre el grupo. Los barcos encallaron y los de abordó difícilmente lograron salvar sus vidas. Los que desembarcaron encontraron el fuerte reducido a cenizas por los indios; este fue reparado y las provisiones en los barcos encallados fueron desembarcadas pero como los constantes choques con los nativos impidieron a los colonos abastecer sus depósitos con los productos de la región, pronto amenazó la carestía; el hambre forzó a los españoles a hacer irrupciones en el país para obtener alimentos con tan frecuencia como la de los salvajes que los hacían retroceder hasta la seguridad de sus defensas, con grandes pérdidas. De esta manera, el número de los colonos fue disminuyendo y todos hubieran perecido eventualmente en esa situación desesperada si ese destino no lo hubiera evitado el valor y la inteligencia de una persona extraordinaria que viajaba con ellos: Vasco Núñez de Balboa.

Balboa era un caballero descendiente de buena familia, poseedor de una educación liberal, una excelente persona y en la flor de su edad: tendría entonces unos 35 años. Estuvo en el viaje de descubrimiento realizado por Rodrigo de Bastidas; luego se estableció en la Española en donde consiguió un buen empleo, pero por haber cometido algunos excesos estuvo a punto de ser arrestado, juzgado y condenado a muerte. Para escapar de afrenta y castigo, se escondió dentro de un barril a bordo del barco de Enciso y allí permaneció hasta que el barco estuvo a cien leguas de la Española. Enciso, que había demostrado ser enemigo de sacar delincuentes de la Isla, amenazó a Balboa con ponerlo en tierra en la primera isla deshabitada que encontrara y quizás habría cumplido su amenaza si las personas principales que iban a bordo no hubieran intercedido por Balboa.

Observando el estado de desesperación en que estaba sumida la Compañía en San Sebastián, Balboa les explicó y los convenció de que la situación no era tan irremediable como se lo imaginaban. Indicó que cuando hizo el viaje con Bastidas, salieron hacia el otro lado del Golfo encontrando allí una gran población levantada sobre terreno fértil y gozando de clima saludable. Esa población estaba habitada por indios amantes de la guerra pero que no usaban flechas envenenadas. Aconsejó que se reflotaran y repararan los barcos encallados y que los colonos se trasladaran a esa región. Su consejo fue escuchado y el resto de la colonia fue lo suficientemente afortunada para llegar al río Darién en donde se dieron cuenta de que todo concordaba exactamente con lo que Balboa les había descrito.

Los nativos, ante el arribo de tantos extranjeros, tomaron armas y precedidos por su Cacique esperaron la aproximación de los invasores. Juego de encomendarse a Dios, avanzaron los españoles listos al ataque; hicieron retroceder a los indios y tomaron posesión del poblado que encontraron repleto de alimentos. No se durmieron los españoles sobre sus laureles. Formaron pelotones que marchaban hacia los bosques adyacentes encontrando villorrios cuyas casas estaban vacías y desiertas. Sin embargo, se apoderaron de buen número de objetos caseros que les fueron posteriormente útiles y platos de oro con un valor de 100.000 pesos. Enciso, profundamente contento por esta inesperada buena fortuna, envió al instante por aquellos que habían quedado en San Sebastián. Más tarde, convinieron en fundar una colonia que llamaron Santa María la Antigua del Darién; la primera parte del nombre en honor de una iglesia en Sevilla y la segunda en honor del nombre indígena del río sobre el cual fue fundada.

La reputación de Balboa aumentó con este éxito y desde entonces mereció muy alta distinción. Viéndose respaldado por una gran mayoría y anheloso de vengarse de las amenazas de Enciso, secretamente conspiró para arrebatarle el mando. A tiempo que esto se fraguaba, Enciso estimó correcto prohibir todo comercio de oro con los indios bajo pena de muerte. Los colonos, creyendo que procedía en esa forma en su propio provecho, unánimemente se rebelaron contra su autoridad alegando que su comando era nulo porque la colonia estaba más allá de los límites del gobierno de Ojeda. De inmediato procedieron a escoger Alcaldes y Regidores, eligiendo a Balboa y a Samudio como Alcaldes y a Valdivia como Regidor. Pero algunos no estaban con esta forma de gobernar y la colonia se dividió en grupos. El primero alegó que no era propio vivir sin Comandante en Jefe y que Enciso debía volver a su cargo hasta que el

Rey nombrara a otro Gobernador; el segundo sostenía que debían someterse a Nicuesa porque la colonia estaba dentro de su concesión y el tercer grupo, partidario de Balboa, insistía en la continuación de la presente forma de gobierno y que si la mayoría estaba en favor de un solo Comandante, Balboa debía ser investido de ese cargo.

En medio de estas disputas, llegó Rodrigo Henríquez y Colmenares con dos barcos con 70 hombres, provisiones y municiones de guerra. Había encontrado fuertes ventarrones que le obligaron refugiarse en el puerto de Santa María en donde sufrió la pérdida de 47 hombres cuando fue sorprendido por un grupo de indios. Con el resto salió para el Golfo de Urabá con el fin de indagar sobre el paradero de Nicuesa. Encontrado desierto el sector oriental de la bahía, Colmenares llegó a la conclusión de que los colonos habían muerto o se habían trasladado a otro sitio. Sin embargo, disparó algunos cañonazos, humaredas en el día y fuego en la noche, ordenó a sus segundos para atraer la atención de los españoles si era que aún permanecían en las vecindades. Los habitantes de Santa María la Antigua del Darién al oír los disparos de los cañones cuyo estampido repercutió por toda la bahía, hicieron señales en respuesta y así pudo llegar hasta ellos como a mediados de noviembre de 1510. Colmenares, por la distribución que hizo de sus provisiones entre los colonos se ganó la buena voluntad de la mayoría de aquellos que se habían opuesto a llamar a Nicuesa para que asumiera el mando de la colonia. Y convinieron en el envío de una comisión para que regresara.

Después de separarse de Ojeda a quien había ayudado tan generosamente, Nicuesa confrontó tantas dificultades en el mar como Ojeda las había encontrado en tierra. Un huracán separó a las unidades de su escuadrón. Su Teniente López de Olano, a bordo de uno de los mayores barcos buscó refugio en el río Chagres dejando a sus compañeros encargados de su propia defensa. Después de varias aventuras desafortunadas, Olano llegó a Veragua, sitio escogido para el *rendes-vous*. Allí se dedicó a la tarea de persuadir a los habitantes para que abandonara el plan original de fundar allí una colonia por ser impracticable y salir hacia la Española alegando que Nicuesa, con toda seguridad, había perecido en la tempestad. Mientras se le daba vueltas a este proyecto, llegó un bote del barco de Nicuesa con cuatro hombres que informaron que su jefe había quedado al garete cerca de una costa desconocida y que después de cubrir una enorme distancia por tierra con increíbles penalidades, estaba ya muy cerca. Al escuchar tan triste relato, Olano envió inmediatamente provisiones y refrescos los cuales llegaron tan oportunamente como para impedir que Nicuesa y su grupo perecieran de hambre. Sin embargo, esto no suavizó en lo más mínimo el resentimiento de Nicuesa

contra Olano a quien habría ahorcado por desertarle si no hubiera temido irritar con ello a sus hombres. Empeñado en establecer una colonia sobre el río Belén, se vió tan apremiado por la falta de víveres que dejó allí una parte de sus hombres y con el resto se dirigió a Portobelo. Encontrando oposición de los indios cuando trató desembarcar, siguió unas cuantas leguas hacia el este rumbo al puerto que Colón había llamado Puerto de Bastimentos. Al entrar exclamó: "Detengámonos aquí en el nombre de Dios!"

Como de costumbre, pronto mermó la existencia de provisiones de la colonia y se despachó un barco a la Española para solicitar ayuda a don Diego Colón, Gobernador de la Isla. No bien había salido este barco del puerto cuando el que conducía a Colmenares desde la colonia del Darién apareció en la bahía. Colmenares y sus hombres quedaron horrorizados al ver la miserable condición de Nicuesa y los suyos. Flacos, cubiertos de harapos y descalzos despertaron profunda compasión que se hizo más sensible al escuchar los relatos de las increíbles dificultades que habían sufrido y pena por la pérdida de sus numerosos compañeros.

Colmenares hizo todo lo que estuvo en su poder para consolar a Nicuesa, diciéndole que los colonos del Darién lo invitaban a asumir el gobierno allí y que la colonia estaba situada en buen lugar con abundancia de provisiones y oro. Nicuesa recobró su espíritu al mismo tiempo que acabó con su reputación. Olvidándose de la miserable condición de la que apenas se recobraba y sin considerar que los habitantes del Darién se habían sometido voluntariamente a su autoridad declaró públicamente que les quitaría todo el oro que poseían y que hasta los castigaría por los abusos cometidos en su Provincia. Esta intimidación llegó pronto al conocimiento de los darienitas y, al final, probó ser su ruina. Deseando reconocer algunas de las islas que están en el camino a Darién envió una carabela de vanguardia. La tripulación de ésta propagó la amenaza que había hecho y levantó el ánimo de los colonos contra él. De la isla despachó otro barco al mando de Juan de Caicedo para que informara a los colonos de su próximo arribo. Siendo Caicedo uno de sus secretos enemigos, exasperó e indignó más a los hombres contra él hasta el punto que resolvieron no admitirlo. Esta resolución fue estimulada por Balboa quien secretamente había aconsejado a los elementos principales de la colonia excluir a Nicuesa, aunque públicamente declaraba que estaba a favor de su recibimiento y hasta obtuvo, para demostrar esta actitud, certificado de un Notario.

Después de ocho días de observación entre esas islas Nicuesa salió

para el Darién. A su arribo, encontró a muchos de sus compatriotas esperándolo en el desembarcadero y para su gran sorpresa, uno de ellos le pidió en nombre de todos los presentes que regresara a su propio gobierno de Nombre de Dios. Sin embargo, Nicuesa no fue tan fácilmente intimidado y a pesar de la advertencia, desembarcó al día siguiente. El pueblo hizo esfuerzos por apresarlo pero él burló sus intentos. Balboa intervino evitando que los colonos exterminaran a Nicuesa y hasta los persuadió a que le escucharan. Nicuesa rogó que lo admitieran, que lo recibieran como compañero ya que no lo recibían como Gobernador. A esta insinuación se negaron. Nicuesa les imploró que lo tomaran prisionero ya que prefería morir en la cárcel antes que morir lentamente de hambre en Nombre de Dios. A pesar de sus súplicas y ruegos, lo obligaron a embarcarse en una vieja barca carcomida como con 17 de sus hombres rumbo a Nombre de Dios y con la advertencia de que sería hundido si permanecía en Darién. No teniendo otra alternativa, Nicuesa levantó velas y nunca más se supo de él.

CAPITULO TERCERO

Envío de un Comisionado a España.—Balboa hace excursiones al interior.—Recibe noticias acerca del Mar del Sur.—Descubre el Océano Pacífico.—Primeros informes acerca del Perú.—Regreso de Balboa a Santa María.—Pedro Arias Dávila nombrado Gobernador del Darién.—Disensión entre él y Balboa.—Violentos procedes contra Balboa.—(1511-1517).

* * *

Balboa y sus hombres, completamente conscientes de su injusta conducta hacia Nicuesa y en la seguridad de que tarde o temprano recibirían merecida sanción, estaban tan desesperadamente ansiosos por presentar un informe favorable de sus actos al Rey y de obtener la confirmación de la Corona de la elección de Balboa al comando supremo, que enviaron a un Comisionado a España que informara a la Corte sobre sus transacciones y obtuviera una Comisión Real que invistiera a Balboa con el título legal de su cargo.

Balboa, seguro también de que no podía esperar apoyo de parte de los Ministros de Fernando con quien no tenía relaciones o éxito con las

negociaciones en una Corte para la cual era un extraño, envió muchos y valiosos obsequios a personas influyentes, esforzándose por merecer la dignidad real a que aspiraba, realizando algún señalado servicio que le asegurara la preferencia contra cualquier competidor. Atenaceado por esta idea, hizo frecuentes incursiones en los territorios adyacentes, sometió a numerosos Caciques y recogió considerable cantidad de oro. En una de esas excursiones los españoles disputaron con tal avidez la repartición de una buena cantidad de oro que estuvieron a punto de acudir a la violencia unos contra otros. Un joven Cacique que estaba presente, asombrado por el valor que le daban a una cosa cuya importancia no discernía, echó a tierra el oro de la balanza y volviéndose a los españoles les dijo: "Por qué peleáis por una bagatela? Si estáis tan apasionadamente enamorados del oro como para abandonar vuestro país para venir, por su valor, a perturbar la tranquilidad de pueblos distantes, os conduciré a una región en donde el metal, que parece ser el único objetivo de vuestra admiración e interés, es tan común que el más insignificante utensilio es hecho de él".

Absortos por lo que habían escuchado le preguntaron con avidez sobre la dirección hacia ese feliz país y sobre cómo podría llegar a él. El Cacique les informó que a una distancia de seis soles, es decir, seis días de viaje hacia el Oeste, descubrirían otro Océano cerca del cual estaba situado un reino opulento pero agregó que si intentaban atacar a ese estado poderoso, debían reunir fuerzas muy superiores en número y poderío a las que entonces tenían.

Esta fué la primera información que los españoles tuvieron del gran Mar del Sur y del opulento Perú. Balboa tenía ahora objetivos que se acomodaban a su ambición y el espíritu emprendedor de su genio. De inmediato llegó a la conclusión de que el Océano que le había mencionado el Cacique era aquel que Colón había buscado sin éxito en la esperanza de abrir una comunicación más directa con las Indias Orientales y presumió que el rico territorio aludido debía ser parte de esa vasta y rica región de la tierra. Exaltado con la idea de llevar a cabo lo que tan grande hombre había tratado en vano y ansioso por llevar a la realidad un descubrimiento que, pensó, fuera al mismo tiempo aceptable para su Rey que beneficioso para su país natal, vivió presa de la impaciencia hasta que pudo iniciar la empresa ante la cual los hechos anteriores parecieron insignificantes. Pero para asegurar el éxito, necesitaba hacer previos arreglos y preparativos. Comenzó por ganarse la simpatía y buena voluntad de los vecinos Caciques; envió a algunos de sus oficiales a La Española con grandes cantidades de oro para probar sus éxitos alcanzados y la buena de sus futuras aventuras. Por la apropiada distribución

de todo eso, Balboa logró el favor del Gobernador y atrajo voluntarios a su servicio. Se le unió considerable cantidad de refuerzos en esa Isla; se consideró entonces en condiciones para intentar el descubrimiento a pesar de que hasta ese instante solo contaba su expedición con 190 hombres pero intrépidos veteranos acostumbrados al clima de América tropical y dispuestos a seguirlo a través de todos los peligros. Mil indios le ayudaron a llevar sus provisiones y para completar su material bélico llevó gran cantidad de perros feroces, no menos formidables y destructores que sus desnudos y astutos enemigos.

Balboa inició esta expedición el primero de septiembre de 1513; siguió por mar y sin dificultad alguna hacia los territorios del Cacique Careta cuya amistad se había granjeado pero no bien había comenzado a avanzar por el interior del país cuando se vió retrasado por toda clase de obstáculos que razonablemente esperaba debido a la naturaleza del terreno y a la disposición de los nativos. Así que avanzaba, los Caciques fueron a las montañas con toda su gente, llevándose o destruyendo todo aquello que podía proporcionar alimentos a las tropas de Balboa. Otros agruparon a sus súbditos para oponerse a su avance. Balboa se dió cuenta rápidamente de cuán ardua y difícil era la tarea de conducir a ese grupo de hombres a través de territorios hostiles, a través de pantanos, ríos y bosques jamás hollados por otros hombres que los indios. Pero compartiendo cada dificultad con el soldado más insignificante, apareciendo al frente para desafiar cualquier peligro y prometiendo solemnemente a sus tropas que compartirían el goce de todos los honores y riquezas, los animó en forma tal que le siguieron sin murmurar.

Quando los expedicionarios habían avanzado gran trecho en las montañas apareció, en un paso angosto, un poderoso Cacique acompañado de sus guerreros listos a impedir su avance. Pero esos hombres que habían vencido tantos obstáculos despreciaron la oposición de tales enemigos. Los atacaron tan salvajamente que los dispersaron fácilmente, exterminándolos en su mayoría. Luego, prosiguieron su marcha. Aunque sus guías habían informado que el ancho del istmo solo significaba un viaje de seis días (seis lunas), ya llevaban 26 forzando su marcha a través de florestas y montañas. Muchos de ellos murieron bajo el peso de la continua fatiga y bajo el clima sofocante; otros fueron víctimas de la disentería y otras enfermedades frecuentes en el país y los más esperaban ansiosos el final de la jornada preñada de penalidades y sufrimientos. Al fin, el 25 de septiembre de 1513, los indios aseguraron a los españoles que desde la cima de la próxima montaña podran ver el Océano que era el objetivo primordial de sus empeños. Cuando con infinitos trabajos escalaron una parte de ese terreno empinado, Balboa ordenó hacer alto a sus hombres

y avanzó solo hacia la cumbre a fin de ser el primero en gozar del espectáculo que por tanto tiempo había anhelado contemplar.

Tan pronto como contempló al Mar del Sur extendiendo sus interminables y tranquilas aguas bajo él se arrodilló y levantando sus manos al Cielo dió gracias a Dios por llevarlo a un descubrimiento tan beneficioso para su país como honroso para él. Sus hombres, observando sus transportes de júbilo, corrieron hacia él para unirse a su asombro, admiración y gratitud. Minutos después, descendieron a la costa. Balboa avanzó por el mar hasta que sus aguas cubrieron la mitad de sus piernas y con su espada y escudo tomó posesión del Mar en nombre del Rey su soberano y juró defenderlos con esas mismas armas de sus enemigos.

Ese punto de la costa del gran Pacífico o Mar del Sur que Balboa fue el primero en descubrir, está en la bahía de Panamá y aún retiene el nombre de San Miguel que el Descubridor le dió por haber desembarcado allí el 29 de septiembre, día de la festividad de San Miguel. De los numerosos Jefes que gobernaban el distrito adyacente, Balboa logró, a la fuerza, provisiones y oro mientras que otros le enviaron esos artículos voluntariamente. A esos obsequios aceptables, los Caciques agregaron una considerable cantidad de perlas y Balboa supo, con satisfacción, que ellas abundaban en el mar recién descubierto.

Junto con la adquisición de estas riquezas que sirvieron para animar y apaciguar a sus hombres. Balboa recibió informaciones que confirmaron sus genuinas esperanzas de futuros beneficios más extensos para la expedición. Los costeños concordaron al declarar que existía un opulento y poderoso reino situado a considerable distancia hacia el sureste cuyos habitantes tenían animales domesticados para transportar sus cargas.

A fin de dar alguna idea precisa de esos animales, los indios dibujaron en la arena las figuras de la llama, encontrada más tarde en los dominios de los Incas. Como la llama es muy parecida al camello, bestia de carga considerada como peculiar del Oriente y teniendo en cuenta el descubrimiento de las perlas y las notorias particularidades de la región los españoles confirmaron su hipótesis respecto a la vecindad del Nuevo Mundo a las Indias Orientales.

Aunque las noticias recibidas por Balboa y hasta sus propias esperanzas y conjeturas le tornaron extremadamente impaciente por visitar ese país desconocido, su prudencia le abstuvo de intentar invadirlo con un puñado de hombres exhaustos por el cansancio y debilitados por las enfermedades. Fue por esto que resolvió llevar a sus hombres a Santa María y regresar, en la próxima estación con fuerzas adecuadas.

Con el propósito de adquirir mayor conocimiento del Istmo, Balboa regresó por una ruta diferente que encontró no menos peligrosa y difícil que la que había tomado anteriormente. Pero para sus hombres, estimulados por el éxito y animados por la esperanza, nada era insuperable. Balboa regresó, pues, a Santa María de la que había estado ausente cuatro meses, con más gloria y más tesoros que los que los españoles habían podido adquirir en cualquier expedición anterior en el Nuevo Mundo. Ninguno de los oficiales de Balboa se distinguió más en esta ocasión que Francisco Pizarro ni ayudó con más coraje y entusiasmo que él en el establecimiento de comunicaciones con aquellos países en los que estaba destinado a desempeñar el más brillante papel.

El primer cuidado de Balboa fué informar de su importante descubrimiento al gobierno de España y pedir refuerzos de mil hombres para intentar la conquista de aquel país del que tenía tan halagadoras noticias. La primera relación del descubrimiento del Nuevo Mundo escasamente causó mayor regocijo que las inesperadas noticias de que al fin se había encontrado un paso al gran Océano del Sur. La comunicación con las Indias Orientales por una ruta hacia el Oeste de la línea de demarcación trazada por el Papa, parecía ahora cierta. La riqueza que fluía a Portugal desde sus colonias y conquistas en aquella región excitaron la envidia y provocaron la emulación por estos estados. El Rey Fernando esperaba ahora participar en ese lucrativo negocio y en su ansiedad por lograrlo, estaba dispuesto a realizar cualquier esfuerzo más allá del requerido por Balboa. Pero hasta en este empeño, su política de celos así como la fatal antipatía de Fonseca, entonces Obispo de Burgos hacia cada hombre de méritos que se distinguía en el Nuevo Mundo, fueron conspicuos.

No obstante los recientes servicios de Balboa que lo señalaban como la persona más capacitada para terminar la grandiosa empresa que había comenzado fue tan poco generoso que hizo caso omiso de esto y nombró a Pedro Arias Dávila, Gobernador del Darién. Le dió el comando de quince barcos buenos y de doce mil soldados. Estos fueron equipados a expensas del público y con una liberalidad que jamás Fernando había mostrado en ningún previo envío militar destinado al Nuevo Mundo; tanto fue el entusiasmo de los españoles al saber que un líder estaba listo a llevarlos a un país que, según la fama, sólo tenían que tirar sus redes al agua y sacar oro, que 1,500 hombres se inscribieron en su flota y su número habría sido mayor si las inscripciones no hubieran sido restringidas.

Inmediatamente después de su arribo al Golfo del Darién, Pedro Arias Dávila envió a un grupo de sus principales oficiales a tierra para que informaran a Balboa de su arribo con la comisión del Rey, como se fueron... No supo cómo lloraban cuando les decían: "Ese aguacate

Gobernador de la colonia. Para su asombro, los comisionados encontraron a Balboa, de cuyos hechos habían oído hablar tanto y de cuya opulencia se habían formado tan alta idea, vistiendo chaqueta de lona y calzando toscas sandalias de cáñamo usadas solo por los más miserables campesinos y ocupado, junto con algunos indios, en entechar su propio bohío. Hasta en esa fecha, que tan mal correspondía a las expectativas y deseos de sus inesperados huéspedes, Balboa los recibió con dignidad. La fama de sus hechos había arrastrado a tantos aventureros de las islas, que había logrado reunir 450 hombres. A la cabeza de tales veteranos, Balboa pudo ser inmejorable rival para las fuerzas que había traído Pedro Arias Dávila. Aunque sus tropas protestaron airadamente porque les habían reemplazado a su Comandante y porque extraños cosecharían ahora los frutos de sus penalidades y sacrificios, Balboa se sometió con implícita obediencia a la voluntad de su Soberano y recibió a Pedro Arias Dávila con todo la deferencia y honores que demandaron su rango y posición.

A pesar de esta moderación a la que Arias Dávila debió la pacífica posesión de su gobierno, ordenó una investigación judicial de la conducta de Balboa hacia Enciso y Nicuesa y le impuso fuerte multa por las irregularidades por las que se le había declarado culpable. Balboa sufrió resignadamente la vergüenza de ser sometido a juicio y castigo en un lugar donde había ocupado la primera posición. Pedrarias Dávila no pudo ocultar sus celos por los méritos de Balboa y fue por eso que el resentimiento del uno y la envidia del otro dieron lugar al florecer de disensiones extremadamente perjudiciales para la colonia. Dávila había llegado en julio, época la más desafortunada del año —mediados de la estación lluviosa— cuando las nubes dejan caer lluvias torrenciales desconocidas en los climas más templados. La villa de Santa María estaba situada sobre una llanura rica, rodeada de pantanos y bosques. La constitución física de los europeos no podía resistir la desastrosa influencia de tal localidad en un clima tan naturalmente nocivo y en una estación particularmente insalubre. Una terrible y mortal epidemia exterminó a muchos de los soldados de Arias Dávila y una extrema carestía de alimentos hizo más sensible el desastre toda vez que se hizo imposible encontrar remedios apropiados para los enfermos y el necesario sustento para los sanos. En treinta días perecieron más de 600 hombres. La tristeza y la desesperación se extendieron por la colonia. Muchos elementos principales solicitaron su licenciamiento y se contentaron con renunciar a sus esperanzas de riquezas a fin de escapar de esa región perniciosa. Buscándoles em-

pleo, Arias Dávila trató de conseguir que sus hombres no comentaran más la situación que confrontaban. Con esto en mente, envió varios destacamentos al interior del país para que exigieran oro a los nativos y localizaran las minas que producían ese precioso metal. Esos aventureros, más atentos a las ganancias del momento que a su futuro bienestar, saquearon sin restricción a los lugares por donde pasaban; sin tener en cuenta las alianzas que Balboa había logrado con los Caciques de la región, los despojaron de todo los artículos de valor que poseían y los trataron, así como a sus súbditos, con insolencia y crueldad.

Balboa, que vió con preocupación estos actos de tan mala calaña, demoró la ejecución de su plan favorito y envió violentas protestas a España contra el imprudente gobierno de Arias Dávila que había arruinado a una colonia floreciente y feliz. Por otra parte, Dávila acusó a Balboa de haber engañado al Rey exagerando sus propias proezas, así como de falsas representaciones de la opulencia y valor de la región.

Fernando, a la larga, se dió cuenta de su imprudencia al reemplazar al funcionario más activo y de experiencia que tenía en el Nuevo Mundo y en vía de compensación para Balboa lo nombró Adelantado o Teniente Gobernador de los países sobre el Mar del Sur con autoridad y extensos privilegios. Al mismo tiempo, ordenó a Dávila apoyar a Balboa en todas sus operaciones y a consultar con él cualquier medida que él mismo quisiera adoptar. Pero la realización de tan súbita transición de la inveterada enemistad a la perfecta confianza, excedía al poder de Fernando. Dávila continuó tratando a su rival con malignidad y la fortuna del Descubridor del Mar del Sur, exhausta por el pago de la multa impuesta y otras exacciones, le impidió hacer los debidos preparativos para tomar posesión de su nuevo gobierno. Al fin, mediante la intervención y exhortaciones de Juan de Quevedo, Obispo del Darién, ambos se reconciliaron y para hacer más firme esto, Dávila convino en dar su hija en matrimonio a Balboa. El primer efecto de este acuerdo fue el de permitir a Balboa realizar breves pero numerosas incursiones al interior del país. Estas fueron llevadas a cabo con tal prudencia que fortalecieron la reputación de Balboa. Muchos aventureros acudieron a él y con la ayuda y aprobación de su suegro, comenzó los preparativos para su expedición por el Mar del Sur. Para realizarla, era preciso y necesario construir barcos capaces de llevar a sus tropas a las provincias que se proponía invadir. Vencido que hubo muchos obstáculos y sufrido incontables penalidades, Balboa terminó la construcción de cuatro pequeñas bergantines. En ellos, con 300 hombres escogidos —fuerza muy superior a la que más tarde lle-

vara Pizarro a la misma expedición— estuvo listo para hacer velas al Perú cuando recibió un inesperado mensaje de Dávila. Como su reconciliación nunca fue sincera, los éxitos de su yerno habían revivido su vieja enemistad y aumentado su rencor. Dávila temía el encumbramiento del hombre a quien había herido tan profundamente. Sospechaba que sus triunfos lo envalentonaran hasta el punto de buscar la independencia de su jurisdicción y tan violentamente operaron en él las bajas pasiones, el odio, el temor y los celos que a fin de satisfacer su espíritu de venganza no tuvo escrúpulo alguno en acabar con una empresa de tan gran importancia. Con falsos pretextos pidió a Balboa suspender su viaje y reportarse a Acla fortaleza recientemente construída sobre las costas del Atlántico— a fin de celebrar una entrevista con él. Balboa obedeció inmediatamente al llamado pero tan pronto como entró al fortín fue arrestado por orden de Pedro Arias Dávila. Se le acusó de deslealtad al Rey y del plan de rebelarse contra el Gobernador. Fue juzgado y sentenciado a muerte y aunque los jueces que le sentenciaron secundados por todos los habitantes de la colonia intercedieron vigorosamente por su perdón, Arias Dávila se mantuvo inexorable y los españoles presenciaron, con asombro y dolor, la ejecución pública de un hombre a quien ellos consideraban como el más capaz de los que habían tenido comando en América y como el que ideó y realizó proezas inigualables. Cuatro de sus amigos compartieron la misma suerte mientras que Pedro Dávila, a pesar de la violencia e injusticia de sus actos, no solo fue exonerado de toda culpa por el Obispo Fonseca, de Burgos, punto, con otros cortesanos sino que se le dejó en el poder.

CAPITULO CUARTO

Dominadas las diferentes tribus nativas.— Fundación de la ciudad de Natá.—Reconstrucción de Nombre de Dios.—Rápida despoblación del Istmo.—Establecimiento de una colonia en Panamá.—Su florecimiento. Pizarro, Almagro y Luque se combinan para la conquista del Perú.—Su éxito.—Efectos producidos por él.—Los Galeones españoles.—La Feria anual de Portobelo.—Estado floreciente del Istmo.—(1517-1550).

* * *

La desfavorable impresión producida en España por los resultados fatales de la primera armada y el desengaño sufrido por muchos de los que siguieron su curso fueron más que compensados por los frecuentes informes de las cantidades de oro y perlas logradas y que excedieron en mucho a las hasta entonces obtenidas en las Indias Occidentales. Expediciones tras expediciones llegaron a Castilla del Oro y aunque el clima causó terribles bajas entre los recién llegados y la inusitada fatiga pusieron a más de un valiente aventurero al borde de la tumba, el Gobernador Pedrarias Dávila, en su propósito de explorar y someter al país, nunca necesitó líderes ni hombres para que le siguieran. Grupos dispersos infestaron todo el Istmo desde el Darién hasta Veragua despojando del oro y otros artículos valiosos a los indios y sometiendo a sus caciques,

esposas, hijos y súbditos a la esclavitud. Muchas de las tribus se sometieron en silencio al yugo de hombres a quienes no podían resistir; otros tomaron las armas y con heroísmo digno de mejor suerte, no solo lograron detener el avance de los invasores sino que preservaron su propia independencia. Los Caciques Tontanque, Chame, Cheni, Escolina, Penonomé, París, Parita y otros que pudieron presentar resistencia efectiva si hubieran actuado de acuerdo, fueron conquistados sin dificultad en sus esfuerzos aislados y tuvieron que comprar su libertad con fuerte cantidad de aquel metal que era el único objetivo de las ambiciones españolas. Entre los peninsulares que se distinguieron en la guerra de guerrillas figuraron Tello de Guzmán, Diego de Albites, Francisco Pizarro y Gaspar de Espinosa. Este último, un abogado, se hizo particularmente prominente y a él se debe el descubrimiento de la mayor parte de la costa meridional del Istmo. En 1517 sometió al opulento Cacique Natá; destruyó su villa y fundó en su lugar a la ciudad de Natá, la primera colonia sobre la costa del Pacífico y la única de las colonias que ha sobrevivido a las vicisitudes de la fortuna. Pero aunque el mismo Cacique Natá quedó impotente, los colonizadores tuvieron que librar constante guerra de guerrillas con el Cacique Urracá y pasaron muchos años antes de que pudiera establecerse verdadera tranquilidad en esa región del país.

Mientras los sectores meridionales eran gradualmente sometidos poco progreso se había logrado en la costa septentrional de Veragua que aún permanecía en manos de los indios. En 1518 se hizo un nuevo intento por colonizarla de parte de Diego de Albites pero tal como el de Colón y Nicuesa, resultó inútil. Albites y sus hombres fueron obligados a salir y al llegar a Nombre de Dios comenzaron a reconstruir la población de la cual solo quedaban las tumbas de los hombres de Nicuesa.

Aunque todas estas expediciones tendían a familiarizar a los españoles con el país, ellas fueron de lo más fatales para los nativos. Los últimos disminuyeron en número con rapidez asombrosa y su extinción habría sido completa si no hubiera sido por los esfuerzos de los hombres encargados de la conversión de la raza infeliz tan tempranamente expuesta a los injustos procedimientos de los españoles. Ellos defendieron la libertad de los indios con perseverancia y celo que les ha merecido recordación y méritos y aunque no lograron la completa emancipación de los nativos y la abolición total de los "repartimientos", sus esfuerzos no fueron totalmente perdidos. Muchos de los más brutales abusos fueron reprimidos y se llevó a cabo una estricta investigación de la conducta de los Gobernadores de Indias. Se enviaron frailes a América para inspeccionar y controlar los gobiernos coloniales. El Darién era demasiado importante para ser me-

no apreciado y muchos venerables sacerdotes llegaron a Santa María. Pero Pedrarias Dávila no era un hombre que iba a ser controlado y restringido por nadie. Estaba tan disgustado por la llegada de los frailes que resolvió escapar a su autoridad fundando una colonia sobre la costa del Pacífico. El lugar que escogió fue Panamá insignificante villa india, que derivó su nombre de la gran cantidad de pescados que allí se obtenía. El lugar parecía estar excesivamente bien adaptado para sus propósitos. Rodeado por llanuras cubiertas de hierba, gozaba de un clima mucho más saludable que el de Santa María y tenía, además, la ventaja de estar situado en el punto más angosto del Istmo y sobre las orillas de una cómoda bahía. Ningún punto podía ser más ventajoso para proseguir los descubrimientos en el Mar del Sur o para ofrecer mayores facilidades al comercio y la agricultura. Empero, todas estas ventajas evidentes no pudieron, al principio, inducir a los españoles a establecerse allí. Muy a menudo habían experimentado las inconveniencias y calamidades que azotaban a toda nueva colonia y Arias Dávila tuvo grandes dificultades para persuadir a unos pocos a satisfacer sus deseos. Al fin tuvo éxito y las primeras casas fueron construídas en 1518. Su próximo paso fue el de distribuir las villas indias de la vecindad entre los los nuevos colonos y el de escribir a España pidiendo autorización para trasladar la colonia de Santa María a Panamá. El permiso le fue concedido con rapidez asombrosa y Panamá, aumentando en población y riqueza por el influjo así alcanzado, obtuvo a principios de 1521 el título de Ciudad, su escudo de armas y extensos privilegios, a saber: disminución de impuestos, el pago de los gastos de hospitales por el Tesoro Real y la ayuda del gobierno a cualquier expedición que se formara para realizar descubrimientos en el Mar del Sur. Se introdujeron muchas otras mejoras. Se dió pasaje gratis a todos los que inmigraban con sus familias; se dictaron órdenes para la acuñación de monedas de plata y cobre más fácilmente manejables para el torpe cambio de piezas de oro que hasta entonces se estaba usando en lugar de dinero; se nombraron muchos funcionarios para ocupar cargos eclesiásticos y políticos; fue prohibida la importación de negros hacia la cual existía gran aversión y se dictaron órdenes para la compra de un reloj y un órgano para la Catedral.

Bajo estas favorables circunstancias, Panamá pronto se convirtió en una ciudad floreciente, la región fue centro de industrias; pueblos y villas surgían por doquiera y las operaciones mineras y agrícolas alcanzaron extensión considerable; se construyó un camino para unir a Nombre de Dios con Panamá y el Istmo, avanzando rápidamente por esta serie de

mejoras, parecía destinado a convertirse en la más importante de las colonias españolas si no hubiese ocurrido un acontecimiento que cambió totalmente el aspecto del panorama.

Desde que Vasco Núñez de Balboa recibió noticias de que una gran nación estaba situada hacia el sur poseyendo metales preciosos en abundancia y estando muy avanzada en las artes de la civilización, varias expediciones armadas fueron preparadas, para penetrar en esa región tan incitadora. Empero, el vasto tramo de tierra que existía entre las colonias del Istmo y las provincias septentrionales del Perú, presentaba tantos obstáculos a su progreso que obligaban a abandonar sus intentos. Desalentados por esta realidad, la furia por los descubrimientos en esa dirección se apagó y fue la opinión general de que Balboa había fundado sus esperanzas en el cuento de un indio ignorante, mal comprendido y calculado para engañar y defraudar. Sin embargo, entre los españoles que se habían establecido en Panamá había tres hombres que disintiendo de esta opinión general y ofreciendo pruebas contra el desaliento así engendrado, se combinaron para dominar el imperio de los Incas. Estos hombres fueron Francisco Pizarro, Diego de Almagro y Hernando de Luque. Cada uno decidió arriesgar su fortuna en la gran aventura. Pizarro, el más rico de los tres, ofreció ocupar el puesto de peligro y comandar los barcos y tropas reunidas para la audaz empresa.

Después de vencer muchos obstáculos que se oponían a su progreso como el clima, la obstinación de Don Pedro de los Ríos que había sucedido a Pedro Arias Dávila como Gobernador de Panamá y padeciendo toda suerte de penalidades, Pizarro invadió al Perú y ayudado por los refuerzos enviados por sus asociados desde Panamá, logró conquistar ese país. Poco tiempo después, Almagro sometió a Chile.

La inmensa cantidad de oro y plata que obtuvieron fue más allá que cualquier cosa que los españoles habían concebido de las riquezas del Nuevo Mundo. Esos tesoros oscurecieron las riquezas de los demás países y actuaron como choque eléctrico en la mente de los panameños. Multitudes acudieron a las regiones recién descubiertas. El Istmo quedó casi desierto y el Gobernador confrontó muchas dificultades para retener a los funcionarios más principales en sus puestos. La excitación no fue menor en España. La fama del Perú atrajo a crecido número de licenciosos y con ellos surgieron las disenciones y la guerra civil desgraciada por muchos años a las armas españolas en esa parte de América. Cada grupo, así que alternativamente prevalecía en la lucha, gradualmente limpiaba al país de buen número de espíritus turbulentos, ejecutando, proscri-

biendo o desterrando a sus oponentes. Así se estableció, a la larga, la tranquilidad. Hombres menos emprendedores, menos desesperados y más acostumbrados al ajetreo en el campo de la industria sobria y pacífica, se establecieron en Perú y Chile.

El Istmo, que durante todo este trascendental periodo había sido abandonado, era ahora seriamente atendido y comenzó a sentir los beneficios de un descubrimiento al cual había dado origen. Quedó convertido en un Estado con el nombre de "Audiencia de Panamá". La colonia de Nombre de Dios fue trasladada a Portobelo por orden de Felipe II y aunque no ganó mucho en cuanto a salubridad, tenía la ventaja de una excelente bahía. Este puerto sobre una costa del Istmo de Panamá sobre la otra llegaron a ser las llaves de la comunicación entre el Atlántico y el Pacífico, entre España y sus colonias más valiosas. Todo el comercio estaba monopolizado por el gobierno y el intercambio de la Madre Patria con las colonias era realizado por una flota enviada anualmente a Portobelo. Esta flota, integrada por un escuadrón de barcos llamados "Galeones" estaba destinada a suministrar a Chile, Perú, Ecuador y a las regiones occidentales de Nueva Granada casi todos los artículos de lujo y alimentos necesarios que pudieran demandar las personas acomodadas. Partían de Sevilla, tocaban primero en Cartagena y luego en Portobelo. Al primer lugar acudían comerciantes de Santa Marta, Caracas y otras poblaciones pero el último era el gran mercado para el rico comercio de Perú y Chile. En la época en que eran esperados los Galeones, los productos de las minas de esos dos estados junto con otros artículos valiosos eran transportados por mar a Panamá. Luego, tan pronto como se anunciaba la aparición de flotas de Europa, esos artículos eran transportados en mulas, a través del Istmo, rumbo a Portobelo.

Esta villa miserable cuyo clima, producto de la unión perniciosa del excesivo calor con la continua humedad y las pútridas exhalaciones emanadas de un terreno exuberante --el más peligroso para la salud--, fue habitada inmediatamente por miles de miles de personas. Siendo la residencia de unos pocos negros y mulatos así como de una pequeña guarnición relevada cada tres meses, súbitamente adquirió un aspecto diferente y sus calles se vieron atestadas de ricos comerciantes del Perú y provincias adyacentes. Se abrió una feria: la riqueza de América fue cambiada por productos europeos y dentro del plazo fijado de cuarenta días, el comercio más rico sobre la faz de la tierra comenzaba y terminaba con esa simplicidad de transacción y esa ilimitada confianza que acompañan al intercambio extenso. Jamás fue abierto un bulto de mercancías ni jamás fue

examinada una caja de tesoros; ambas cosas eran recibidas a base del crédito de las personas a quienes pertenecían y solo se registró un caso de fraude durante el largo período en que se desarrolló el intercambio con aquella confianza liberal. Todo el dinero acuñado que fue traído del Perú a Portobelo resultó adulterado y mezclado con una quinta parte del metal básico. Los comerciantes españoles, haciendo honor a su integridad, asumieron la pérdida e indemnización a los extranjeros para los cuales trabajaban. El fraude fue descubierto y el Tesorero de Rentas en Perú, su autor, fue quemado en público.

Por este intercambio, Panamá llegó a ser un lugar de importancia. Sus comerciantes, por cuyas manos pasaba la mayor parte de la valiosa carga, fueron considerados como los más ricos en toda la costa; sus edificios hablaban de la opulencia de sus propietarios y la ciudad aumentó tanto en prosperidad que se le llamó la "Tacita de Oro". Panamá ocupó esta brillante posición durante muchos años hasta que distintas causas contribuyeron a su decadencia y la llevaron a un estado de miseria y postración de la cual solo la energía de la raza teutónica fue capaz de sacarla.

CAPITULO QUINTO

Aparición de los piratas.—El primer inglés que navegó en el Pacífico.—Los Bucaneros.—Henry Morgan.—Su resolución de atacar a la ciudad de Panamá.—Ataque al Castillo de San Lorenzo.—Marcha a través del Istmo.—La Batalla de Panamá.—Captura de la ciudad.—Regreso de los piratas a Chagres.—Escapada de Morgan y su vida posterior. (1551-1671)

* * *

Los tesoros constantemente transportados a través del Istmo por los españoles desde sus posesiones sobre las costas americanas del Océano Pacífico no escaparon a los ojos vigilantes de los piratas que, hacia la mitad del Siglo XVI, crecían en número en el Mar Caribe. Sin embargo, los Galcones estaban demasiado bien armados para que se les atacara sin impunidad. Por lo tanto, hubo que recurrir a otros planes.

En 1572, dos pequeños barcos llamados el *Blanche* y el *Swan*, fueron fletados en Inglaterra y su comando se le entregó a Francis Drake y a sus hermanos. El objeto de esta expedición era el de interceptar un tesoro de gran valor que se decía iba a ser transportado desde Panamá a Nombre de Dios. Habiéndosele unido en las costas de América del Sur otro barco, Drake desembarcó en Nombre de Dios, desmontó sus cañone

y mientras las campanas daban la señal de alarma y redoblaban los tambores, se dirigió al mercado. Allí se libró una lucha desesperada y sangrienta en la que Drake resultó herido pero sabiendo que si el valor del jefe fallaba, fallaría también la voluntad de pelear de sus hombres, sabiamente ocultó el hecho. Uno de sus más fieles compañeros, John Oxenham y su hermano, al frente de 16 hombres se dirigió a la Casa del Tesoro Real encontrando allí pilas de plata y mucho más en la residencia del Gobernador. Drake dijo a sus hombres: "Os he traído al tesoro del mundo y si fallan en obtenerlo solo ustedes tendrán la culpa". Aquí, sin embargo, por la pérdida de sangre le fallaron las fuerzas. Sus hombres le vendaron la herida y se lo llevaron, a la fuerza, a su bote. Al recobrar la salud, Drake decidió cruzar el Istmo pero habiendo perdido a tantos hombres por las enfermedades, entre ellos a sus hermanos John y Joseph, trasladó sus fuerzas a los barcos. El Swan fue hundido. Su objetivo era interceptar una recua de mulas cargadas de tesoros para el Rey. Al encontrarla, la atacó y persiguió a los encargados del tesoro hasta Cruces dando estrictas órdenes a sus hombres de no herir a las mujeres ni a los hombres desarmados. En sus merodeos, los invasores llegaron a un árbol alto; varios treparon a él y contemplaron jubilosos al Gran Pacífico, océano totalmente cerrado a los ingleses.

Entre aquellos que acompañaban a Drake estaba John Oxenham quien parece haber sido el favorito del Capitán. Oxenham poco después regresó al Istmo para tantear fortuna en un arriesgado plan de corso. En 1575, Oxenham llegó a la costa atlántica del Istmo en un barco de 140 toneladas y con solo 70 hombres. Sabiendo que desde el intento de Drake, el tesoro de los españoles estaba fuertemente protegido concibió un plan de acción tan audaz como original. Llevando su barco hasta la costa, lo cubrió con ramas de árboles, enterró todos los cañones menos dos de los más pequeños y dejando a un hombre como guardián, marchó con el resto al interior. Pronto llegó a un río que corría hacia el sur. Construyó una piragua de 45 pies de largo y en ella descendió el río hasta llegar al Mar del Sur. Siguió su viaje hacia la Isla de las Perlas, capturó un barco que llevaba 10.000 pesos en oro y poco después cayó otro con 100.000 pesos plata. No satisfecho aún, siguió hacia las islas en donde abundaban las perlas. Habiendo logrado una cantidad pequeña, salió con su bote y su botín hacia la desembocadura del río que había descendido y después de haber puesto en libertad a los barcos capturados, comenzó a ascenderlo. Sin embargo, la demora de 15 días en la Isla de las Perlas, le fue fatal. La misma noche que dejó esas islas, los negros salieron para Panamá a

informar lo sucedido. Cuatro barcos, cada uno con 25 hombres armados a bordo, además de los negros remeros y todos bajo las órdenes de Juan Ortega, fueron enviados inmediatamente en persecución de Oxenham. Estos pronto encontraron las embarcaciones que Oxenham había puesto en libertad y de su hombres supo Ortega la dirección que habían tomado los piratas. Remando durante muchos días contra la corriente llegaron al lugar en donde provisionalmente se había enterrado el tesoro. Se lo llevaron precipitadamente satisfechos del éxito de la empresa. Sin embargo el inglés, al regresar a ese sitio y enterarse de que su tesoro había desaparecido, salió en busca de los españoles sin tener en cuenta la diferencia en número de hombres. El resultado: cayeron en una emboscada y fueron totalmente derrotados. Poco después, otro grupo de españoles descubrió el barco de Oxenham con sus almacenes y depósitos que tanto trabajo les costó ocular.

Los ingleses que sobrevivieron a esta serie de infortunios vivieron por algún tiempo entre los indios del Darién, dedicados a la construcción de canoas en las que confiaban escapar pero fueron apresados por los españoles y conducidos a Panamá en donde Oxenham y sus compañeros, con la excepción de cinco muchachos, fueron ejecutados. De esta manera terminaron los primeros ingleses en navegar por el Océano Pacífico.

Drake, después de su famoso viaje alrededor del mundo fue instrumento de la Reina Elizabeth contra Fernando II. En el año 1655, la Reina de Inglaterra preparó una expedición destinada a asestar un golpe mortal al poderío de España, atacando a las Indias Occidentales. Pero esa armada, integrada por seis barcos, fue infortunada. Sir John Hawkins, uno de sus Comandantes, murió. El barco más pequeño de Drake fue apresado por los españoles que, sometiendo a su tripulación a crueles torturas, consiguieron información respecto a los planes de la expedición; por eso, cuando Drake atacó a Puerto Rico lo encontró totalmente preparado para la defensa. Dejando a esta isla, se tomó e incendió a Río Hacha, Ranchera, Santa Marta y Nombre de Dios no apoderándose más que de veinte toneladas de plata y dos barras de oro. Mientras Drake permanecía en la bahía de Nombre de Dios, Sir Thomas Kaskerville con una parte de las fuerzas de desembarque intentó cruzar el Istmo y destruir la ciudad de Panamá, pero una enfermedad fatal apareció entre los soldados y marineros a la vez que lo privó de los servicios de su cirujano jefe. Más tarde perecieron muchos de sus hombres y tres Capitanes y el mismo Drake cayó enfermo. Después de una valiente lucha de veinte días con su enfermedad y debilitado por la pena ocasionada por su fracaso, Sir Thomas expiró el 28 de diciembre de 1655. El mismo día que su flota

ancló frente a Portobelo y a la vista del lugar que anteriormente se había tomado y saqueado su cadáver fue arrojado al mar.

El audaz intento de Oxenham y Drake llenó al Istmo de aprehensiones y movió a los españoles a adoptar un sistema más regular de defensa que el que su soñada seguridad les había demandado hasta entonces. Poco pensaron, sin embargo, en que estos acontecimientos eran solamente el preludio de la espantosa tragedia que iban a tener como escenario el país. Los actores principales en esta tragedia cuyos nombres fueron por casi un siglo el terror de la costa y azote del mar fueron los bucaneros, agrupación tan singular como formidable, surgida a la vida por la despótica administración de las colonias españolas. Los mismos peninsulares se sintieron oprimidos por las restricciones impuestas al comercio y estimularon a los intrusos extranjeros que les suministraban a precios más bajos los artículos que legalmente no podían obtener sin pagar altos impuestos. Los comerciantes ingleses pronto aparecieron y, como por una parte las autoridades los trataban como enemigos y hasta como piratas y por la otra se veían atraídos por los rendimientos del comercio de contrabando, pronto adoptaron la preocupación de ir bien armados.

Las crueldades cometidas por los españoles contra los aborígenes de Cuba trajeron como resultado la despoblación de esa excelente isla. Al mismo tiempo, el ganado se multiplicó en gran número y fue trasladado a los campos estériles del sector occidental. Esto, consecuentemente, vino a ser el punto de reaprovisionamiento de todos los barcos extranjeros que cruzaban los dominios de España o perturbaban su comercio. Los cazadores españoles sacrificaban el ganado, secaban la carne y la preparaban conforme a los métodos caribes, sobre zarzos levantados a pocos pies del fuego. Este modo de preparar la carne era llamado por los indios "boocan", nombre que se aplicó al aparato usado para el proceso y a la misma carne. Por tanto, las personas encargadas de procurar provisiones para los viajes, adaptando el lenguaje a los hábitos de los nativos, se llamaron a sí mismo, bucaneros. Una gran mayoría de estos aventureros eran ingleses y a medida que su comercio de contrabando degeneró en piratería, asumieron el "honorable" nombre de filibusteros. Hubo una alianza natural entre filibusteros y bucaneros; dependían unos de otros; el pasatiempo de un grupo era vivir en el mar mientras que el del otro era el de permanecer en tierra. Es probable que en algunos casos los piratas lograran sus propias provisiones uniendo así ambas profesiones en una sola persona. En general, los filibusteros difirían mucho de los marinos y en el devenir de los días, la mayoría de ellos fueron franceses

mientras que los piratas fueron ingleses. Aún así, los aventureros de esas dos naciones —Francia e Inglaterra— caprichosamente juzgaron conveniente tomar el nombre de sus profesiones del idioma de los otros como si la “respetabilidad” de su profesión pudiera ser realzada o su criminalidad aminorada por el uso de un nombre extranjero. De esta manera, los ingleses se llamaron a sí mismos, bucaneros mientras que los franceses prefirieron el título de filibusteros.

Todos los aventureros, de cualesquier nación que fueran, hicieron de los españoles el único blanco de sus ataques. Un sentido de interés común los unió y los juntó en una sociedad que se llamó “Los Hermanos de la Costa”. Los bucaneros tenían costumbres peculiares que ya por necesidad o tradición, adquirieron la autoridad de la ley. Su código de moralidad era tal como el que debía esperarse entre hombres que, mientras renunciaban relaciones amistosas con el resto de la humanidad, dependían cada cual de la fidelidad del otro. Cada bucanero tenía un compañero que era el heredero de todos sus bienes. En algunos casos existió la comunidad de propiedades. La negligencia en el vestir y hasta la suciedad personal fueron prescritas como lo más conveniente para sus fechorías. Pero en caso de guerra entre sus naciones y España podían conseguir misiones, listos siempre a tomar el nombre de piratas.

El aumento en número de los bucaneros fue mirado con satisfacción por los otros países europeos. Con la relajación de la moralidad política entonces imperante, razonaban que podían beneficiarse por procedimientos ilegales que, al mismo tiempo, no estaban obligados a acatar. Varias colonias fueron afectadas por estos aventureros en todas las islas de las Indias Occidentales; por lo general, individuos de la misma nacionalidad se agrupaban y a medida que crecían en importancia eran reclamados por la Corona a la que estaban sujetos la mayoría de la colonia. Los piratas se sentían satisfechos de encontrarse protegidos o tolerados por los gobiernos legales en vista de los prospectos de las colonias que ofrecían mercado creciente para su comercio.

Tomando más confianza en su poderío, los piratas se apoderaron de la pequeña isla de Tortuga. Este fue el primer paso de los bucaneros para constituirse en un cuerpo independiente. Más tarde, la severidad de los españoles los obligó a cobrar mayor importancia. Un pelotón de tropas españolas sorprendía a Tortuga mientras la mayoría de los bucaneros estaba cazando en tierra firme o viajando. Los españoles ahorcaron sin distinción y sin misericordia a aquellos que sorprendieron por piratas. Empero, la seguridad nacional y el afán de lucro tuvieron más influencia

que terror y las filas de los bucaneros, por lo tanto, fueron rápidamente repuestas después de la pérdida de Tortuga. Con este golpe aprendieron la necesidad de observar más regularidad en sus proceder y por la primera vez eligieron a un Comandante. Como no reconocían reclamos a rangos y solo exigían conducta y valor, todos sus líderes fueron notables por sus proezas personales y actos audaces; jamás tuvieron escrúpulos y sus crueldades mancharon las glorias de sus éxitos.

Entre los más notorios y afortunados de estos líderes surge la figura de Henry Morgan, bajo cuyo gobierno los asuntos de los bucaneros alcanzaron su estado más floreciente. Su padre era agricultor pero el joven Morgan demostró poca intención de seguir esta profesión pacífica. A temprana edad abandonó el hogar para buscar un empleo más a tono con su genio activo y al llegar a uno de los puertos marítimos se unió a un barco presto a salir para Barbados. Poco después de haber llegado ese barco a su destino y de acuerdo con las prácticas de aquellos tiempos, Morgan fue vendido como esclavo y tuvo que servir un buen número de años en esa capacidad. Habiendo recobrado al fin su libertad siguió a Jamaica para probar fortuna una vez más. Allí encontró dos barcos piratas listos para hacerse a la mar y careciendo de empleo, no vaciló en unirse a ellos. Una nueva carrera se abría ante él. Rápidamente adquirió los hábitos y costumbres de los piratas y habiendo ahorrado algún dinero durante viajes exitosos, convino con varios amigos fusionar sus haberes para la compra de un barco. Esto fue realizado con prontitud y Morgan fue elegido Comandante del mismo.

Morgan tomó rumbo hacia la costa de Campeche y regresó a Jamaica con varios barcos capturados. Fue entonces que Mansvelt, un viejo pirata, viendo a Morgan en posesión de tan valiosas presas y formándose alta opinión de su talento y arrojo para la piratería, le ofreció el comando, como Vice-Almirante, de una flotilla consistente de 15 barcos y 500 hombres que había formado con el propósito de invadir al continente americano. Morgan aceptó la oferta y se hizo prominente en su nueva posición. Se tomó numerosas poblaciones y después de la muerte de Mansvelt, le fue conferido por unanimidad el puesto de Comandante en Jefe.

Después de esta investidura, las proezas de Morgan fueron de la naturaleza más audaz. Con un grupo de 700 hombres se tomó la población de Puerto Príncipe en Cuba. Su próxima acción fue dirigida contra Portobelo. Solo tenía ya 450 hombres pero su avance fue tan rápido que cayó sobre la ciudad por sorpresa y la encontró desprevenida. Al asaltar el Castillo obligó a sus prisioneros, personal religioso de ambos sexos en su

mayoría, a colocar los aparejos de escalamiento en las murallas. Cuando la guarnición se rindió la cerró en el Castillo e incendiando el depósito de municiones destruyó el fuerte junto con sus defensores. Más tarde saqueó a Maracaibo y a la vecina población de Gibraltar. Envalentonado por sus éxitos consultó con sus oficiales sobre cuál de estos tres lugares

Panamá, Cartagena y Veracruz— debía ser objeto del próximo ataque. Como se estimaba a Panamá como la más rica, esta ciudad fue la escogida.

Los bucaneros opinaban que era más expedito invadir al Istmo siguiendo el río Chagres hasta Cruces y de allí seguir por tierra a Panamá. Y hasta este plan, el más practicable de los que podían imaginarse, estaba preñado de dificultades. La desembocadura del río estaba protegida por el Castillo de San Lorenzo que se levantaba sobre una alta roca cuya cima estaba dividida en dos partes por una zanja. Farallones cubiertos con tierra, o mejor dicho, palisadas, rodeaban el edificio formando su única entrada un puente levadizo. Hacia el de tierra tenía cuatro baluartes: dos hacia el mar y el sector meridional era inaccesible por la inclinación de la roca mientras que el sector septentrional estaba protegido por el lecho del río. La falda de la roca estaba protegida por una batería que dominaba la desembocadura del Río Chagres que, a su vez, estaba protegido por una roca sumergida. La guarnición compuesta de 314 hombres; estaba bien armada y preparada para el ataque ya que había sido previamente advertida del peligro.

Morgan hubiera iniciado personalmente las operaciones pero en esos días estaba ocupado en la Isla de Santa Catalina. Para no perder tiempo, envió cuatro barcos, un bote y 400 hombres bajo las órdenes del Capitán Brodley con la misión de abrir el camino para la fuerza principal. No bien había llegado la flotilla a vista del Castillo cuando los españoles abrieron fuego tan bien dirigido y mantenido con tal espíritu que los piratas fueron forzados a buscar refugio en una pequeña bahía como a una legua de distancia. Hombres menos acostumbrados a empresas difíciles y peligrosas habrían desistido del asalto a un lugar tan bien defendido pero los bucaneros, por más desalentados que hubieran podido quedar, se prepararon para un ataque formal. Desembarcando en las primeras horas de la mañana siguiente, se abrieron paso a través de los bosques llegando frente al castillo como a las dos de la tarde. Aunque ocultos, aparentemente, por la frondosidad del bosque, sus movimiento habían sido percibidos y no bien se habían colocado a tiro de cañón cuando los españoles abrieron fuego contra ellos, matando a muchos antes de que el resto pudiera efectuar el audaz asalto al castillo. Sin embargo, continuaron avanzando en una mano la espada y la granada en la otra. Pero la guarnición se defendió bien hasta el extremo que el plan de escalar las mu-

rallas e incendiar las palisadas fracasó y la retirada se hizo inevitable.

Este revés no debilitó en nada la determinación de los piratas. Al caer de la noche se hizo otro asalto. Como anteriormente, su objetivo era el de incendiar las palisadas pero probablemente no hubieran otra cosa que el fracaso anterior si un fortuito accidente no les hubiera prestado ayuda. En el calor del tumulto se incendió una sección del edificio. Puestos la atención y los ojos de todos sobre los asaltantes, el incendio pasó desapercibido hasta que llegó a un barril de pólvora. La explosión que siguió causó la mayor consternación dentro de las murallas; siendo el agua escasa, las llamas se extendieron rápidamente, iluminando la escena de destrucción y revelando a la guarnición aterrizada los rostros salvajes de los piratas. Estos aprovecharon la ventaja de la confusión para incendiar las palisadas y trataron de escalar las murallas; los españoles, anticipándose a este acontecimiento, arrojaron sobre ellos potes llenos de material combustible y peleando con valentía y firmeza lograron por un momento contener el avance de los invasores. A pesar de sus denodados esfuerzos, los españoles siguieron perdiendo terreno y su número fue disminuyendo notablemente. Al rayar el alba, la fortaleza era una mera ruina; las llamas habían abierto numerosas brechas, la tierra había caído a la zanja removiendo de esa manera uno de los mayores obstáculos para entrar a la fortaleza. Mientras tanto, el combate se mantuvo pero al mediodía, los ingleses ganaron un paso defendido por 25 hombres comandados personalmente por el Gobernador. Se entabló una tremenda y sangrienta lucha. El Gobernador, reuniendo a todos sus hombres y desdeñando todo cuartel, peleó hasta que un disparo de fusil lo mató. Inmediatamente terminó la resistencia y el resto de la guarnición escapó o se tiró al mar. De aquel grupo de 314 hombres solo 30 fueron hechos prisioneros.

La victoria había sido comprada a muy alto precio por los piratas. Tuvieron cien muertos y 70 heridos. Por los prisioneros supieron que el Gobernador de Panamá, habiendo sido informado de la proyectada invasión como tres semanas antes del ataque había enviado, en consecuencia, 164 hombres para reforzar a San Lorenzo y preparar emboscadas a crillas del Río Chagres. Además, había colocado 2.600 hombres en las llanuras de Panamá para rechazar, si ello era necesario, cualquier ataque a la capital.

Los piratas despacharon inmediatamente un barco para poner al corriente al Almirante de los bucaneros del éxito del asalto y la naturaleza de la información obtenida de los prisioneros. Pocos días después, toda

flota pirata se presentó a la vista y los colores ingleses se vieron flameando en San Lorenzo, castillo que hasta entonces fue considerado como inexpugnable. La ansiedad de los comandantes de los barcos por llevarlos al río, resultó desastrosa. Desconocedores de la amenaza de las rocas sumergidas en la desembocadura del río, cuatro barcos, entre ellos el de Morgan, encallaron y las tripulaciones a duras penas lograron llegar a tierra.

El arribo de la flota dió nuevo impulso a la realización de la invasión. Obligando a los prisioneros españoles a trabajar y por sus propios esfuerzos, el castillo fue parcialmente restaurado y se dejó a 500 hombres encargados de su defensa. Los barcos costaneros de los peninsulares que aún permanecían en el río y que usualmente llevaban de dos a tres cañones fueron incautados y se tomaron todas las precauciones posibles para asegurar una retirada segura.

El 18 de enero de 1671 quedaron terminados los arreglos necesarios y ese mismo día embarcó Morgan con 1.200 hombres en cinco botes y 32 canoas rumbo a Panamá.

Subiendo el río Chagres se presentaron innumerables impedimentos: corriente rápida, falta de práctica en el manejo de las sobrecargadas canoas de fondo plano y una tremenda escasez de víveres. Las emboscadas que los españoles habían preparado a orillas del río y que Morgan intentaba sorprender y despojar de sus provisiones, abandonaron sus puestos mucho antes de que llegaran los piratas, presas del terror general que había producido la caída de San Lorenzo. Exhaustos por la fatiga y atormentados por el hambre viajaron seis días sin llegar a Cruces, villa que, bajo circunstancias ordinarias, podía ser alcanzada en 36 horas. Muchos comenzaron a murmurar y maldecir el día en que se engancharon en una empresa que, al parecer, no podría ser cumplida. Pero Morgan, respaldado por la mayoría, logró acallar el descontento y levantó sus espíritus con las tentadoras promesas de futuros triunfos y de inmediatos prospectos de riquezas tan pronto como llegaran a Cruces.

Al fin llegaron al término de su viaje pero grande fue la desilusión de los piratas al encontrar la mayor parte de las casas en llamas y la población abandonada por sus habitantes; con la sola excepción de 17 cántaros llenos de vino del Perú, un depósito de pan, perros y gatos, los alimentos de toda clase habían sido removidos. Ya la marcha sobre Panamá fue emprendida con mayor ansiedad. Luego que las canoas y botes fueron enviados a alguna distancia del río para impedir que fueran cap-

turados por los españoles, los piratas entraron a los bosques que se extendían desde Cruces hasta las llanuras de Panamá. Los istmeños habían aprovechado las ventajas de su densidad para colocar en distintos sitios grupos de indios que armados de arcos, flechas y jabalinas, atacaron a los invasores en distintas ocasiones.

A pesar de los múltiples obstáculos que le salían al paso, Morgan y sus hombres continuaron la marcha y al noveno de su partida de Chagres contemplaron por primera vez al majestuoso Mar del Sur. Después de haber pasado tantos días entre la obscuridad y monotonía de los bosques tropicales, la magnificencia del escenario tan súbitamente presentado, causó agradable impresión en los bucaneros. Ante ellos ondulaba el Océano Pacífico animado por barcos y el espléndido grupo de Islas justamente llamado el Jardín de Panamá; alrededor de ellos se alargaban las llanuras preñadas de árboles florecidos y de arbustos y con numerosas reses pastando entre ellos. El paisaje era tan encantador que todos rompieron en exclamaciones de júbilo que llegó a su más alto grado cuando, al atardecer, divisaron los campanarios de las iglesias de la ciudad de Panamá. Los tambores redoblaron, se dispararon fusiles, sonaron trompetas y el contento se hizo general. Después de instalado el campamento, se asaron novillos y pareció olvidarse todas las fatigas. Por primera vez, desde que comenzó la invasión un profundo sueño, no perturbado por los grupos de soldados que ocasionalmente vigilaban los movimientos de los hombres, cayó sobre sus cansados cuerpos.

La ciudad de Panamá, en ese entonces, estaba situada como a seis millas al este de su sitio actual. El viajero aún encuentra las ruinas de esa ciudad una vez opulenta, aunque casi escondida por una lujuriosa vegetación; aún encuentra escombros de numerosos edificios públicos, la torre de la Catedral, las paredes de las iglesias, puentes, torrecillas, cisternas y parcialmente, el pavimento de las calles, todo invadido por gigantescas higueras, arbustos, enredaderas... pero en vano buscará la comunidad emprendedora de la que Francisco Pizarro sacó sus más audaces compañeros para la conquista del Perú. El sitio está desierto. Las exhalaciones insalubres y los insectos venenosos a cualquier ser humano vivir en él y los pumas, iguanas, lagartos y culebras ocupan hoy los lugares en donde antes se había planeado la conquista de un Imperio.

El día anterior al asalto de Morgan, Panamá presentaba un aspecto diferente. Siete mil casas construidas con maderas preciosas, en las que el país abunda, formaban numerosas calles majestuosas. Dos mil edificios, nos dicen los historiadores, eran verdaderamente magníficos; excelentes

pinturas adornaban sus paredes y costosos tapices colgaban de los balcones y pórticos. Ocho Monasterios, siete de ellos habitados por monjes y uno por monjas, se levantaban en diferentes sitios. Las dos Iglesias estaban ricamente ornamentadas; las piezas de los altares, obra de las manos de los más excelentes artistas y vasijas de oro y plata decoraban su interior. Un hospital ofrecía refugio a los enfermos; los genoveses tenían también una mansión imponente para su negocio de Negros y existían numerosos establos para las bestias que llevaban los tesoros del Rey a Cruces y Portobelo o servían para otros propósitos comerciales. Tampoco se olvidaron las medidas de defensa. Hacia el lado de tierra, la ciudad estaba protegida por poderosas fortificaciones y hacia el mar su situación era tal que el agua era poco profunda y la marea baja, por una distancia de cerca de dos millas, no dejaba sino rocas desnudas y lama, ningún barco podía acercarse a la costa. La vecindad fue convertida en plantaciones y jardines en los que los panameños adinerados solían gozar de la frescura de las brisas matinales o de las refrescantes brisas de la noche tropical. Sus habitantes eran en su mayoría comerciantes que empleaban un vasto número de esclavos. Muchos mecánicos y expertos obreros, estimulados por el seguro mercado de la época de la feria de Portobelo así como muchos ciudadanos opulentos, había fijado allí su residencia. Siendo también Panamá la Sede del Obispado del gobierno provincial, tenía muchos funcionarios civiles y eclesiásticos con su acostumbrado tren de servidores. Fue esta la ciudad que las tripulaciones de unos pocos barcos se atrevieron atacar y que estaba condenada a caer en manos de un puñado de piratas.

Un cielo pálidamente rojo acababa de anunciar el amanecer del 27 de enero de 1671 - el último día que la infortunada ciudad, después de una corta pero brillante existencia de 152 años, iba a presenciar— cuando los tambores y trompetas llamaron a los bucaneros al ataque, haciéndoles comprender que había llegado el momento de vencer a sus enemigos o de caer víctimas de su propia audacia. Evitando los caminos directos que llevaban a la ciudad en la que se habían hecho grandes preparativos para rechazarlos, atravesaron un bosque y aunque el sendero era tedioso y difícil de vencer, tenía la ventaja de llevarlos y ponerlos fuera del alcance de emboscadas y baterías.

Cuando se hizo por completo la luz del día se encontraron sobre un pequeño cerro conocido aún con el nombre de "Cerro del Avance" desde cuya cima apreciaron el poderío de las fuerzas contra las cuales tenían que luchar. Los españoles se habían replegado en orden de batalla; sus fuerzas consistían de dos escuadrones de caballería y cuatro regimientos de infantería; tenían además, crecido número de toros salvajes, arrea-

dos por negros e indios, con los cuales pensaban destruir a todo enemigo que, pensaban, ignoraban el arte de torrear. Los bucaneros, sorprendidos al contemplar tal fuerza tan superior a los propias, habrían abandonado instantáneamente todas las ideas de ataque si les hubiera quedado alguna alternativa pero no les quedó ninguna. Dividiéndose en tres batallones, cada uno de 200 hombres expertos en sus respectivas armas avanzaron como cuerpo de vanguardia mientras el cuerpo principal descendió el cerro marchando directamente hacia el enemigo. Estos movimientos fueron mutua señal para la acción. Los españoles gritando: Viva el Rey!, lanzaron de inmediato su caballería acompañada de algunos regimientos de infantería pero antes de que tuvieran tiempo de causar daño alguno al cuerpo de vanguardia de los invasores, los piratas descargaron sobre ellos su fusilería. La lucha se hizo general y ambos bandos desplegaron el más alto coraje. Sin embargo, los españoles pronto se dieron cuenta de que no eran indios con los que estaban luchando sino que, por el contrario, sus oponentes pertenecían a una raza superior.

Los panameños, después de dos horas de cruenta lucha comenzaron a vacilar; su caballería no podía actuar con ventaja sobre el terreno lodoso y la mayoría de los jinetes perecieron. Viéndose frustrados, recurrieron a los toros; los soltaron para crear confusión pero el ganado salvaje, atemorizado por el tremendo ruido huyó; los pocos que rompieron las líneas de los bucaneros fueron fácilmente muertos. Los jinetes españoles fueron los primeros que huyeron del campo; pronto fueron seguidos por la infantería que viendo la deserción de sus compañeros, arrojaron sus armas y los secundaron en su cobardía. Los que no tuvieron la fortuna de escapar se escondieron entre los manglares en donde, cuando fueron descubiertos, fueron sacrificados sin piedad. Seis mil españoles regaron las sabanas panameñas, con su sangre y un considerable número de piratas compartió la misma suerte.

La gran presa estaba ahora al alcance de sus garras; era necesario capturarla antes que pudieran llegar fuerzas adicionales para retenerla. Morgan, enfatuado por este éxito, ordenó directo asalto sobre la ciudad y sin pérdida de tiempo la enfurecida multitud avanzó hacia sus puertas. El combate se tornó terrible; un grupo peleando por la posesión de aquellos anhelados tesoros que siempre habían sido la fama de la región y la envidia de los extranjeros y la otra defendiendo sus hogares, sus esposas, sus hijos y todo lo que les era querido. Los istmeños desplegaron un heroísmo que rivalizó con el de los viejos espartanos; pero considerable como fueron los estragos causados por los fusiles y tan grande como fue el número de los invasores caídos, la determinación de los bucaneros no

fue estremecida; antes bien, su ansiedad parecía aumentar en la proporción en que aumentaban sus bajas. Al fin, después de tres horas de combate cuerpo a cuerpo, los habitantes de la ciudad fueron dominados y sus conquistadores entraron triunfalmente a la "Copa de Oro", el objeto de sus afanes y esfuerzos.

Así cayó Panamá, en aquellos días una de las ciudades más opulentas del Continente americano; no ante un ejército respaldado por el poderío e influencia de una gran nación sino que, por el contrario, lo había sido ante una pandilla de aventureros, la misma escoria de la sociedad europea. Si en ese momento los viejos panameños se hubieran levantado de sus tumbas habrían lanzado gritos de dolor al ver a sus hijos suplicando misericordia a los pies de un grupo de ladrones. Muchos de los conquistadores eran los nietos de aquellos hombres cuya perseverancia, valor y fortaleza los había llevado a explorar las ilimitadas costas del Océano Pacífico, los descendientes de aquellos hombres que dominaron a América Central, Veragua y Darién y agregaron el imperio de los Incas a los dominios de la Corona española.

Después que la confusión se había aplacado un tanto, Morgan reunió a sus hombres y reconociendo su propensión a excederse en el uso de las bebidas embriagantes después de cada victoria, les dijo que había sido informado de que se habían envenenado las bebidas en las bodegas. La mentira fue tan efectiva que sirvió su propósito y evitó una carnicería que habría sido su ruina inevitable ya que buen número de grupos del cacicazgo estaban aún en la vecindad de la ciudad listos a aprovechar cualquier ventaja que les proporcionara la menor negligencia de los piratas a fin de renovar el ataque y recapturar la ciudad. Panamá fue luego formalmente saqueado. Se encontró que tenía grandes depósitos, excesivamente provistos de toda clase de valiosas mercancías pero como estas eran, por lo general, demasiado voluminosas para ser apreciadas, los bucaneros buscaron más el precioso metal que podía ser transportado a través del país con comparativa facilidad. Pero en este aspecto quedaron desilusionados: los ornamentos de las iglesias y los conventos, los platos y joyas del Rey, así como la mayoría de otros objetos de valor habían sido llevados a bordo de un barco que aunque malamente aprovisionado y con solo una vela en su mástil principal, había efectuado su escape. Apenas fue enterado Morgan de esta situación, despachó un barco grande con 25 hombres, advirtiéndoles que usaran todos los medios a su alcance para recobrar tan valioso botín.

Hasta entonces los panameños habían sentido poco las consecuencias

de su derrota pero estaban condenados a beber la copa de la amargura hasta las misma heces. Morgan, secretamente dió las órdenes de incendiar los edificios principales; las llamas, ayudadas por una fuerte brisa, pronto se extendieron y consumieron en una hora toda una calle. Tanto los habitantes como los piratas, ignorantes del verdadero origen del incendio, trataron de contenerlo derribando casas o volándolas con explosivos. Pero nada de eso sirvió. Antes de que anoheciera, la mayor parte de la ciudad estaba reducida a cenizas y nada quedaba de la bella ciudad salvo un montón de escombros humeantes. Morgan, cuando fue acusado por sus hombres de esta atrocidad, señaló a los españoles como sus autores. La acusación, sin embargo, no recibió el crédito esperado. Morgan se complacía de cualquier cosa cruel y probablemente no tuvo otro motivo para su acción que el tuvo Nerón cuando quiso gozar del cuadro de una gran conflagración.

La mayoría de los bucaneros aún estaban acampados fuera de las murallas llenos de temor por cualquier ataque pero cuando pasaron varios días y se dieron cuenta de que sus oponentes carecían del coraje necesario para ello, penetraron de nuevo a la ciudad y dejaron a sus enfermos en los pocos edificios que habían escapado a la destrucción. Una cuidadosa búsqueda entre las ruinas por efectos de plata y oro, especialmente en los pozos y cisternas, produjo considerables cantidades. Para obtener más, se despacharon grupos de doscientos hombres al interior de la región; estos tuvieron éxito: tomaron gran cantidad de prisioneros y artículos valiosos. A fin de lograr que los cautivos revelaran en dónde estaban ocultos sus tesoros, sometieron a estos a las más crueles torturas cuya simple descripción produce horror. Las pobres víctimas raras veces resistieron el diabólico tratamiento y muchos murieron bajo su aplicación.

Los veinticinco hombres enviados en persecución del barco con tan rico cargamento regresaron trayendo numerosas presas. Sin embargo, fracasaron en el verdadero objetivo de su misión. Por haberse entregado al saqueo antes que a realizar la empresa que se les había confiado, permitieron el escape del botín codiciado. Lo cólcra de Morgan no conoció límites e inmediatamente despachó otros tres barcos a renovar la búsqueda. Estos navegaron muchos días visitando puertos y ensenadas pero no tuvieron éxito. Su chasco, sin embargo, fue suavizado en algo por la captura de un barco y más tarde, en Taboga, otro que acababa de llegar de Paita cargado de alimentos, mercancías y 20.000 piezas de a ocho.

El convoy que fuera enviado a Chagres para poner al corriente a los que quedaron allí encargados del Castillo de la victoria de Panamá, re-

gresó casi al mismo tiempo. Los piratas de este lugar habían despachado dos barcos para cruzar las aguas vecinas. Al encontrarse con un barco español, lo persiguieron a la vista del Castillo. El vigía de la torre, percibiendo la maniobra, instantáneamente izó los colores españoles. La estratagemma produjo efecto. El barco, buscando refugio al amparo de los cañones de la fortaleza, fue abordado y saqueado. Su cargamento consistía principalmente de provisiones que probaron haber llegado en tiempo oportuno ya que relevaron a los piratas del temor de morir de hambre. De esta manera, las noticias fueron recibidas con júbilo e indujeron a Morgan a prolongar su permanencia. Se hicieron nuevas incursiones y una suma regular de rescate fue señalada para cada prisionero si después de ser torturados no podían decir en dónde estaban ocultos sus supuestos tesoros; no se daba cuartel ni se consideraba la condición de sexo; viejos y jóvenes, tanto hombres como mujeres, eran igualmente objeto de odio y crueldad.

Ya habían pasado más de tres semanas de la horrorosa catástrofe de Panamá cuando Morgan comenzó a pesar seriamente en su partida pero el descubrimiento de un complot la retardó por un tiempo. Al conducir a los bucaneros a través del Istmo, Morgan abrió para ellos un nuevo campo de acción. El inmenso Océano Pacífico de cuyas riquezas tanto habían oído hablar y cuyas aguas jamás habían navegado, se extendía con toda su majestuosidad ante ellos. El prospecto era tan tentador que un considerable número de ellos contemplaba abandonar a Morgan y seguir a Europa por las Indias Orientales. Intentaban apoderarse del barco capturado en Taboga y ya habían reunido provisiones y pertrechos cuando sus actividades fueron descubiertas. Morgan tomó resolución instantánea. Ordenó cortar el mástil principal y quemarlo junto con todos los barcos, botes y caonas capturadas. De esta manera impidió la separación que hubiera sido fatal para todos los comprometidos en la invasión.

Los preparativos para la partida fueron activamente reanudados. Muchos de los prisioneros recibieron permiso para buscar el dinero para pagar su rescate, el de sus familiares y amigos; toda la artillería fue claveteada y una fuerte comisión fue enviada a buscar al Gobernador quien, según se había informado, intentaba realizar un ataque. Pronto quedó establecido que aunque el Gobernador acariciaba tal intención los hombres bajo su comando, descorazonados por la serie de infortunios sufridos, se habían negado a obedecer sus órdenes. Al fin, todo quedó listo para la partida y el 29 de febrero de 1671 los piratas abandonaron las aún humeantes ruinas llevando consigo 600 prisioneros y 175 bestias de carga transportando el producto de sus robos y rapiñas. Una parte de los pi-

ratas marchó a la vanguardia, otra a la retaguardia y en el centro marchaban los cautivos. Cuando comenzó la marcha no se oía otra cosa que lamentos y gritos de dolor y de desesperación. Las mujeres suplicaban de rodillas su libertad y pedían llorando que no las sacaran de su tierra nativa pero Morgan permaneció sordo a sus súplicas e inmovible a sus lágrimas. Al llegar a la villa de Cruces Morgan hizo saber que todo prisionero que no fuera rescatado en el término de tres días, sería llevado como esclavo a Jamaica. Muchos fueron libertados por parientes y amigos pero la mayoría no fue tan afortunada y quedaron sometidos a la esclavitud.

Después de recoger todo el arroz y maíz que les fue posible obtener, los piratas partieron de la villa de Cruces el 5 de marzo tomando la misma ruta anterior: Río Chagres abajo. Cuando iban casi a medio camino, Morgan ordenó alto general y revista. Cada pirata fue obligado a jurar que no había ocultado o se habían apropiado alguna parte de los robos. Como era de esperarse, esto resultó ser una mera farsa entre una comunidad de hombres cuya conducta debió ser sometida a otra forma de investigación. Por acuerdo común, cada compañía nombró un Inspector y Morgan fue el primero que se sometió al registro. Los franceses que formaban parte de la expedición sentían gran aversión a estos procedimientos y en alta voz protestaron contra ellos pero estando en minoría tuvieron que someterse. Terminado el registro, todos reembarcaron llegando a Chagres el 9 de marzo.

Se envió un bote a Portobelo con instrucciones de pedir a las autoridades españolas un rescate por el Castillo de San Lorenzo. Su respuesta, como la habían calculado los piratas, fue la que Morgan podía hacer lo que quisiera pero que ellas no darían un solo "real" por ese lugar. Por lo tanto, el Castillo fue destruido hasta sus mismas bases y no habiendo más bolín en perspectiva, el existente fue dividido. Esto dió margen a mucho descontento; en vez de los tesoros que los hambres esperaban recibir después de todas las privaciones y peligros sufridos, solo recibieron la miserable suma de 200 piezas de a ocho. El resto se lo guardó Morgan. Toda la comunidad estaba exasperada en el más alto grado y en voz altanera demandaron sus justas partes. Pero Morgan, tan pronto como vió surgir dificultades, soltó amarras y acompañado de otros cuatro barcos cómplices en el fraude, escapó a Jamaica. La indignación de la flota no conoció límites al verse desertada, engañada de la manera más grosera y desprovista de lo más necesario para la continuación de su viaje.

Con este acto canalla terminó Morgan su famosa carrera de pirata.

Fue, indudablemente, un hombre que no solo desplegó infinito valor sino la más alta cualidad de gran Comandante pero desafortunadamente, como la mayoría de sus predecesores, fue cruel, sediento de sangre y traicionero. Más tarde fue elevado a Sir por Carlos II y fue sucesivamente Comisionado de la Corte del Almirantazgo en Jamaica y Vice-Gobernador de esa isla.

El encumbramiento de este rufián a esas posiciones fue calificado como acto imprudente pero estuvo muy lejos de serlo. Inglaterra, en ese período, comenzó a darse cuenta del gran peligro de su política hacia los bucaneros y notó que había llegado la hora de poner coto a sus procedimientos. Sin embargo, una agrupación con tan profundas raíces no podía ser tan fácilmente dispersada y aunque Jamaica y las otras colonias inglesas en las Indias Occidentales no iban a ser por más tiempo sitios de refugio y descanso para villanos y ladrones, ninguna autoridad ordinaria podía actuar efectivamente hacia su supresión. Por lo tanto, se hizo absolutamente necesario escoger a una persona de su propia casta —una especie de Fidocq— sabedor de cada uno de los detalles de la institución y conocedor del perfecto engranaje del sistema de piratería. Ningún hombre estaba más calificado que Morgan para este servicio ya que había sido su jefe más notable. Que aquellos que se valieron de ese instrumento no calcularon mal quedó suficientemente comprobado por los acontecimientos posteriores. Morgan ejerció la más tremenda severidad hacia sus ex-compañeros y fue una de las más efectivas barreras a sus futuras operaciones.

CAPITULO SEXTO

Reconstrucción de Panamá.—Saqueo de Portobelo.—Fuerza de Bucaneros.—Lionel Wafer.—William Dampier.—Cecil Ringrose.—Marcha a través del Istmo.—Santa María.—Piraterías.—Asalto a Pueblo Nuevo de los Remedios.—Cruce al Mar del Sur.—Dampier y su gente vuelven a cruzar el Istmo.—Aventuras de Lionel Wafer.—La armada española. Batalla naval frente a Panamá.—Supresión de los bucaneros.—(1672-1701).

* * *

La destrucción de la ciudad de Panamá fue tan completa que las autoridades aprovecharon la oportunidad para trasladar la ciudad de su posición baja e insalubre a una pequeña península a seis millas hacia el oeste la cual, comunicándose solamente por su extremidad septentrional con tierra firme y siendo inaccesible por el mar por barcos de cualquier tamaño, ofrecía considerables ventajas para su defensa y poseía un clima más saludable, condición dictada no solo por la última invasión sino que la salud de los colonos demandaba. La reconstrucción comenzó en 1673,

dos años después de la hazaña de Morgan. La nueva ciudad fue vigorosamente fortificada y como la madera había demostrado ser tan fatal, todas las casas fueron construídas de piedra. Muchos panameños se opusieron al traslado de la capital y continuaron viviendo en la vieja ciudad. —Panamá Viejo— como se le llamó inmediatamente después, pero gradualmente siguieron la corriente común y antes de que pasaran muchos años las ruinas quedaron totalmente desiertas.

La población tenía sus buenas razones para mostrarse aprehensiva respecto a su seguridad porque los propósitos de los bucaneros, aunque aplazados, no habían sido, por ningún motivo, abandonados. Cumpliendo con la máxima —generalmente admitida— de que “no hay paz más allá de la línea”, la guerra fue renovada y otro rudo golpe fue asestado contra Portobelo, que escasamente se había respuesto del último ataque sufrido. Como el éxito acompañara al nuevo asalto, los piratas se repartieron el botín a base de 160 pesos por cabeza. Toda la flota estaba reunida entonces en Bocas del Toro, en la Laguna de Chiriquí, en donde recibió la noticia del establecimiento de la paz entre los españoles y los indios del Darién pero que contrario a la nueva alianza, los guerreros darienitas seguían fieles al Capitán Bournane, un comandante francés, en su intento contra Chepo y prometieron llaverlo a Tocamora, lugar que decían era rico en oro. Esta información determinó sus planes futuros. Los piratas convinieron en visitar el lugar; se aprovisionaron de tortugas y repararon los barcos: la flota de aventureros salió de Bocas del Toro tomando rumbo al este.

Otro rendezvous y revista general tuvieron lugar en Water Key. La flota consistía ahora de nueve barcos con un total de 477 hombres comandados por Peter Harris, John Coxon, Richard Hawkins, Batholomew Sharp, Edmond Cook, Bournane, Alleston, Row y Mchet. La mayoría de estos nombres alcanzó más tarde inusitado grado de notoriedad. Sin embargo, hubo uno a bordo del barco de Coxon destinado a lograr fama y quien en medio del vicio y corrupción generales que le rodeaban, anotó fielmente las actividades de esta singular asociación y legó a la posteridad la más útil relación de los descubrimientos y aventuras que acompañaron las exitosas hazañas de los bucaneros. Esa persona fue William Dampier, nombre eternamente memorable en los anales de la ciencia geográfica y justamente clasificado entre los grandes valores navales en los que las Islas Británicas han sido tan prolíficas. Basil Ringrose y Lionel Wafer, el cirujano, también fueron hombres de talento que acompañaban a la expedición. Al primero le debe el mundo la relación de los procedimientos de los bucaneros y al último la descripción del Darién.

Los piratas partieron de Water Key a fines de 1679 dirigiéndose hacia el grupo de las Islas de San Blas. No muy lejos de Portobelo fue apresado el paquebote de Cartagena y su correo contenía informaciones de la naturaleza más singular. Los comerciantes de numerosas ciudades y puertos de la Vieja España decían a sus corresponsales a través del Atlántico de cierta profecía muy popular acerca de España. Sería en ese año, se afirmaba, que los piratas ingleses en las Indias Occidentales harían descubrimientos que abrirían una puerta al Mar del Sur. Al llegar a las Islas de San Blas, los indios salieron a recibir a sus amigos, llevándoles bebidas refrescantes y artículos para permutar. Los aborígenes, sin embargo, demostraron su desagrado por el propósito sobre Tocamora --probablemente porque no existía tal lugar-- pero estaban dispuesto a llevar a los piratas, en secreto, hasta pocas leguas de Panamá. La propuesta fue aceptada por los ingleses pero los franceses bajo las órdenes de Bourne y Row, se oponían a una larga marcha por tierra y, por lo tanto, se separaron del grupo principal. Esta última fuerza, reducida ahora a siete barcos, fue dirigida por Andreas, jefe indio, hasta la Isla de Oro en donde recibieron tentadoras informaciones sobre la ciudad de Santa María, sobre el Golfo de San Miguel.

(Este lugar no debe ser confundido con el de Santa María la Antigua del Darién que por mucho tiempo antes de este período había dejado de existir, ni con el de Santa María, villa en el Cantón de Natá, Provincia de Panamá. La Santa María atacada por los bucaneros aún existe y en 1843 tenía según el censo levantado entonces, 204 habitantes).

Persuadidos por los indios resolvieron correr el riesgo y peligro de un ataque sobre Santa María y para ello siguieron por mar a Panamá. Tomando todas las precauciones para mantener la vigilancia de los botes, 131 hombres desembarcaron el 5 de abril de 1680; todos, o la mayoría de ellos iban armados de un fusil, una pistola y un puñal; a cada hombre se le dió, además, cuatro paquetes de pan llamado "dougboys" y juguetes para obsequiar a los nativos. El grupo fue acompañado de indios darienitas, acérrimos enemigos de los españoles así como de numerosos, fieles activos e inteligentes indios Mosquitos. Al iniciar el viaje, todos fueron acomodados en divisiones con banderas distintas y bajo distintos Comandantes. Al tercer día de marcha llegó un Cacique indio a recibir con toda solemnidad a los invasores. Lucía ropas de algodón blanco que le llegaban a los tobillos y una corona curiosamente fabricada con oro, seda y plumas. De su nariz colgaba una gran pieza de oro en forma de media luna y en sus orejas llevaba grandes aros del mismo metal; en su mano, llevaba una reluciente lanza. Su séquito lo integraban su esposa,

tres hijos y numerosos jefes. Estos se mantenían con la cabeza descubierta ante él y como él estaban vestidos y armados. Su esposa vestía una manta roja firmemente sujeta alrededor de la cintura y otra flojamente sobre la cabeza y hombros; llevaba un niño y era atendida por dos hijas cuyos rostros estaban pintados con rayas rojas y cuyos brazos y cuellos lucían collares y pulseras de cuentas de diversos colores. Después que el Cacique obsequió a cada hombre tres plátanos y algunos trozos de caña de azúcar se inició un breve comercio en el que los indios exhibieron inusitado grado de sagacidad.

Una fatigosa marcha de nueve días llevó a los bucaneros a Santa María. El lugar fue tomado sin la pérdida de un solo hombre en sus filas. Sin embargo, los españoles tuvieron 26 muertos, 16 heridos y después de la rendición muchos otros fueron salvajemente masacrados por los indios. A pesar de esto, los invasores quedaron desilusionados. En lugar de la rica población que la descripción de los indios les había hecho soñar se encontraron con una villa miserable que contaba apenas con un pequeño fortín, bohíos de caña y palma y una débil guarnición. Si el lugar fue malo, su fortuna fue peor porque llegaron demasiado tarde; tres días trescientas cargas de oro habían sido embarcadas para Panamá, oro extraído de las minas de la región adyacente. Más tarde, el Gobernador, los sacerdotes y otras personas de rango, a quienes hubieran podido despojar de grandes sumas de dinero, habían escapado. Después de haber retenido a Santa María por dos días y habiendo depuesto a Sharp como Comandante en Jefe y elegido a Coxon en su lugar, el 17 de abril de 1680 los bucaneros embarcaron en canoas y botes para el Mar del Sur. No queriendo seguir adelante, la mayor parte de los aliados abandonaron la expedición pero el Cacique y su hijo Bonete de Oro, como le llamaban los españoles, la siguieron. Poco tiempo después capturaron dos barcos pero un tercero, viéndolo perseguido, salió precipitadamente hacia Panamá y se regó la noticia de la llegada de los piratas.

Los prisioneros de los piratas y otros capturados en la Isla de Chepillo fueron entregados a los indios cuyo odio estaba tan profundamente arraigado para darles cuartel. El 22 de abril de 1680 la flotilla llegó a la vista de Panamá: cuando tres barcos españoles salieron a su encuentro, dos de ellos, después de una lucha feroz y sangrienta, fueron tomados por abordaje y el tercero se salvó saliendo en fuga. El Comandante español, con muchos de sus hombres, perecieron mientras que los bucaneros sufrieron la pérdida de 18 hombres y tuvieron como 30 heridos. Entre estos lo fue, mortalmente, el Capitán Harris. El valor y pericia del Capitán Hawkins contribuyó decisivamente a la victoria y al regresar Coxon al Mar del Norte, fue unánimemente escogido como Comandante.

Habiendo sido derrotadas las unidades de guerra españolas, todos los barcos anclados cerca de la isla Perico fueron tomados como presas y todo aquel que entraba a la bahía caía en manos de los invasores. Habiéndose robado todo lo que encontraban a su alcance, los piratas se dirigieron a Taboga no haciéndolo hacia Panamá porque estaba bien preparada para rechazar cualquier ataque. Durante su permanencia en Taboga, quemaron la villa y recibieron un mensaje del Gobernador de Panamá quien inquiría: "por qué habían llegado a su jurisdicción y de quién obtuvieron su patente". A ello replicó Hawkins diciendo que su objeto era ayudar al Rey del Darién, legítimo Señor del país y que en cuanto a la patente, la compañía no se había reunido aún pero que cuando lo hiciera, no fallarían en visitarlo para presentársela.

Habiéndose aprovisionado en Otoque, tomaron rumbo a la Isla de Coiba, cerca de la costa de Veragua y de allí a Pueblo Nuevo de los Remedios. (Hay dos lugares con el nombre de Pueblo Nuevo en el Istmo: uno situado sobre la Bahía de Panamá, llamado Pueblo Nuevo de San Carlos y el otro sobre la costa meridional de Veragua, es Pueblo Nuevo de los Remedios). Allí ocurrió un desastre. Hawkins, al llevar a sus hombres al asalto, fue muerto y con su caída, Sharp, que le seguía en el comando, estaba tan descorazonado, que ordenó la retirada. La muerte de Hawkins fue un rudo golpe seguido por el desafecto y descontento de sus hombres: Sharp era visto con desagrado por los expedicionarios.

Aquellos que quedaron con el nuevo Comandante cambiaron de rumbo hacia el sur tocando en varias islas, se tomaron la población costanera de Istay e incendiaron luego a La Serena. El día de Navidad llegaron a Juan Fernández en donde Sharp, que siempre había sido impopular entre sus hombres más hábiles y capaces y había sido escogido por escasa mayoría, fue nuevamente depuesto y en su lugar fue electo el Capitán Watling.

El 12 de enero de 1681, los bucaneros quedaron súbitamente alarmados por la presencia de barcos de guerra españoles. Como ninguna de las partes estaba ansiosa por combatir, los barcos se separaron y los piratas siguieron adelante con sus fechorías. Hicieron un intento de asalto sobre Arica pero fueron rechazados con grandes pérdidas. Entre los muertos figuraban el Capitán Watling, el contra maestre, cabos de brigada y algunos de los más valientes hombres. Descorazonada por este fracaso, la banda de ladrones se retiró a la Isla de Plata. Allí surgieron nuevas disensiones respecto a la selección de otro jefe. Antes de celebrar la elección se convino en que la mayoría, con el nuevo jefe, se quedaría con el barco y la minoría debía contentarse con canoas y otras

embarcaciones pequeñas. El Capitán Sharp, que se había integrado al grupo pequeño, fue declarado jefe en la votación.

Los que votaron contra él —Dampier entre ellos— despreciando a un Comandante tan deficiente en valor y empresa, resolvieron repasar el Istmo. Abandonaron al grupo en una lancha y unas cuantas canoas; este grupo quedó formado por 14 hombres blancos, dos indios mosquitos, un mestizo y cinco esclavos negros; sus provisiones consistían como de 25 libras de chocolate frotado con azúcar y toda la harina que pudieron almacenar. A fin de impedir que los débiles y perezosos se unieran a tan peligrosa empresa, aceptaron el pacto de que si cualquiera de ellos vacilaba en el viaje debía ser muerto ya que era de esperarse que cualquier hombre que cayera en manos del enemigo podía traicionar a los demás llevándolos a una muerte segura.

Al acercarse al Istmo, se dieron cuenta de que los españoles estaban a la expectativa: tres barcos de guerra patrullaban las aguas y centenares de soldados habían sido colocados en diferentes sitios a lo largo de la costa. Aunque en muchas ocasiones estuvieron en grave peligro, los bucaneros eludieron a sus enemigos logrando así desembarcar salvos en la bahía de San Miguel en donde, sacando sus efectos, hundieron los botes para no dejar rastros que denunciaran su presencia en esa área. El primero de mayo de 1681 iniciaron su marcha sobre la región; su avance se hizo difícil debido a los bosques sin caminos, ríos caudalosos y difíciles pasos montañosos. Pero prosiguieron hacia el noroeste. Al atardecer del segundo día cuando ya estaban fatigados y desconsolados se encontraron con un indio que, por el obsequio de una hacha, los condujo a un nativo capaz de ponerlos en la ruta correcta. Sin embargo, cuando llegaron a su domicilio y le explicaron sus descos, el aborigen se mostró de mal humor que los piratas apenas podían tolerar. El momento era crítico: sus vidas estaban en sus manos. Hicieron todos los esfuerzos y recurrieron a todos los ardides posibles para ganarse la buena voluntad y confianza pero el indio continuó obstinado y contestaba en tonos airados. Comenzaron a sospechar que pensaba entregarlos a los españoles pero uno de los ladrones, sacando un peticote azul, lo arrojó a los pies de la señora de la casa. La mujer quedó tan encantada con el obsequio que persuadió a su esposo a darles la información requerida y a proporcionarles un guía.

Reforzados de esta manera, los aventureros reanudaron su viaje. Durante él los azotaron las lluvias torrenciales; la estación lluviosa estaba en toda su fuerza y los ríos crecidos frecuentemente obligaban a

(Continuará en el próximo número)

NUMEROS FAVORECIDOS POR LA SUERTE DE ENERO A DICIEMBRE DE 1958

Fecha	Sorteo N°	Primero	Segundo	Tercero
Enero 5	2026	6741	6339	5716
Enero 12	2027	2733	2115	8811
Enero 19	2028	9023	0640	3438
Enero 26	2029	1127	5172	5138
Febrero 2	2030	9714	3078	6895
Febrero 9	2031	4396	4627	1384
Febrero 16	2032	1493	7777	4261
Febrero 23	2033	4368	4705	4248
Marzo 2	2034	7596	9339	3153
Marzo 9	2035	3951	8780	4603
Marzo 16	2036	1417	4991	8674
Marzo 23	2037	6274	3045	8000
Marzo 30	2038	2159	7145	4429
Abril 6	2039	1430	0778	7974
Abril 13	2040	8581	0025	0982
Abril 20	2041	1153	0833	5667
Abril 27	2042	6574	6393	3912
Mayo 4	2043	3506	0269	6803
Mayo 11	2044	0413	9623	3121
Mayo 18	2045	5766	7941	7244
Mayo 25	2046	4960	5200	3414
Junio 19	2047	8729	0410	2680
Junio 8	2048	7205	3488	3424
Junio 15	2049	0573	1456	0455
Junio 22	2050	8825	2841	8093
Junio 29	2051	8023	6227	8854
Julio 6	2052	9007	5138	4656
Julio 13 (Ext.)	2053	4619	7912	9280
Julio 20	2054	3986	0365	4608
Julio 27	2055	9730	2504	9300
Agosto 3	2056	7416	0038	8697
Agosto 10	2057	4053	9623	4020
Agosto 17	2058	7543	2572	4970
Agosto 24	2059	4663	2768	4369
Agosto 31	2060	9150	8706	6866
Septiembre 7	2061	4117	6437	5503
Septiembre 14	2062	9032	0177	5463
Septiembre 21	2063	6980	7763	7633
Septiembre 28	2064	8762	8691	0332
Octubre 5	2065	1244	7186	7382
Octubre 12	2066	1886	2092	8350
Octubre 19	2067	7088	5894	1860
Octubre 26	2068	9888	4001	4328
Noviembre 2	2069	3188	4511	5718
Noviembre 9	2070	6727	3188	2251
Noviembre 16	2071	7568	7724	5518
Noviembre 23	2072	8221	0408	3494
Noviembre 30	2073	6408	2474	5479
Diciembre 7	2074	1995	3680	4383
Diciembre 14	2075	9820	1890	5609
Diciembre 21 (Ext.)	2076	0357	3684	7786
Diciembre 28	2077	7111	0376	2466

Junta Directiva de la Lotería Nacional de Beneficencia

PRINCIPALES

SR. DON HERACLIO BARLETTA B.
*Ministro de Trabajo, Previsión
Social y Salud Pública.*

SEÑORA DOÑA
MERCEDES G. DE LA GUARDIA
*Presidenta de la Cruz Roja
Nacional.*

SR. DON RAÚL ARANGO N.
*Comandante Primer Jefe del
Cuerpo de Bomberos.*

SR. DON HENRIQUE OBARRIO
*Gerente General del Banco
Nacional.*

DR. VÍCTOR M. PAREJA
*Director Médico del Hospital
Santo Tomás.*

SR. DON GUSTAVO TRIUS
*Presidente de la Cámara
de Comercio.*

RVDO. PADRE MARINO MORLIN
*Director de la Escuela
"Don Bosco".*

SR. DON PABLO A. PINEL M.
Secretario de la Directiva.

SUPLENTES

SR. DON GAVINO SIERRA G.
*Vice-Ministro del Ministerio de
Trabajo, Previsión Social
y Salud Pública.*

SRTA. GRACIELA REMÓN
*Secretaria de la Cruz Roja
Nacional.*

SR. DON LUIS CARLOS ENDARA
*Comandante Segundo Jefe del
Cuerpo de Bomberos.*

SR. DON EUGENIO BARRERA
Gerente del Banco Nacional.

SR. DON ALFREDO L. SINCLAIR
*Sub-Director para Asuntos
Administrativos del Hospital
Santo Tomás.*

SR. DON FEDERICO HUMBERT
*Vice-Presidente de la Cámara
de Comercio.*

RVDO. PADRE CONSEJERO
JUAN D'ANDREA
*Prefecto de la Escuela
"Don Bosco".*